

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

Alberto
Savaruz

Honoré
de
Balzac

(1799-1850)

Alberto Savaruz

Honoré de Balzac

A la señora Emilia de Girardin

Uno de los salones en los que se dejaba ver el arzobispo de Besanzón y el que gozaba de sus preferencias, en tiempos de la Restauración, era el de la señora baronesa de Watteville. Diremos unas palabras acerca de esta señora, el personaje femenino tal vez más importante de Besanzón.

El señor de Watteville, sobrino del famoso Watteville, el feliz y el más ilustre de los asesinos y renegados cuyas extraordinarias aventuras son demasiado conocidas para que aquí las relatemos, era tranquilo como turbulento había sido su tío. Después de haber vivido en el Franco Condado como una cucaracha en una grieta, casó con la heredera de la célebre familia de Rupt. La señorita de Rupt unió 20 000 francos de renta en tierras a los 10 000 francos de renta en bienes raíces del barón de Watteville. El escudo de armas del gentilhomme suizo, porque los Watteville son de Suiza, desapareció bajo el viejo escudo de los Rupt. Este casamiento, decidido desde el año 1802, efectuóse en 1815, después de la segunda Restauración. Transcurridos tres años del nacimiento de una hija, todos los abuelos de la señora de Watteville habían muerto y sus herencias liquidadas. Vendieron entonces la casa del señor de Watteville para establecerse en la calle de la



Prefectura, en el hermoso hotel de Rupt, cuyo vasto jardín se extiende hacia la calle del Perron. La señora de Watteville, joven devota, fue más devota después de su boda. Es una de las reinas de la santa cofradía que confiere a la alta sociedad de Besanzón un aire sombrío y unas maneras gazmoñas en consonancia con el carácter de esta ciudad.

El señor barón de Watteville, hombre flaco y sin inteligencia, parecía gastado, sin que pudiera averiguarse en qué, puesto que gozaba de una crasa ignorancia; pero como su mujer era de un rubio de fuego y de una naturaleza seca que se hizo proverbial (se dice aún "puntiaguda como la señora de Watteville"), algunos bromistas de la magistratura pretendían que el barón se había *gastado contra aquella roca*. (Rupt es una palabra que evidentemente viene de *rupes*, roca). Los sabios observadores de la naturaleza social no dejarán de comentar que Rosalía fue el único fruto del matrimonio de los Watteville con los Rupt.

El señor de Watteville se pasaba la vida en un hermoso taller de tornero. Le gustaba tornear. Como complemento a esta existencia, habíase entregado al capricho de las colecciones. Para los médicos filósofos, dados al estudio de la locura, esta tendencia a coleccionar constituye un primer grado de enajenación mental, cuando se refiere a cosas pequeñas. El barón de Watteville recogía conchas, insectos y fragmentos geológicos del territorio de Besanzón. Algunos contradictores, sobre todo mujeres, decían del señor de Watteville:



¡Tiene un alma hermosa! Desde el principio comprendió que no podría dominar a su mujer y entonces se entregó a una ocupación mecánica y a darse la gran vida.

El hotel de Rupt no carecía de cierto esplendor digno del de Luis XIV, y se resentía de la nobleza de las dos familias, unidas en 1815. Brillaba en él un viejo lujo que nada sabía de la moda. Las arañas de cristal tallado en forma de hojas, los damascos, los tapices, los muebles dorados, todo estaba en consonancia con las viejas libreas y los viejos criados. Aunque servida en plata ennegrecida, la comida era exquisita. Los vinos escogidos por el señor de Watteville, que para ocupar sus horas e introducir en ellas la variedad habíase constituido en su propio bodeguero, gozaban de cierta celebridad provinciana. La fortuna de la señora de Watteville era considerable, ya que la de su marido, que consistía en las tierras de Rouxey y que valían unas 10 000 libras de renta, no fue incrementada con ninguna herencia. No hace falta comentar que las relaciones muy íntimas de la señora de Watteville con el arzobispo habían establecido en su casa a los tres o cuatro abates notables e inteligentes del arzobispo, quienes no odiaban en modo alguno los placeres de la buena mesa.

En una comida suntuosa, dada yo no sé en ocasión de qué boda a comienzos del mes de septiembre del año 1834, en el momento en que las mujeres se hallaban colocadas en círculo ante la chimenea del salón y los hombres formando grupos junto a las ventanas, prodújose una aclaración a la vista del señor de Grancey, el cual fue anunciado entonces.



– Bien, ¿y el proceso? – le preguntaron.

– ¡Ganado! – Respondió el vicario general –. La sentencia de la corte, de la que ya desesperábamos, ya sabéis por qué...

Era una alusión a la composición de la corte real desde el año 1830. Casi todos los legitimistas habían presentado la dimisión.

– ...La sentencia acaba de hacernos ganar la causa en todos los puntos, y viene a reformar el juicio de primera instancia.

– Todo el mundo os creía perdidos.

– Y lo estábamos sin mí. He conseguido que nuestro abogado se fuera a París, y he podido tomar, en el momento de la batalla, otro abogado, al que debemos el haber ganado el proceso, un hombre extraordinario...

– ¿En Besanzón? – preguntó ingenuamente el señor de Watteville.

– En Besanzón – respondió el abate de Grancey.

– ¡Ah, sí, Savaron! – dijo un apuesto joven que se hallaba sentado cerca de la baronesa y se llamaba de Soulas.

– Ha pasado cinco o seis noches estudiando el caso, ha devorado los documentos, ha tenido siete u ocho conferencias de varias horas conmigo – repuso el señor de Grancey que había llegado al hotel de Rupt por primera vez hacía veinte



días—. En fin, que el señor Savaron acaba de derrotar completamente al famoso abogado que nuestros adversarios habían ido a buscar a París. Este joven es maravilloso, según dicen ciertos consejeros. Así, el cabildo ha salido dos veces vencedor: ha vencido en derecho; luego, en política ha vencido al liberalismo en la persona del defensor de nuestro Ayuntamiento. "*Nuestros adversarios*, ha dicho nuestro abogado, *no deben esperar encontrar en todas partes complacencia para arruinar los arzobispos...*" El presidente se ha visto obligado a imponer silencio. Toda la gente de Besanzón ha aplaudido. Así, la propiedad de los edificios del antiguo convento sigue siendo del cabildo de la catedral de Besanzón. Por otra parte, el señor Savaron ha invitado a su colega de París a comer con él cuando salieron del Palacio de Justicia. Al aceptar, éste ha dicho: "*A todo vencedor, todo honor*", y le ha felicitado sin rencor por su triunfo.

—¿De dónde habéis, pues, sacado ese abogado? —Dijo la señora de Watteville—. Nunca había oído pronunciar ese nombre.

—Pues podéis distinguir desde aquí sus ventanas —respondió el vicario general—. El señor Savaron vive en la calle del Perron y el jardín de su casa es contiguo al vuestro.

—¿No será del Franco Condado? —Preguntó el señor de Watteville.

—No se sabe de dónde es —dijo la señora de Chavoncourt.



—Pero, ¿qué es ese hombre? —Preguntó la señora de Watteville tomando el brazo al señor de Soulas para encaminarse al comedor—. Si es forastero, ¿por que ha venido a establecerse en Besanzón? Es una idea bien singular para un abogado.

—¡Bien singular! —repitió el joven Amadeo de Soulas, cuya biografía debe trazarse para mejor comprender esta historia.

En todas las épocas, Francia e Inglaterra han efectuado un intercambio de futilidades, tanto más continuo cuanto que escapa a la tiranía de las aduanas. La moda que llamamos inglesa en París, se llama francesa en Londres, y viceversa. La enemistad de los dos pueblos cesa en dos puntos, en la cuestión de las palabras y en el del vestir. *God save the king*, el himno nacional de Inglaterra, es una música compuesta por Lulli para los coros de *Ester* o de *Atalia*. Los miriñaques llevados por una inglesa en París fueron inventados en Londres, ya se sabe por quién, por una francesa, la famosa duquesa de Portsmouth; comenzaron a producir tanta risa, que la primera inglesa que apareció en las Tullerías estuvo a punto de ser aplastada por la multitud; pero fueron adoptados. Esta moda ha tiranizado a las mujeres de Europa durante medio siglo. En la paz de 1815, se bromeó durante un año sobre las cinturas largas de las inglesas, y todo París fue a ver a Poitier y Brunet en *Les anglaises pour rire*; pero en 1816 y 1817, los cinturones de las francesas, que les cortaban el seno en 1814, descendieron gradualmente hasta hacer resaltar sus caderas. Desde hace diez años, Inglaterra nos ha obsequiado con dos pequeños regalos lingüísticos. Al *incroyable*, al *merveilleux* al *élégant*, esos tres herederos de los



petits maitres, cuya etimología es bastante indecente, han sucedido el *dandy*, luego el *lion*. El *lion* no ha engendrado la *lionne*. “La leona” se debe a la famosa canción de Alfredo de Musset: *Avez-vous vu dans Barcelone... C'est ma maîtresse, ma lionne*: ha habido fusión o, si queréis, confusión entre los dos términos y las dos ideas dominantes. Cuando una tontería divierte a París, que devora tantas obras maestras como tonterías, es difícil que la provincia se prive de ello. Así, después de que *el león* paseó por París su melena, su barba y su bigote, su chaleco y su impertinente sostenido sin la ayuda de las manos, por la contracción de la mejilla y del arco superciliar, las capitales de algunos departamentos han visto varios subleones que protestaron con su elegancia contra la incuria de sus compatriotas. Así, pues, Besanzón gozaba, en 1834, de uno de tales *leones* en la persona de aquel señor Amadeo Silvano Jaime de Soulas, escrito Souleyas en tiempos de la ocupación española. Amadeo de Soulas es quizá en Besanzón el único que desciende de una familia española. España enviaba gente a realizar sus negocios en el Franco Condado, pero se establecían pocos españoles. Los Soulas se quedaron a causa de su alianza con el cardenal Granvela. El joven de Soulas hablaba siempre de irse de Besanzón, ciudad triste, devota, poco literaria, ciudad de guerra y de guarnición, cuyas costumbres y fisonomía valen la pena de que se describan. Esta opinión le permitía alojarse, en calidad de hombre que no está seguro en cuanto a su porvenir, en tres aposentos muy poco amueblados al extremo de la calle de Navarra, en el lugar donde ésta se encuentra con la calle de la Prefectura.



El joven señor de Soulas no podía privarse de tener un *tigre*. Este *tigre* era el hijo de uno de sus granjeros, un criado de catorce años de edad, regordete, llamado Baby las. El *león* había vestido muy bien a su *tigre*: levita corta de tela gris, con un cinturón de cuero barnizado, pantalón de pana azul, chaleco rojo, botas acharoladas, sombrero redondo con cintillo negro, botones amarillos con las armas de los Soulas. Amadeo daba a este muchacho guantes de algodón blanco, el lavado de la ropa y 36 francos al mes, para comer, lo cual parecía monstruoso a las grisetas de Besanzón: ¡420 francos a un niño de quince años, sin contar los regalos! Los regalos consistían en la venta de los trajes reformados, en una propina cuando de Soulas cambiaba alguno de sus caballos, y en la venta del estiércol. Los dos caballos, administrados con sórdida economía, costaban 800 francos al año. La cuenta de París en lo que respecta a perfumes, corbatas, joyas, botes de betún, trajes, ascendía a 1 200 francos. Si sumáis a ello *el botones* o *el tigre*, los caballos, un gran tren de vida y un alquiler de 600 francos, encontraréis un total de 3 000 francos. Ahora bien, el padre del joven señor de Soulas no le había dejado más de 4 000 francos de renta, producidos por algunas granjas bastante malas que requerían ser conservadas y cuya conservación imprimía una desdichada incertidumbre en los ingresos. Apenas si le quedaban al *león* tres francos diarios para la vida, el bolsillo y el juego. Así, comía a menudo fuera de casa y desayunaba con notable frugalidad. Cuando era imprescindible comer a sus expensas, mandaba a su *tigre* a buscar dos platos a un restaurante sin darle más de 25 sueldos. El joven señor de Soulas era considerado como un derrochador, un hombre que cometía locuras, mientras que el



desgraciado anudaba los dos extremos del año con una astucia, con un talento que habría constituido la gloria de una buena ama de casa. Todavía se ignoraba, sobre todo en Besanzón, hasta qué punto seis francos de betún extendido sobre las botas o los zapatos, unos guantes amarillos de 50 sueldos, limpiados en el más profundo secreto para que pudieran servir tres veces, corbatas de diez francos que duran tres meses, cuatro chalecos de 25 francos y pantalones que encajan con la bota, llegan a impresionar en una capital. ¿Cómo podría suceder de otro modo, puesto que vemos en París a mujeres que conceden una atención especial a los tontos que van a ellas y triunfan de los hombres más notables, a causa de las frívolas ventajas que pueden procurarse por quince luises, incluidos el peinado y una camisa de tela de Holanda?

Si ese desgraciado joven os parece que se convirtió en un *león* por muy poco precio, debéis saber que Amadeo de Soulas había ido tres veces a Suiza, en carro y a pequeñas jornadas; dos veces a París, y una vez de París a Inglaterra. Pasaba por ser un viajero instruido y podía decir: "A Inglaterra, adonde he ido", etcétera. Las viejas le decían: "Vos que habéis estado en Inglaterra", etcétera. Había llegado hasta la Lombardía, había bordeado los lagos de Italia. Leía obras nuevas. En fin, mientras él estaba limpiando sus guantes, el *tigre* Babylas respondía a los visitantes: "El señor está trabajando". Así, habían tratado de calificar al joven de Soulas con esta frase: "*Es un hombre muy avanzado*". Amadeo poseía el talento de soltar en la conversación con gravedad provinciana, los lugares comunes que estaban de moda, lo cual le confería el mérito de ser uno de



los hombres más instruidos de la nobleza. Llevaba sobre su traje las joyas de moda y en su cabeza los pensamientos controlados por la prensa.

En 1834, Amadeo era un joven de veinticinco años, de estatura mediana, moreno, con el tórax muy abultado, hombros caídos, los muslos algo redondos, el pie regordete, la mano blanca y torneada, un bigote que rivalizaba con los de la guarnición, una cara grande y rojiza, la nariz chata, los ojos pardos y sin expresión; por otra parte, nada español. Acercábase a grandes pasos a una obesidad fatal para su presunción. Sus uñas estaban cuidadas, iba bien rasurado, los menores detalles de su indumentaria estaban cuidados con exactitud inglesa. Así, pues, consideraba la gente a Amadeo de Soulas como el hombre más guapo de Besanzón. Un peluquero, que iba a peinarle a una hora convenida (¡otro lujo de 60 francos al año!) lo preconizaba como el árbitro soberano en lo que se refiere a modas y elegancia. Amadeo se levantaba tarde, se arreglaba y salía a caballo hacia el mediodía para ir a una de sus granjas a ejercitarse en el tiro de pistola. Daba a esta ocupación la misma importancia que lord Byron en sus últimos días. Luego regresaba a las tres, admirado sobre su caballo por las coquetas y por las personas que se hallaban asomadas a la ventana. Después de ciertos pretendidos trabajos que parecían tenerle ocupado hasta las cuatro, se vestía para ir a comer fuera de casa y pasaba las veladas en los salones de la aristocracia de Besanzón, jugando al *whist*, y regresaba para acostarse a las once. Ninguna existencia podía ser más clara, más prudente e



irreprochable, ya que puntualmente asistía a la misa el domingo y los días de fiesta.

Para que podáis comprender cuán exorbitante era esta vida, es preciso explicar cómo era la ciudad de Besanzón en pocas palabras. Ninguna ciudad como ésta ofrece una resistencia más sorda y muda al progreso. En Besanzón, los administradores, los empleados, los militares, en fin, todos aquellos a quienes el gobierno, a quienes París envía para ocupar un cargo cualquiera, son designados en bloque con el expresivo nombre de *la colonia*. La colonia es el terreno neutro, el único en el que, como en la iglesia, pueden encontrarse la sociedad noble y la sociedad burguesa de la ciudad. En este terreno comienzan, motivados por una palabra, una mirada o un gesto, unos odios entre casa y casa, entre mujeres burguesas y mujeres nobles, odios que duran hasta la muerte y cavan aún más hondos los fosos insalvables por los cuales las dos sociedades se hallan ya separadas. Con la excepción de los Clermont-Saint-Jean, los Beaufremont, los de Scey, los Gramont y algunos otros que en el Franco Condado sólo habitan en sus tierras, la nobleza de Besanzón no se remonta más allá de dos siglos, a la época de la conquista por Luis XIV. Este mundo es esencialmente parlamentario y de una gravedad y altivez que no puede compararse con la corte de Viena, porque los habitantes de Besanzón harían que en esto se avergonzasen los salones vieneses. De Victor Hugo, de Nodier, de Fourier, las glorias de la ciudad, nadie habla de ellos. Los matrimonios entre nobles se arreglan desde la cuna de los hijos, hasta tal punto se hallan determinadas todas las cosas, desde las más graves a las más



simples. Jamás un forastero, un intruso, pudo deslizarse al interior de aquellas casas. Para lograr que fueran admitidos en ellas unos coroneles o unos oficiales con título, pertenecientes a las mejores familias de Francia, cuando los había en la guarnición, fueron necesarios unos esfuerzos de diplomacia que el príncipe de Talleyrand habríase considerado feliz de poder conocer, para servirse de ellos en un congreso. En 1834, Amadeo era el único que en Besanzón llevaba trabillas. Esto os explicará ya la *leonería* del joven señor de Soulas. En fin, una pequeña anécdota os dará una buena idea de Besanzón.

Algún tiempo antes del día en que da comienzo esta historia, la prefectura sintió la necesidad de hacer venir de París un redactor para su periódico, con objeto de defenderse contra la pequeña *Gazette* que la gran *Gazette* había dado a luz en Besanzón, y contra *Le Patriote*, que la República hacía bullir y menearse en la ciudad. París envió un joven que ignoraba lo que era el Franco Condado y el cual debutó con un *primer Besanzón* de la escuela del *Charivari*. El jefe del partido del centro, un hombre del Ayuntamiento, mandó llamar al periodista y le dijo:

—Sabed, caballero, que nosotros somos graves, más que graves, aburridos, no queremos que nos diviertan y estamos furiosos por haber reído. Sed tan duro de digerir como las más espesas amplificaciones de la *Revue des Deux Mondes*, y aun con ello apenas estaréis a tono con los habitantes de Besanzón.

Así lo hizo el redactor, y habló en una jerga filosófica, la más difícil de entender, con lo que tuvo un éxito completo.



Si el joven señor de Soulas no perdió consideración en los salones de Besanzón, fue pura vanidad de su parte: a la aristocracia le gustaba aparentar que se estaba modernizando y poder ofrecer a los nobles parisienses que pasaban de viaje por el Franco Condado un joven que se les parecía bastante. Todo este trabajo oculto, esta locura aparente, esta prudencia latente, tenían un fin; sin ello, el *león* de Besanzón no habría pertenecido a aquel lugar. Amadeo quería llegar a un matrimonio ventajoso, demostrando un día que sus granjas no estaban hipotecadas y que había hecho economías. Quería ocupar la ciudad, quería ser el hombre más guapo de ella, el más elegante, para alcanzar primero la atención y luego la mano de la señorita Rosalía de Watteville. ¡Ah!

En 1830, en el momento en que el joven señor de Soulas dio comienzo a su oficio de dandy, Rosalía contaba catorce años de edad. En 1834, la señorita de Watteville llegaba, pues, a aquella edad en la que las jóvenes son fácilmente impresionadas por todas las singularidades que significaban para Amadeo la atención de la ciudad. Hay muchos *leones* que se convierten en *leones* por cálculo y especulación. Los Watteville, ricos desde hacía doce años, de 50 000 francos de renta, no gastaban más de 24 000 francos al año, a pesar de que recibían a la alta sociedad de Besanzón los lunes y los viernes. Los lunes comían en su casa, los viernes se pasaba allí la velada. Así, al cabo de doce años, ¡qué suma no representarían 26 000 francos economizados anualmente e invertidos con la discreción que caracteriza a estas familias! En general se creía que, considerándose bastante rica en tierras, la señora de Watteville había puesto al 3 por



ciento sus economías en 1830. La dote de Rosalía debía ser por aquel entonces de unos 40 000 francos de renta. Desde hacía cinco años, el *león* había trabajado, pues, como un *topo*, para colocarse en lo más alto de la estima de la severa baronesa, procurando al propio tiempo halagar el amor propio de la señorita de Watteville. La baronesa estaba en el secreto de las invenciones por medio de las cuales Amadeo llegaba a sostener su rango en Besanzón y se lo apreciaba muchísimo. Soulas se había colocado bajo el ala de la baronesa cuando ella contaba treinta años, tuvo entonces la audacia de admirarla y hacer de ella un ídolo, llegó al extremo de poderle contar, sólo él en el mundo, las murmuraciones que casi todas las devotas gustan de oír, ya que sus virtudes les autorizan a contemplar abismos sin caer en ellos y a ver las emboscadas del demonio sin que éstas puedan atraparlas. ¿Comprendéis ahora por qué este *león* no se permitía la más ligera intriga? Clarificaba su vida, vivía en cierto modo en la calle con objeto de poder desempeñar el papel de amante sacrificado al lado de la baronesa y regalarle los oídos con pecados que ella prohibía a su propia carne. El hombre que posee el privilegio de deslizar cosas atrevidas al oído de una beata, es a los ojos de ésta un hombre encantador. Si aquel *león* ejemplar hubiera conocido mejor el corazón humano, habría podido permitirse sin peligro algunos amoríos con las coquetas de Besanzón, las cuales lo miraban como a un rey, y sus asuntos habrían prosperado cerca de la severa y mojigata baronesa. Con Rosalía, aquel Catón parecía un derrochador: hacía profesión de vida elegante, le mostraba en perspectiva el brillante papel de una mujer de moda en París, adonde él iría en calidad de diputado. Estas sabias maniobras



viéronse coronadas por un éxito total. En 1834, las madres de las cuarenta familias nobles que componen la alta sociedad de Besanzón citaban al joven Amadeo de Soulas como el hombre más simpático de la ciudad, nadie se atrevía a disputarle el sitio al gallo del hotel de Rupt, y todo Besanzón lo consideraba como futuro esposo de Rosalía de Watteville. Incluso sobre este tema habíanse cambiado ya algunas palabras entre la baronesa y Amadeo, a las cuales la pretendida nulidad del barón confería algo de certidumbre.

La señorita de Watteville, a quien su fortuna, enorme un día, confería entonces proporciones considerables, educada en el recinto del hotel que su madre raras veces abandonaba, tanto era el afecto que profesaba a su querido arzobispo, habíase visto fuertemente reprimida por una educación exclusivamente religiosa y por el despotismo de su madre. Rosalía no sabía absolutamente nada. ¿Es saber algo el haber estudiado la geografía en Guthrie, la historia sagrada, la historia antigua, la historia de Francia y las cuatro reglas, todo ello pasado por el tamiz de un viejo jesuita? El dibujo, la música y la danza fueron prohibidos, como mas adecuados para corromper que para embellecer la vida. La baronesa enseñó a su hija todos los puntos posibles de la tapicería y las pequeñas labores: la costura, el bordado, la calceta. A la edad de diecisiete años, Rosalía no había leído más que las *Cartas edificantes* y algunas obras de ciencia heráldica. Jamás un periódico había mancillado sus miradas. Todas las mañanas oía misa en la catedral adonde la llevaba su madre, regresaba para desayunar, trabajaba después de dar un pequeño paseo por el jardín y recibía visitas



sentada al lado de la baronesa hasta la hora de comer; luego, salvo los lunes y los viernes, acompañaba a la señora de Watteville a las veladas, sin poder hablar de lo que querían las ordenanzas maternas. A los dieciocho años, la señorita de Watteville era una joven frágil, delgada, rubia, blanca, insignificante. Sus ojos, de un azul pálido, embellecíanse mediante el juego de los párpados, que, al bajarse, producían una sombra en sus mejillas. Algunas pecas perjudicaban la belleza de su frente, por otra parte bien perfilada. Su rostro parecíase completamente al de las santas de Alberto Dureró y de los pintores anteriores al Perugino: la misma delicadeza entristecida por el éxtasis, la misma severa inocencia. Todo en ella, hasta su actitud, recordaba aquellas vírgenes cuya belleza sólo aparece en su místico esplendor a los ojos de un conocedor atento. Tenía hermosas manos, pero rojas, y un pie sumamente lindo, pie de castellana. Generalmente llevaba vestidos de simple algodón, pero el domingo y los días de fiesta su madre le permitía llevarlos de seda. Sus modas, hechas en Besanzón, casi la hacían fea, mientras que su madre trataba de obtener gracia, belleza, elegancia, de las modas de París, merced a la solicitud del joven señor de Soulas. Rosalía no había llevado nunca medias de seda ni borceguíes, sino medias de algodón y zapatos de piel. Los días de gala, llevaba un vestido de muselina y calzaba zapatos de piel bronceada. La educación y la actitud modesta de Rosalía ocultaban un carácter de hierro. Los fisiólogos y los profundos observadores de la naturaleza humana os dirán, con gran sorpresa vuestra quizá, que en las familias, los humores, los caracteres, la inteligencia, el genio, reaparecen a grandes intervalos de un modo absolutamente



igual a lo que llaman las enfermedades hereditarias. Así, el talento, lo mismo que la gota, hace a veces un salto de dos generaciones. De este fenómeno tenemos un ilustre ejemplo en George Sand, en quien reviven la fuerza, el poder y la inteligencia del mariscal de Sajonia, su abuelo natural. El carácter decidido, la audacia aventurera del famoso Watteville habían reaparecido en el alma de su sobrina, aun agravados por la tenacidad, el orgullo de la sangre de los Rupt. Pero estas cualidades o estos defectos, si queréis, estaban tan profundamente ocultos en el alma de aquella joven en apariencia blanda y débil, como las hirvientes lavas están ocultas bajo una colina antes de que ésta se convierta en un volcán. Solamente la señora de Watteville sospechaba quizás aquel legado de las dos sangres. Mostrábase tan severa con Rosalía, que un día contestó al arzobispo, el cual le reprochaba el que la tratase tan duramente:

—¡Dejadme que la eduque así, monseñor; la conozco! ¡Tiene más de un demonio en la piel!

La baronesa observaba tanto más a su hija cuanto que creía que en ello le iba su honor de madre. Además, era su único trabajo. Clotilde de Rupt, que a la sazón contaba treinta y cinco años de edad y estaba casi viuda de un marido que seguía trabajando en su taller de tornero, que fabricaba cajas de rapé para sus amigos, coqueteaba discreta y honradamente con Amadeo de Soulas. Cuando este joven se hallaba en la casa, ella mandaba llamar y despedía sucesivamente a su hija y trataba de sorprender en aquella alma joven movimientos de celos, con objeto de tener ocasión para demorarlos. Imitaba a la policía en



sus relaciones con los republicanos; pero por más que hacía, Rosalía no se entregaba a ninguna especie de insurrección. La seca beata reprochaba entonces a su hija su completa falta de sensibilidad. Rosalía conocía bastante a su madre para saber que si le hubiera parecido *bien* el joven de Soulas se habría atraído una buena reprimenda. Así, a todas las pullas que le dirigía su madre respondía ella con aquellas frases tan impropiedades llamadas jesuíticas, porque los jesuitas eran fuertes, y tales reticencias son los baluartes tras los cuales se abriga la debilidad. Entonces la madre trataba de hipócrita a su hija. Si, por desgracia, aparecía un destello del verdadero carácter de los Watteville y de los de Rupt, la madre se armaba del respeto que los padres deben inspirar a sus hijos para reducir a Rosalía a la obediencia pasiva. Este combate librábase en el recinto más sagrado de la vida doméstica, a puerta cerrada. El vicario general, el abate de Grancey, amigo del difunto arzobispo, por muy poderoso que fuese en su calidad de gran penitenciario de la diócesis, no podía adivinar si aquella lucha había promovido cierto odio entre la madre y la hija, si la madre estaba celosa de antemano, o si la corte que Amadeo hacía a la hija en la persona de la madre no había rebasado los límites. En su calidad de amigo de la familia no confesaba ni a la madre ni a la hija. Rosalía, algo derrotada, moralmente hablando, a propósito del joven señor de Soulas, no podía aguantarlo, usando un término del lenguaje familiar. Así, cuando el joven le dirigía la palabra con objeto de sondear su corazón, ella lo recibía con bastante frialdad. Esta aversión, visible tan sólo a los ojos de su madre, era un tema continuo de reconvenções.



—Rosalía, no comprendo por qué mostráis tanta frialdad para con Amadeo. ¿Acaso es porque es amigo de la casa, y que nos agrada a *vuestro padre* y a mí?...

—¡Oh mamá! —Respondió un día la pobre criatura—. Si lo acogiera bien, ¿no me regañaríais aún más por ello?

—¿Qué significa eso? —Exclamó la señora de Watteville—. ¿Qué entendéis por esas palabras? ¿Es que vuestra madre es injusta, y según vos, lo sería en todos los casos? ¡Que jamás vuelva a salir tal respuesta de vuestra boca, a vuestra madre!...

Esta disputa duró tres horas y tres cuartos y Rosalía así lo comentó. La madre se puso pálida de ira y mandó a su hija que se retirase a su aposento, donde Rosalía estudió el sentido de esta escena, sin comprender nada de ella, ¡tan inocente era! Así, el joven señor de Soulas, a quien toda la ciudad de Besanzón creía tan cerca de su objetivo, con sus corbatas, sus botes de betún, y que tan gran cantidad de tinte gastaba para su bigote, tantos lindos chalecos, herraduras y corsés, puesto que llevaba un chaleco de piel, que es el corsé de los *leones*, Amadeo estaba tan lejos de este objetivo como el primero que acabara de llegar, aunque tuviera a su favor el digno y noble abate de Grancey. Por otra parte, Rosalía no sabía entonces, en el momento en que comienza esta historia, que el joven conde Amadeo de Souleyas le estuviera destinado como marido.

—Señora —dijo el señor de Soulas dirigiéndose a la baronesa, mientras esperaba que se enfriase un poco la sopa y afectando dar un tono novelesco a lo que estaba diciendo—, un buen día



llegó al Hotel Nacional un parisiense, que, después de haber buscado unos apartamentos, se decidió por el primer piso de la casa de la señorita Galard, en la calle del Perron. Luego, el *forastero* ha ido directamente a la alcaldía, a hacer una declaración de domicilio real y político. Finalmente se ha hecho inscribir en el cuadro de abogados de la corte, presentando títulos en regla, y ha dejado una tarjeta en casa de todos sus nuevos colegas, en la de los oficiales ministeriales, en la de los consejeros de la corte y en la de todos los miembros del tribunal, una tarjeta en la que se leía: ALBERTO SAVARON.

—El nombre de Savaron es célebre —dijo Rosalía, que estaba muy fuerte en heráldica—. Los Savaron de Savarus son una de las familias más antiguas, más nobles y más ricas de Bélgica.

—Es francés, y trovador —repuso Amadeo de Soulas—. Si quiere tomar las armas de los Savaron de Savarus pondrá una barra, ya que no hay en Brabante más que una señorita Savarus, una rica heredera casadera.

—La barra es, en verdad, un signo de bastardía; pero el bastardo de un conde de Savarus es noble —dijo la señorita de Watteville.

—¡Basta, Rosalía! —dijo la baronesa.

—¡Habéis querido que ella supiera heráldica, pues la sabe muy bien! —dijo el barón.

—Continuad, Amadeo.



—Comprenderéis que, en una ciudad en la que todo está clasificado, definido, conocido, cifrado, numerado como en Besanzón, Alberto Savarus ha sido recibido por nuestros abogados sin ninguna dificultad. Todos se han contentado con decir: "He aquí un pobre diablo que no conoce su Besanzón. ¿Qué demonio ha podido aconsejarle que viniera aquí? ¿Qué pretende hacer? Enviar su tarjeta a los magistrados en lugar de presentarse personalmente a ellos... ¡qué error!" Así, tres días después, ya no se ha vuelto a saber de Savaron. Tomó como criado al antiguo ayuda de cámara del señor Galard, que en paz descansa, Jerónimo, que sabe cocinar un poco. Ha sido fácil olvidar a Alberto Savaron, porque nadie ha vuelto a verlo o encontrarlo.

—¿Es que no va a misa? —preguntó la señora de Chavoncourt.

—El domingo, en San Pedro, pero a la primera misa, a las ocho. Se levanta todas las noches entre la una y las dos de la mañana, trabaja hasta las ocho, desayuna y luego vuelve a trabajar. Se pasea por el jardín, da cincuenta, sesenta vueltas en él; vuelve a entrar en la casa, come y se acuesta entre las siete y las ocho.

—¿Cómo sabéis todo eso? —dijo la señora de Chavoncourt al señor de Soulas.

—Ante todo, señora, yo vivo en la calle Nueva, en la esquina con la calle del Perron. Desde mi ventana veo la casa en que se



aloja ese misterioso personaje; además, existen relaciones entre mi *tigre* y Jerónimo.

– ¿Vos habláis, entonces, con Babyllas?

– ¿Qué queréis que haga durante mis paseos?

– Bien, ¿cómo habéis tomado a un forastero como abogado?

– dijo la baronesa cediendo así la palabra al vicario general.

– El primer presidente nombró a ese abogado para que defendiese a un labrador algo imbécil, acusado de fraude. El señor Savaron ha hecho que pusieran en libertad a ese pobre hombre demostrando su inocencia y probando que fue sólo un instrumento de los verdaderos culpables. No sólo ha triunfado su sistema, sino que ha exigido la detención de dos de los testigos, los cuales, reconocidos como culpables, han sido condenados. Sus defensas han sorprendido al tribunal y a los jurados. Uno de ellos, un negociante, ha confiado al día siguiente un proceso delicado al señor Savaron y lo ha ganado. En la situación en que nos encontrábamos, el señor de Garcenault nos aconsejó que tomásemos a ese señor Alberto Savaron, prediciéndonos el éxito. Tan pronto como lo vi, tan pronto como le oí hablar, tuve fe en él y no me he equivocado.

– ¿Tiene, entonces, algo de extraordinario? –inquirió la señora de Chavoncourt.

– Sí – respondió el vicario general.



– Bien, explicadnos eso – dijo la señora de Watteville.

– La primera vez que lo vi – dijo el abate de Grancey –, me recibió en la primera pieza que viene después del recibidor (el antiguo salón del señor Galard), que ha hecho pintar de color de roble y que he encontrado completamente tapizado con libros de derecho. Esta pintura y los libros constituyen todo el lujo, ya que el mobiliario consiste en un escritorio de vieja madera tallada, seis viejos sofás tapizados, en las ventanas hay cortinas de color carmelita bordadas de verde y en el suelo una alfombra. La estufa del recibidor calienta también esta biblioteca. Mientras lo esperaba, no me imaginaba ver a mi abogado con rasgos de hombre joven. Este cuadro singular está realmente en consonancia con la figura, porque el señor Savaron se presentó con bata negra, sujeta por un cinturón de cuerda roja, zapatillas rojas, un chaleco de franela roja, un pantalón rojo.

– ¡La librea del diablo! – exclamó la señora Watteville.

– Sí – dijo el abate –, pero una cabeza magnífica: cabellos negros, con algunas canas mezcladas ya entre ellos; unos cabellos como los de San Pedro y San Pablo de nuestros cuadros, con rizos espesos y brillantes, cabellos duros como crin, un cuello blanco y redondo como el de una mujer, una magnífica frente surcada por aquella gran arruga que los grandes proyectos, los grandes pensamientos, las intensas meditaciones inscriben en la frente de los grandes hombres; un color de piel aceitunado, adornado con manchas rojas, una nariz cuadrada, ojos de fuego; además, las mejillas hundidas,



marcadas con dos largas arrugas llenas de sufrimientos, una boca de sonrisa triste y una barbilla delgada y demasiado corta; los ojos sumidos, brillantes como globos ardientes; pero, a pesar de todos estos indicios de pasiones violentas, un aspecto sereno, profundamente resignado, la voz de una dulzura penetrante, y que me ha sorprendido en el Palacio de Justicia por su facilidad, la verdadera voz del orador, tan pronto pura y astuta, tan pronto insinuante y tonante cuando es preciso, plegándose luego al sarcasmo y haciéndose entonces más incisiva. El señor Savaron es de mediana estatura, ni gordo ni flaco. En fin, tiene manos de prelado. La segunda vez que fui a su casa me recibió en su habitación, contigua a su biblioteca, y se sonrió al observar mi asombro, cuando yo vi una mala cómoda, una mala alfombra, un lecho de colegial y en las ventanas cortinas de calicó. Salía de su gabinete, en el que no entra nadie, según me ha dicho Jerónimo, el cual tampoco entra, y se contenta con llamar a la puerta. El señor Savaron ha cerrado él mismo esa puerta delante de mí. La tercera vez, se hallaba desayunando en su biblioteca del modo más frugal; pero, esta vez, como él había pasado la noche examinando nuestras piezas, yo estaba con mi abogado, habíamos de pasar un buen rato juntos y el bueno del señor Girardet es muy hablador, pude permitirme el lujo de estudiar cómodamente a ese forastero. Ciertamente, no se trata de un sujeto corriente. Hay más de un secreto detrás de esa máscara a la vez terrible y dulce, paciente e impaciente, llena y hueca. Lo hallé levemente encorvado, como todos los hombres sobre los cuales gravita alguna pesada carga.



— ¿Por qué ese hombre tan elocuente ha abandonado París? ¿Con qué intención ha venido a Besanzón? ¿Acaso no le han dicho las pocas probabilidades que los forasteros tienen de triunfar aquí? Se servirán de él, pero la gente de Besanzón no le permitirá que se sirva de ellos. ¿Por qué, si ha venido, se ha movido tan poco, y ha hecho falta el capricho del primer presidente para que fuera descubierto? —dijo la hermosa señora de Chavoncourt.

— Después de haber estudiado bien aquella magnífica cabeza —repuso el abate de Grancey, que miró con insistencia a su interruptora, dando a pensar que ocultaba algo—, y sobre todo, después de haber escuchado cómo replicaba esta mañana a una de las águilas del foro de París, creo que ese hombre, que debe contar unos treinta y cinco años de edad, causará más tarde una gran sensación...

— ¿Por qué ocuparnos de él? Habéis ganado vuestro proceso, lo habéis pagado —dijo la señora de Watteville observando a su hija, que desde que el vicario general había comenzado a hablar estaba pendiente de sus labios.

La conversación tomó otro giro y ya no se volvió a hablar de Alberto Savaron.

El retrato bosquejado por el más inteligente de los vicarios generales de la diócesis tuvo tanto aliciente como una novela para Rosalía, y es que en realidad contenía una novela. Por primera vez en su vida encontraba aquel elemento extraordinario, maravilloso, que acarician todas las jóvenes



imaginaciones, y ante el cual se precipita la curiosidad, tan viva en la edad de Rosalía. ¡Qué ser tan ideal aquel Alberto, sombrío, doliente, elocuente, comparado por la señorita de Watteville con aquel conde mofletudo, rebotante de salud, decidor de frases halagadoras, hablando de elegancia ante el esplendor de los antiguos condes de Rupt! Amadeo sólo le ocasionaba disputas y reprensiones; por otra parte, lo conocía demasiado, y aquel Alberto Savaron ofrecía muchos enigmas que descifrar.

— Alberto Savaron de Savarus — repetíase a sí misma.

Luego, poder verlo..., tal fue el deseo de una joven que hasta entonces no había tenido deseo alguno. Repasaba en su corazón, en su imaginación, en su mente, las menores frases dichas por el abate de Grancey, ya que todas las palabras habían producido su impresión.

— Una hermosa frente — decíase mirando la frente de cada uno de los hombres que se hallaban sentados a la mesa —, no veo ni una sola que sea hermosa... La del señor de Soulas está demasiado abombada, la del señor de Grancey es bella, pero tiene setenta años y ya no tiene cabellos, ya no se sabe dónde empieza y dónde termina la frente.

— ¿Qué tenéis, Rosalía? Veo que no coméis...

— No tengo apetito, mamá — respondió la joven —. Manos de prelado... — prosiguió diciendo para sí —, ya no recuerdo las de nuestro guapo arzobispo, el cual, sin embargo, me confirmó.



En fin, en medio de las idas y venidas que hacía en el laberinto de su imaginación, recordó, brillando a través de los árboles de los dos jardines contiguos, una ventana iluminada que ella había visto desde la cama cuando por casualidad se despertó durante la noche.

—Entonces, ¡era su luz! —se dijo—. ¡Podré verlo, y lo veré!

—Señor de Grancey, ¿está ya todo terminado lo relativo al proceso del cabildo? —dijo a quemarropa Rosalía al vicario general durante un momento de silencio.

La señora de Watteville cambió una rápida mirada con el vicario general.

—¿Y qué tenéis vos que ver en todo ello, querida hija? —dijo a Rosalía poniendo en sus palabras una fingida dulzura que hizo a su hija circunspecta por el resto de sus días.

—Pueden recurrir a casación; pero nuestros adversarios lo pensarán dos veces —respondió el abate.

—Nunca habría creído que Rosalía pudiera pensar en un proceso durante toda una comida —repuso la señora de Watteville.

—Y yo tampoco —dijo Rosalía con un aire soñador que provocó sonrisas—, pero el señor de Grancey se ocupaba tanto de ello, que me he sentido interesada. ¡Eso es todo!



Se levantaron de la mesa y se dirigieron de nuevo al salón. Durante toda la velada, Rosalía estuvo con el oído atento por si volvía a hablarse de Alberto Savaron; pero, aparte las felicitaciones que cada recién llegado dirigía al abate con respecto al proceso ganado, y en las que nadie habló del abogado, ya no volvió a tocarse este tema. La señorita de Watteville aguardó que llegara la noche con impaciencia. Habíase prometido levantarse entre las dos y las tres de la madrugada para ver las ventanas del gabinete de Alberto. Cuando llegó esta hora, experimentó casi placer al contemplar la luz que proyectaban, a través de los árboles despojados casi de hojas, las bujías del abogado. Con ayuda de la excelente vista que poseía la joven y que la curiosidad parecía aumentar, vio a Alberto mientras se hallaba escribiendo, creyó distinguir el color de los muebles, que le parecieron rojos. La chimenea levantaba encima del tejado una densa columna de humo.

—Cuando todo el mundo duerme, él está velando... ¡como Dios! —se dijo.

La educación de las jóvenes entraña problemas tan graves, puesto que el porvenir de una nación se halla en manos de la madre, que desde hace tiempo la Universidad de Francia se ha propuesto no pensar en tal educación. He aquí uno de estos problemas. ¿Hay que ilustrar a las jóvenes? ¿Hay que reprimir su inteligencia? Ni que decir tiene que el sistema religioso es represor: si las ilustráis, las convertís en demonios prematuramente; si les impedís que piensen, llegáis a la súbita explosión tan bien descrita en el personaje de Inés, de Molière, y ponéis en esa inteligencia comprimida, tan nueva, tan



perspicaz, rápida y consecuente como la de un salvaje, a merced de un acontecimiento, crisis fatal acarreada en el caso de la señorita de Watteville por el imprudente bosquejo que se permitió hacer en la mesa de uno de los más prudentes abates del prudente cabildo de Besanzón.

A la mañana siguiente, la señorita de Watteville, mientras se vestía, miró necesariamente a Alberto Savaron, que se estaba paseando por el jardín contiguo al del hotel de Rupt.

—¿Qué habría sido de mí —se dijo la joven—, si él se hubiera ido a vivir a otra parte? Ahora puedo verlo. ¿Qué estará pensando?

Después de haber visto, aunque a distancia, a aquel hombre extraordinario, el único cuya fisonomía se destacaba vigorosamente de la masa de los rostros de Besanzón vistos hasta entonces, Rosalía pasó ágilmente a la idea de penetrar en su interior, de saber las razones de tantos misterios, de escuchar aquella voz elocuente, de obtener una mirada de aquellos hermosos ojos. Quiso todo esto, pero ¿cómo conseguirlo?

Durante todo el día, bordaba con aquella atención obtusa de la joven que, como Inés, no parece pensar en nada y que reflexiona con tanta atención sobre todas las cosas, que sus ardidés resultan infalibles. De esta profunda meditación resultó en Rosalía un intenso deseo de confesarse. A la mañana siguiente, después de la misa, tuvo una pequeña conversación, en Nuestra Señora, con el abate Giroud, y supo tan bien arreglárselas, que la confesión quedó convenida para el



domingo por la mañana, a las siete y media, antes de la misa de ocho. Dijo una docena de mentiras para poder encontrarse en la iglesia, una sola vez, en la hora en que el abogado iba a misa. Finalmente, sintió un excesivo movimiento de ternura hacia su padre y fue a ver a éste en su taller, y le hizo mil preguntas acerca del arte del tornero, hasta llegar a aconsejar a su padre que tornease grandes piezas, columnas. Después de haber embarcado a su padre en la idea de las columnas salomónicas, una de las dificultades del arte del torno, le aconsejó que aprovecharse un gran montón de piedras que había en medio del jardín para hacer con ellas una gruta, sobre la cual pondría un templete en forma de mirador, en el que se utilizarían las columnas salomónicas, las cuales suscitarían la admiración de toda la gente.

En medio de la alegría que esta tarea producía en aquel hombre desocupado, Rosalía le dijo abrazándolo:

—Sobre todo, no le digas a mamá quién te ha inspirado tal idea, porque me regañaría.

—Descuida —respondió el señor de Watteville, que, al igual que su hija, gemía bajo la opresión de aquella terrible mujer de la familia de los Rupt. De este modo tuvo Rosalía la seguridad de ver construir pronto un lindo observatorio desde donde su vista se sumergiría en el gabinete del abogado. Y hay hombres para los cuales las jóvenes realizan tales obras maestras de diplomacia que, la mayoría de las veces, como en el caso de Alberto Savaron, éstos ni se enteran.



Aquel domingo, tan impacientemente esperado, llegó, y Rosalía se arregló con tanto esmero que hizo sonreír a Marieta, la doncella de la señora y de la señorita de Watteville.

— ¡Es la primera vez que veo a la señorita tan presumida!
— dijo Marieta.

— Hacéis que me acuerde — dijo Rosalía lanzando a Marieta una mirada que hizo sonrojarse vivamente a la doncella— de que hay días en que vos también os mostráis particularmente presumida.

Al bajar la escalinata, al cruzar el patio, al pasar por la puerta, al salir a la calle, el corazón de Rosalía palpitaba como cuando presentimos un gran acontecimiento. Hasta entonces ignoraba lo que era ir por las calles: había creído que su madre leería sus proyectos en su frente y que le prohibiría ir a confesar; sintió una sangre nueva en los pies y los levantó como si estuviera caminando sobre ascuas. Naturalmente, se había citado con su confesor a las ocho y cuarto, diciendo las ocho a su madre, con objeto de estar aguardando un cuarto de hora junto a Alberto. Llegó a la iglesia antes de la misa y, después de rezar una breve oración, fue a ver si el abate Giroud estaba en su confesionario, únicamente para poder darse una vuelta por la iglesia. Así, se encontró colocada de tal suerte que pudo mirar a Alberto en el momento en que éste entró.

Habría hecho falta que un hombre fuera horriblemente feo para que Rosalía no lo encontrara guapo, dado su estado de ánimo. Ahora bien, Alberto Savaron, ya bastante digno de



interés, causó una impresión tanto mayor en el ánimo de Rosalía, cuanto que su modo de ser, sus andares, su actitud, todo, hasta su modo de vestir, poseía aquella cosa vaga que sólo se explica con la palabra *¡misterio!* Entró. La iglesia, hasta entonces oscura, parecióle a Rosalía como iluminada. La joven quedó fascinada por aquel modo de andar lento y casi solemne de las personas que llevan un mundo sobre sus espaldas, y cuya mirada profunda y cuyo gesto concuerdan en expresar un pensamiento o devastador o dominador. Rosalía comprendió entonces en toda su extensión las palabras del vicario general: sí, aquellos ojos de color pardo encerraban un ardor que se traicionaba por medio de rápidas miradas. Rosalía, con una imprudencia que no pasó inadvertida a Marieta, colocóse en el lugar por donde había de pasar el abogado, de suerte que pudo cambiar con éste una mirada; y esta mirada hizo que su sangre hirviera a borbotones, como si la temperatura hubiese aumentado. Tan pronto como Alberto se hubo sentado, la señorita de Watteville escogió pronto un sitio de forma que pudiera verlo perfectamente todo el rato que el abate Giroud lo permitiese. Cuando dijo Marieta: "Ya está ahí el padre Giroud", parecióle a Rosalía como si sólo hubieran transcurrido breves minutos. Después salió del confesionario, pero la misa había terminado, y Alberto ya no se hallaba en la iglesia.

"El vicario general tiene razón — pensaba — ¡ese hombre sufre! ¿Por qué esa águila, puesto que tiene ojos de águila, ha venido a abatirse sobre Besanzón? ¡Oh! Voy a averiguarlo todo... Pero ¿cómo?"



Bajo el fuego de este nuevo deseo, Rosalía iba bordando con admirable exactitud su tapicería, y ocultaba sus meditaciones bajo un aire cándido con el que quería engañar a la señora de Watteville. Desde el domingo en que la señorita de Watteville había recibido aquella mirada, o si queréis, aquel bautismo de fuego, magnífica expresión de Napoleón que puede servir para el amor, activó vivamente el asunto del mirador.

—Mamá —dijo cuando vio que ya estaban terminadas dos columnas—, a mi padre se le ha metido en la cabeza una singular idea: está torneando unas columnas para un mirador que proyecta mandar construir valiéndose de aquel montón de piedras que se encuentra en medio del jardín; ¿vos aprobáis esa idea? A mí me parece que...

—Yo apruebo todo lo que hace vuestro padre —replicó secamente la señora de Watteville, y es deber de las mujeres el someterse a su marido, aun cuando no aprueben las ideas de él... ¿Por qué habría de oponerme a una cosa que en sí es indiferente, desde el momento en que divierte al señor de Watteville?

—Pero es que desde allí veremos la casa del señor de Soulas, y el señor de Soulas nos verá cuando estemos en el mirador. Quizá la gente diría...

—¿Acaso, Rosalía, tenéis la pretensión de guiar a vuestros padres y de saber más que ellos sobre la vida y las conveniencias sociales?



–Ya me callo, mamá. Además, mi padre dice que la gruta formará una sala en la que se estará fresco y a la que podrá irse a tomar café.

–Vuestro padre ha tenido con ello una excelente idea –respondió la señora de Watteville, la cual quiso ir a ver las columnas.

Dio su aprobación al proyecto del barón de Watteville indicando para la erección del monumento un sitio al fondo del jardín desde el cual no podía uno ser visto de la casa del señor de Soulas, pero desde donde se podía ver perfectamente la casa del señor Alberto Savaron. Un maestro de obras fue encargado de construir una gruta a lo alto de la cual se llegaría por un sendero de tres pies de ancho, en cuyas rocallas se plantaría hierba doncella, iris, viburnos, hiedras, madreselvas, vides silvestres. La baronesa tuvo la idea de mandar tapizar el interior de la gruta con madera rústica, entonces de moda, colocar al fondo un espejo, un diván y una mesa de marquetería. El señor de Soulas propuso que el suelo fuese de asfalto. Rosalía dijo que no estaría mal suspender del techo una lámpara de madera tosca.

–Los Watteville van a hacer algo muy bonito en su jardín –decía la gente de Besanzón.

–Son ricos, y bien pueden gastarse 1 000 escudos en un capricho.

–¿1 000 escudos...? –dijo la señora de Chavoncourt.



—Sí, 1 000 escudos —exclamó el joven señor de Soulas—. Hacen venir de París a un hombre para arreglar de un modo rústico el interior, pero quedará muy bonito. El señor de Watteville hace él mismo la lámpara, comienza a tallar la madera...

—Dicen que Berquet va a hacer una cueva —dijo un abate.

—No —repuso el joven señor de Soulas—, construye el mirador encima de un macizo de hormigón para que no haya humedad.

—Conocéis los menores detalles que se realizan en la casa —dijo secamente la señora de Chavoncourt mirando a una de sus hijas, casaderas desde hacía un año.

La señorita de Watteville, que experimentaba cierto sentimiento de orgullo al pensar en el éxito de su mirador, reconoció en sí una eminente superioridad con respecto a cuanto la rodeaba. Nadie adivinaba que una niña, a la que tenían por tonta, había querido sencillamente ver más de cerca el gabinete del abogado Savaron.

La resonante defensa que Alberto Savaron había hecho del cabildo de la catedral fue olvidada tan de prisa como se despertó la envidia de los otros abogados. Por otra parte, fiel a su retiro, Savaron no se dejaba ver. Al no ver a nadie, aumentó las posibilidades de ser olvidado, que en una ciudad como Besanzón abundan para un forastero. Sin embargo, actuó en tres ocasiones ante el tribunal de comercio, en tres asuntos



espinosos que tuvieron que ser llevados a la corte. Tuvo de este modo como clientes a cuatro de los comerciantes más importantes de la ciudad, que reconocieron en él tanta inteligencia, que le confiaron sus casos. El día en que la casa Watteville inauguraba su mirador, Savaron levantaba su monumento. Gracias a las relaciones que había trabado con el alto comercio de Besanzón, fundaba allí una revista quincenal, llamada la *Revue de l'Est*, por medio de cuarenta acciones de 500 francos cada una puestas en manos de sus diez primeros clientes, a quienes hizo sentir la necesidad de ayudar al destino de Besanzón, la ciudad en la que debía fijarse el tránsito entre Mulhouse y Lyon, punto capital entre el Rin y el Ródano.

Para rivalizar con Estrasburgo, ¿no debía ser también Besanzón un centro de intelectuales, como lo era de comerciantes? Sólo en una revista podían tratarse las altas cuestiones relativas a los intereses del Este. ¡Qué gloria, la de arrebatar a Estrasburgo y a Dijon su influencia literaria, de ilustrar el este de Francia, y de luchar contra la centralización parisiense! Estas consideraciones, ideadas por Alberto, las repetían los diez negociantes, quienes se las atribuyeron.

El abogado Savaron no cometió el error de poner su nombre al frente de la revista, dejó la dirección financiera a su primer cliente, el señor Boucher, aliado por medio de su mujer con uno de los más importantes editores de obras eclesiásticas; pero se reservó la redacción, con una parte de los beneficios en calidad de fundador. El comercio hizo un llamamiento a Dôle, a Dijon, a Salins, a Neufchâtel, en el Jura, Bourg, Nantua, Lons-le-Saulnier. Reclamóse el concurso de los cerebros y de los



esfuerzos de todos los hombres estudiosos de las tres provincias del Bugey, de Bresse y del Franco Condado. Gracias a las relaciones de comercio y de confraternidad, hicieron ciento cincuenta suscripciones, teniendo en cuenta el bajo precio de la revista, que costaba ocho francos trimestrales. Para no herir el amor propio de los provincianos rehusando la publicación de algunos artículos, el abogado tuvo la buena idea de hacer desear la dirección literaria de esta *Revue* al hijo mayor del señor Boucher, joven de veintidós años, muy ávido de gloria, para quien las trampas y las preocupaciones de la república de las letras le eran completamente desconocidas. Alberto conservó secretamente la verdadera dirección de la revista y convirtió a Alfredo Boucher en su instrumento. Alfredo fue la única persona de Besanzón con la que se familiarizó el rey del foro. Alfredo acababa de hablar aquella mañana con Alberto en el jardín sobre los asuntos de la entrega. Ni que decir tiene que el número de prueba contenía una *Meditación* de Alfredo, que gozó de la aprobación de Savaron. En su conversación con Alfredo, Alberto dejaba escapar grandes ideas, temas de artículos de los que se aprovechaba el joven Boucher. ¡Así, el hijo del negociante creía estar explotando a aquel gran hombre! Alberto era para Alfredo un hombre genial, un profundo político. Los negociantes, encantados con el éxito, sólo tuvieron que invertir tres décimas partes de sus acciones. Todavía otras doscientas acciones, y la revista daría el 5 por ciento de dividendos a sus accionistas, no estando pagada la redacción. Esta redacción era impagable.



Al tercer número, la revista había obtenido el intercambio con todos los periódicos de Francia que Alberto leyó entonces en su casa. Aquel tercer número contenía una novela firmada por A.S., y atribuida al famoso letrado. A pesar de la escasa atención que la alta sociedad de Besanzón prestaba a esta revista, acusada de liberalismo, en casa de la señora de Chavoncourt, durante el invierno, hablóse de aquella primera novela nacida en el Franco Condado.

—Papá —dijo Rosalía—, en Besanzón se hace una revista, tendrías que suscribirte a ella y guardarla, porque mamá no me la dejaría leer, pero tú me la prestarás.

Apresurándose a obedecer a su querida Rosalía, que desde hacía cinco meses le daba pruebas de cariño, el señor de Watteville fue personalmente a suscribirse por un año a la *Revue de l'Est* y prestó a su hija los cuatro números que habían aparecido. Durante la noche, Rosalía pudo devorar aquella novela, la primera que leía en su vida; ¡pero sólo se sentía vivir desde hacía dos meses! Así, no hay que juzgar del efecto que esta obra había de producir en ella a base de los datos corrientes. Sin querer prejuzgar nada en pro o en contra del mérito de aquella composición debida a un parisiense que traía a la provincia el estilo, el brillo, si queréis, de la nueva escuela literaria, no podía dejar de ser una obra maestra para una joven que entregaba su inteligencia virgen, su corazón puro a una primera obra de esta clase. Por otra parte, por lo que había oído decir, Rosalía se había formado, por intuición, una idea que realizaba singularmente el valor de aquella novela. Esperaba encontrar en ella los sentimientos y tal vez algo de la vida de



Alberto. Desde las primeras páginas, esta opinión asumió en ella una consistencia tan grande, que después de haber acabado de leer aquel fragmento tuvo la certeza de no equivocarse. He aquí, pues, esta confidencia, en la que, según los críticos del salón Chavoncourt, Alberto habría imitado a algunos escritores modernos que, por falta de inventiva, cuentan sus propias alegrías, sus propios dolores o los sucesos misteriosos de su existencia:

EL AMBICIOSO POR AMOR

En 1823, dos jóvenes que se habían propuesto recorrer Suiza, partían de Lucerna, una hermosa mañana de julio, en una barca conducida por tres remeros, y dirigíanse a Fluelen, con la idea de detenerse en el lago tan famoso de los Cuatro Cantones. Los paisajes que de Lucerna a Fluelen rodean las aguas presentan todas las combinaciones que la imaginación más exigente puede pedir a las montañas y a los ríos, a los lagos y a las rocas, a los arroyos y al verdor, a los árboles y a los torrentes. Tan pronto se trata de austeras soledades y graciosos promontorios, valles, verdes y frescos, bosques colocados como un penacho sobre el granito cortado a pico, bahías solitarias y frescas que se abren, valles cuyos tesoros aparecen embellecidos por la lejanía de los sueños.

Al pasar por delante del encantador pueblo de Gersau, uno de los dos amigos contempló largamente una casa de madera, que parecía construida desde hacía poco tiempo, rodeada de una



estacada, asentada sobre un promontorio y casi bañada por las aguas. Cuando la barca pasó por delante de la casa, una cabeza femenina se levantó desde el fondo de la habitación que se encontraba en el último piso del edificio, para gozar del efecto de la barca sobre el lago. Uno de los dos jóvenes recibió la mirada que con gran indiferencia le dirigió la desconocida.

—Detengámonos aquí —dijo a su amigo—, aunque queríamos hacer de Lucerna nuestro cuartel general para visitar Suiza, espero que no tendrás inconveniente, Leopoldo, en que cambie de idea y me quede aquí. Tú puedes hacer lo que quieras; por mi parte, mi viaje ha terminado. Marineros, desembarcadnos en este pueblo, donde vamos a desayunar. Yo iré a buscar a Lucerna todo nuestro equipaje, y sabrás, antes de partir de aquí, en qué casa me alojaré, para encontrarme en ella a tu regreso.

—Aquí o en Lucerna —dijo Leopoldo—, no hay razón alguna para que yo no te impida obedecer a un capricho.

Estos dos jóvenes eran amigos en la verdadera acepción de la palabra. Tenían la misma edad, habían hecho sus estudios en el mismo colegio, y después de haber terminado su carrera de leyes, dedicaban sus vacaciones al clásico viaje a Suiza. Por efecto de la voluntad paterna, Leopoldo estaba ya destinado a trabajar al lado de un notario de París. Su espíritu de rectitud, su dulzura, la serenidad de sus sentidos y de su inteligencia garantizaban su docilidad; Leopoldo veíase ya notario en París:



su vida aparecía ante él como una de esas grandes carreteras que atraviesan una llanura de Francia, la abarcaba con toda su extensión con una resignación llena de filosofía.

El carácter de su compañero, al que llamaremos Rodolfo, ofrecía con el suyo un contraste cuyo antagonismo había sin duda tenido como resultado el de estrechar aún más los lazos que los unían. Rodolfo era hijo natural de un gran señor que fue sorprendido por una muerte prematura, sin haber podido efectuar disposiciones con las que asegurar medios de subsistencia a una mujer tiernamente amada y a Rodolfo. Engañada de tal modo por un golpe del destino, la madre de Rodolfo recurrió entonces a un medio heroico. Vendió todo lo que había recibido de la munificencia del padre de su hijo, formó una suma de más de 100 000 francos, la colocó a su propio nombre como vitalicio, a un interés considerable, y de este modo se constituyó una renta de unos 15 000 francos, adoptando la resolución de consagrarlo todo a la educación de su hijo, con el fin de dotarlo de las ventajas personales más adecuadas para hacer fortuna, y de reservarle, a fuerza de economías, un capital para cuando llegase a su mayoría de edad. Era algo atrevido, era contar con su propia vida; pero sin esta audacia, sin duda le habría sido imposible a aquella madre vivir, educar convenientemente a su hijo, su única esperanza, su futuro y el único manantial de sus satisfacciones. Nacido de una de las más lindas parisienses y de un hombre notable de la aristocracia brabantina, fruto de una pasión compartida, Rodolfo viose afligido de una excesiva sensibilidad. Desde su



infancia había manifestado el más vivo ardor en todas las cosas. En él, el deseo convirtiéndose en una fuerza superior y en el móvil de todo el ser, el estimulante de su imaginación, la razón de sus acciones. A pesar de los esfuerzos de una madre inteligente, que se asustó desde el instante en que advirtió tal predisposición, Rodolfo deseaba de la misma manera que un poeta imagina, un sabio calcula, un pintor pinta, un músico compone sus melodías. Tierno como su madre, lanzábase con violencia inaudita y por medio del pensamiento hacia la cosa deseada, devorando el tiempo. Al soñar en la realización de sus proyectos, suprimía siempre los medios para ejecutarlos.

—Cuando mi hijo tenga hijos a su vez —decía la madre—, querrá verlos grandes en seguida.

Este hermoso ardor, convenientemente dirigido, sirvió a Rodolfo para realizar brillantes estudios, para convertirse en lo que los ingleses llaman un perfecto gentleman. Su madre estaba entonces orgullosa de él, aunque temiendo siempre cualquier catástrofe, si alguna vez una pasión se adueñaba de aquel corazón a la vez tan tierno y tan sensible, tan violento y tan bueno. Así, aquella mujer prudente había alentado la amistad que unía a Leopoldo con Rodolfo y a Rodolfo con Leopoldo, viendo en el frío y abnegado notario un tutor, un confidente que podría, hasta cierto punto, sustituirle al lado de Rodolfo, si por desgracia llegaba ella a faltar. Bella aún a su edad de cuarenta y tres años, la madre de Rodolfo había



inspirado la más viva pasión en Leopoldo. Esta circunstancia hacía que los dos amigos fueran aún más íntimos.

Leopoldo, que conocía bien a Rodolfo, no se sorprendió, pues, al ver, a causa de una mirada dirigida hacia una casa, cómo su amigo se detenía en un pueblo y renunciaba a la proyectada excursión al San Gotardo. Mientras les preparaban el desayuno en la fonda de El cisne, los dos amigos dieron una vuelta por el pueblo y llegaron a la parte cercana a la linda casa nueva, donde, caminando y charlando con los habitantes, Rodolfo descubrió una casa de burgueses dispuestos a aceptarlo a pensión, según la costumbre bastante generalizada en Suiza. Se le ofreció una habitación con vista sobre el lago, sobre las montañas, y desde la cual se descubría el magnífico panorama de uno de aquellos prodigiosos recodos que recomiendan el lago de los Cuatro Cantones a la admiración de los turistas. Esta casa se hallaba cerca de aquella en la que Rodolfo había entrevisto el rostro de su bella desconocida.

Por 100 francos al mes, Rodolfo no tuvo que preocuparse por ninguna de las cosas necesarias a la vida. Pero en consideración a los gastos que el matrimonio Stopfer se proponía hacer, pidieron el pago anticipado de los tres primeros meses. "Por poco que frotéis a un suizo, reaparecerá un usurero." Después de desayunar, Rodolfo se instaló inmediatamente, depositando en su habitación los efectos que había traído para su excursión al San Gotardo, y miró pasar a Leopoldo, el cual, por espíritu de orden, iba a continuar la excursión por cuenta propia y de



Rodolfo. Cuando Rodolfo, sentado sobre una roca, ya no vio la barca de Leopoldo, examinó la casa nueva, esperando ver a la desconocida. Pero, ¡ay!, volvió a entrar sin que la casa hubiera dado señales de vida. A la hora de la comida que le ofrecieron el señor y la señora Stopfer, antiguos toneleros de Neufchâtel, los interrogó acerca de los alrededores, y terminó por enterarse de todo cuanto quería saber sobre la desconocida, gracias a las ganas de hablar que tenían sus anfitriones, quienes, sin hacerse rogar, vaciaron el saco de los chismes.

La desconocida se llamaba Fanny Lovelace. Este apellido, que se pronuncia lovels, pertenece a viejas familias inglesas; pero Richardson hizo de él una creación cuya celebridad edipsa a cualquier otra. Miss Lovelace había venido a establecerse a orillas del lago a causa de la salud de su padre, a quien los médicos habían recomendado los aires del cantón de Lucerna. Estos dos ingleses, que tenían por único sirviente una niña de catorce años, muy adicta a miss Fanny, una pequeña muda que la servía con gran inteligencia, habíanse arreglado, antes del pasado invierno, con el señor y la señora Bergmann, antiguos jardineros mayores de Su Excelencia el conde Borromeo en la isola Bella y la isola Madre, en el lago Mayor. Estos suizos, ricos de alrededor de 1 000 escudos de renta, tenían alquilada a los Lovelace la parte superior de su casa a razón de 200 francos anuales y por tres años. El viejo Lovelace, anciano nonagenario, muy quebrantado de salud, demasiado pobre para permitirse ciertos gastos, raras veces salía; su hija trabajaba para hacerlo vivir, traduciendo, según se decía, libros ingleses y escribiendo



también libros ella misma. Así, los Lovelace no se atrevían ni a alquilar barcas para pasear por el lago, ni caballos, ni guías para visitar los alrededores. Una indigencia que exige tales privaciones excita en el caso de los suizos una compasión tanto más viva cuanto que para ellos representa una pérdida de ganancias. La cocinera de la casa alimentaba a aquellos tres ingleses a razón de 100 francos al mes, todo incluido. Pero creíase en todo Gersau que los antiguos jardineros, a pesar de su pretensión a la burguesía, se escudaban bajo el nombre de su cocinera para efectuar las ganancias de aquel negocio. Los Bergmann habían creado admirables jardines y un magnífico invernadero alrededor de su casa. Las flores, los frutos, las rarezas botánicas de aquella casa habían decidido a miss Fanny a escogerla, cuando pasó por Gersau. Creíase que contaba diecinueve años de edad miss Fanny, la cual, último vástago de aquel anciano, debía de estar muy mimada por él. Hacia dos meses que se había procurado un piano de alquiler, llegado de Lucerna, porque parecía loca por la música.

—Le gustan las flores y la música —pensó Rodolfo—, ¿y aún no está casada? ¡Qué suerte!

Al día siguiente, Rodolfo mandó pedir permiso para visitar los invernaderos y los jardines, que empezaban a gozar de cierta fama. Este permiso no le fue concedido inmediatamente. Aquellos antiguos jardineros pidieron, ¡cosa extraña!, que se les mostrara el pasaporte de Rodolfo, quien se lo mandó seguidamente. El pasaporte no le fue devuelto hasta el día



siguiente por mano de la cocinera, quien le comunicó que sus señores tendrían un gran placer en enseñarle su establecimiento. Rodolfo no fue a la casa de los Bergmann sin cierto temblor que sólo conocen las personas de emociones vivas, y que despliegan en un instante tanta pasión como la que despliegan ciertos hombres durante toda su vida. Vestido con elegancia, con objeto de agradar a los antiguos jardineros de las islas Borromeas, ya que vio en ellos los guardianes de su tesoro, recorrió los jardines, mirando de vez en cuando hacia la casa, pero con prudencia: los dos viejos propietarios le atestiguaban una desconfianza harto visible. Pero su atención viose pronto excitada por la inglesita muda, en la cual su sagacidad, joven aún, le hizo reconocer a una hija del África, o por lo menos, a una siciliana. Aquella niña poseía el color dorado de un cigarro de La Habana, ojos de fuego, párpados armenios con pestañas de una longitud antibritánica, cabellos más que negros, y bajo aquella piel casi aceitunada unos nervios de una fuerza singular, de una vivacidad febril. Lanzaba sobre Rodolfo unas miradas inquisitivas de un increíble descaro, y seguía los más mínimos movimientos del joven.

—¿De quién es esa morita? —preguntó a la respetable señora Bergmann.

—De los ingleses —contestó el señor Bergmann.

—¡Pero seguramente no habrá nacido en Inglaterra!



—Quizá la trajeron de las Indias —respondió la señora Bergmann.

—Me han dicho que la señorita Lovelace era amante de la música: yo estaría encantado si, durante mi estancia a orillas de este lago, a la cual me condena una prescripción facultativa, me permitiera cultivar la música con ella...

—No reciben ni quieren ver a nadie —dijo el viejo jardinero.

Rodolfo se mordió los labios y salió sin haber sido invitado a entrar en la casa, ni ser conducido a la parte del jardín que se encontraba entre la fachada y el borde del promontorio. Por aquel lado, la casa tenía encima del primer piso una galería de madera, cubierta por el tejado, cuyo alero era excesivamente grande y que sobresalía de los cuatro costados del edificio, según la moda suiza. Rodolfo había alabado mucho aquella elegante disposición y elogiado la vista de aquella galería, pero todo fue en vano. Cuando se hubo despedido de los Bergmann, encontróse consigo mismo, como todo hombre de inteligencia y de imaginación que se ha visto burlado por el fracaso de un plan de cuyo éxito estaba convencido.

Por la tarde, fue a pasear en barca por el lago, alrededor de aquel promontorio, fue hasta Brünnen, en el cantón de Schwitz, y regresó al caer la noche. Desde lejos distinguió la ventana abierta y muy iluminada, pudo oír los sones del piano y los acentos de una voz deliciosa. Así, pues, mandó parar la barca,



para entregarse a la fascinación de escuchar un aria italiana divinamente cantada. Cuando el canto hubo cesado, Rodolfo desembarcó y despidió la barca y los dos remeros. Exponiéndose a mojarse los pies, fue a sentarse bajo la peña de granito roída por las aguas, que estaba coronada por un compacto seto de acacias espinosas, y a lo largo del cual se extendía, en el jardín de los Bergmann, una avenida de tilos jóvenes. Al cabo de una hora, oyó hablar y caminar por encima de su cabeza; pero las palabras que llegaron a su oído eran todas italianas y pronunciadas por dos voces femeninas, dos mujeres jóvenes. Aprovechó un instante en que las dos interlocutoras se hallaban en un extremo, para deslizarse hacia el otro sin hacer ruido. Después de media hora de esfuerzos, llegó al extremo de la avenida y pudo, sin ser visto ni oído, colocarse en un sitio desde donde vería a las dos mujeres sin que lo vieran a él cuando se acercasen. ¡Cuál no fue el asombro de Rodolfo al reconocer a la pequeña muda en una de las dos mujeres! Hablaba italiano con miss Lovelace. Eran las once de la noche. La calma era tan grande en la superficie del lago y alrededor de la casa, que aquellas dos mujeres debían creerse seguras: en todo Gersau sólo sus ojos podían estar abiertos a aquellas horas. Rodolfo pensó que el mutismo de la niña era un ardid necesario. Por el modo como hablaban italiano, adivinó Rodolfo que se trataba de la lengua madre de aquellas dos mujeres; dedujo de ello que también era un ardid lo de hacerse pasar por inglesas.



—Se trata de italianos refugiados —pensó—, proscritos que sin duda deben temer a la policía de Austria o de Cerdeña. La joven aguarda a que llegue la noche para poder pasear y conversar con toda seguridad.

En seguida se tumbó en el suelo, a lo largo del seto y se arrastró como una serpiente para encontrar un paso entre dos raíces de acacia. Exponiéndose a producirse profundas heridas en la espalda, atravesó el seto cuando la pretendida miss Fanny y su pretendida muda estuvieron en el otro extremo de la avenida; luego, cuando llegaron a veinte pasos de él sin verlo, que se encontraba en la sombra del seto, entonces intensamente iluminado por la luz de la luna, se puso en pie rápidamente.

—No temáis —dijo en francés a la italiana—, no soy ningún espía. Sois unos refugiados, lo he adivinado. Yo soy un francés a quien una sola de vuestras miradas ha clavado en Gersau.

Rodolfo, no pudiendo soportar el dolor que le causó un instrumento de acero que le desgarró el costado, cayó desplomado.

—¡Nel lago con pietra! —dijo la terrible muda.

—¡Ah! Gina —exclamó la italiana.



—Ha fallado el golpe —dijo Rodolfo sacando de la herida un estilete que había tropezado con una falsa costilla— pero un poco más arriba, y lo habría clavado en mi corazón. Me he equivocado, Francesca —dijo, recordando el nombre que la pequeña Gina había pronunciado varias veces; no le guardo rencor: ¡la dicha de poder hablar con vos bien vale un golpe de estilete! Solamente mostradme el camino, es preciso que vuelva a la casa Stopfer. Descuidad, no diré nada.

Francesca, habiendo salido de su asombro, ayudó a Rodolfo a ponerse en pie, y dijo algunas palabras a Gina, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Las dos mjeres obligaron a Rodolfo a sentarse en un banco, a quitarse el traje, el chaleco, la corbata. Gina le abrió la camisa y chupó fuertemente la herida. Francesca, que los había dejado solos, regresó con un gran trozo de tafetán de Inglaterra y lo aplicó a la herida...

—De este modo podréis llegar hasta vuestra casa —dijo.

Cada una de ellas lo cogió de un brazo, y Rodolfo fue conducido a una pequeña puerta cuya llave se encontraba en el bolsillo del delantal de Francesca.

—¿Gina habla francés? —preguntó Rodolfo a Francesca.

—No, pero no os preocupéis —dijo Francesca con un leve movimiento de impaciencia.



—Dejadme que os vea —repuso Rodolfo con ternura—, porque quizá tardaré en poder volver...

El joven se apoyó en uno de los postes de la pequeña puerta y contempló a la bella italiana, la cual se dejó mirar durante un instante en medio del más bello silencio y en la más bella noche que jamás haya alumbrado aquel lago, el rey de los lagos suizos. Francesca era la italiana clásica, y tal como la imaginación quiere, hace o sueña que sean las italianas. Lo que de momento llamó la atención de Rodolfo fue la elegancia de aquel cuerpo, cuyo vigor se manifestaba a pesar de su frágil apariencia, tan flexible era. Una palidez de ámbar difundida por el rostro revelaba un súbito interés, pero que no borraba la voluptuosidad de un par de ojos húmedos y de un negro aterciopelado. Dos manos, las más bellas que jamás un escultor griego haya unido al brazo de una estatua, cogían el brazo de Rodolfo, y su blancura resaltaba sobre el negro del traje. El imprudente francés sólo pudo entrever la forma oval algo alargada del rostro, cuya boca triste permitía ver unos dientes de deslumbrante blancura entre dos gruesos labios frescos y rojos. La belleza de líneas de aquel rostro garantizaba a Francesca la duración de su esplendor; pero lo que más llamó la atención de Rodolfo fue la franqueza italiana de aquella mujer que se abandonaba por entero a su compasión.

Francesca dijo unas palabras a Gina, la cual dio el brazo a Rodolfo hasta que llegaron a la casa de los Stopfer, y después de llamar a la puerta, se alejó veloz como una golondrina.



—¡Esos patriotas no son mancos! —Decíase Rodolfo sintiendo lacerantes dolores cuando se encontró en su cama—. ¡Nel lago! ¡Gina me habría arrojado al lago con una piedra atada al cuello!

Cuando fue de día, mandó a Lucerna para buscar el mejor cirujano, y cuando éste hubo llegado, Rodolfo le recomendó el más profundo silencio, dándole a entender que el honor así lo exigía. Leopoldo regresó de su excursión el día en que su amigo abandonaba el lecho. Rodolfo le contó un cuento y le encargó que fuera a Lucerna a buscar el equipaje y las cartas. Leopoldo trajo la más funesta, la más horrible noticia: la madre de Rodolfo había muerto. Mientras los dos amigos iban de Basilea a Lucerna, la misiva fatal, escrita por el padre de Leopoldo, había llegado el día en que ellos partieron para Fluelen. A pesar de las precauciones que adoptó Leopoldo, Rodolfo viose afectado por una fiebre nerviosa. Cuando el futuro notario comprendió que su amigo estaba fuera de peligro, partió para Francia provisto de un mandato. Rodolfo pudo de este modo permanecer en Gersau, el único lugar del mundo donde su dolor podía mitigarse. La situación del joven francés, su desesperación y las circunstancias que hacían aquella pérdida más horrible para él que para otro joven, fueron conocidas y atrajeron sobre él la compasión y el interés de todo Gersau. Cada mañana, la muda fingida iba a ver al francés para poder luego llevar noticias a su dueña.



Cuando Rodolfo estuvo en condiciones de salir, fue a la casa de los Bergmann a dar las gracias a miss Lovelace y a su padre por el interés que le habían testimoniado. Por primera vez desde que se habían establecido en casa de los Bergmann, el anciano italiano dejó que un extraño penetrase en su apartamento, donde Rodolfo fue recibido con una cordialidad debida tanto a sus desgracias como a su condición de francés, que excluía toda desconfianza. Francesca apareció tan hermosa durante la primera velada, que hizo penetrar un rayo de luz en aquel corazón abatido. Sus sonrisas pusieron las rosas de la esperanza sobre aquel luto. Cantó, no aires alegres, sino graves y sublimes melodías adecuadas al estado del corazón de Rodolfo, a quien no pasó inadvertida esta delicadeza. Hacia las siete, el anciano dejó solos a los dos jóvenes, sin aparentar temor alguno, y se retiró a su habitación. Cuando Francesca se hubo cansado de cantar, llevó a Rodolfo a la galería exterior, desde donde se descubría el sublime espectáculo del lago y con una seña le indicó que se sentara al lado de ella en un banco de madera rústica.

—¿Es indiscreción preguntaros vuestra edad, cara Francesca?
—dijo Rodolfo.

—Diecinueve años —respondió la joven—, pero cumplidos.

—Si algo en el mundo pudiera mitigar mi dolor, sería la de que vuestro padre me concediera vuestra mano; sea cual fuere el estado de fortuna en que os encontréis, siendo tan bella, me



parecís más rica que la hija de un príncipe. Así, aunque estoy temblando al confesaros los sentimientos que me habéis inspirado, son profundos, eternos.

—¡Zitto! —Dijo Francesca poniendo uno de los dedos de su mano diestra sobre sus labios—. No sigáis: no soy libre, estoy casada desde hace tres años...

Un profundo silencio reinó durante unos instantes entre ambos. Cuando la italiana, asustada por la actitud de Rodolfo, se acercó a él, comprendió que se había desvanecido.

—¡Povero! —Se dijo—, yo que lo creía frío...

Fue a buscar unas sales y reanimó a Rodolfo haciéndoselas aspirar.

—¡Casada! —dijo Rodolfo mirando a Francesca.

Entonces las lágrimas corrieron en abundancia por sus mejillas.

—Vamos —dijo—, todavía hay esperanzas. Mi marido tiene...

—¿Ochenta años...? —dijo Rodolfo.

—No —respondió ella sonriendo—, sesenta y cinco. Se ha disfrazado de viejo para burlar a la policía.



—Querida —dijo Rodolfo—, otras emociones de esta clase, y me muero... Tras veinte años de conocimiento tan sólo, sabréis cuál es la fuerza y la pujanza de mi corazón, de qué naturaleza son sus aspiraciones hacia la felicidad. Esta planta no sube con mayor furia para abrirse a los rayos del sol —dijo mostrando un jazmín de Virginia que rodeaba la balaustrada—, que aquella furia con que hace un mes yo me he adherido a vos. Os amo con un amor único. ¡Este amor será el principio secreto de mi vida, y quizá moriré a consecuencia de él!

—¡Oh! ¡Francés, francés! —dijo la joven, complementando su exclamación con una leve mueca de incredulidad.

—¿No será preciso esperaros, recibiros de manos del tiempo? —Repuso Rodolfo con gravedad—. Pero, sabedlo, si sois sincera en las palabras que acabáis de dejar escapar, os esperaré fielmente sin permitir que ningún otro sentimiento crezca en mi corazón.

Ella lo miró con aire socarrón.

—Nada —dijo él—, ni siquiera un capricho. Tengo que realizar mi fortuna, una que sea espléndida, pues la naturaleza os ha creado princesa...

Al oír esta palabra, Francesca no pudo contener una leve sonrisa que confirió a su rostro la expresión más encantadora, algo tan sutil como lo que el gran Leonardo supo pintar tan bien



en la Gioconda. Esta sonrisa obligó a Rodolfo a hacer una pausa.

—...Sí —continuó—, debéis sufrir a causa de la indigencia en que el exilio os ha sumido. ¡Ah!, si queréis hacer de mí el más feliz de los hombres y santificar mi amor, me trataréis como a un amigo. ¿No debo yo ser también vuestro amigo? Mi pobre madre me ha dejado 60 000 francos de economías, ¡tomad la mitad!

Francesca lo miró fijamente. Aquella penetrante mirada llegó al fondo del alma de Rodolfo.

—No necesitamos nada, mis trabajos bastan para satisfacer nuestro lujo —respondió la joven con voz grave.

—¿Puedo permitir que una Francesca trabaje? —Exclamó Rodolfo—. Un día regresaréis a vuestro país, y allí volveréis a encontrar lo que dejasteis... —de nuevo volvió la italiana a mirar a Rodolfo—. Y me devolveréis lo que os habéis dignado aceptar en calidad de préstamo —añadió con una mirada llena de delicadeza.

—Dejemos este tema —dijo Francesca con un gesto de incomparable nobleza—. Haced una brillante fortuna, sed uno de los hombres notables de vuestro país, esto es lo que quiero. La cultura es un puente que puede servir para franquear un abismo. Sed ambicioso, es necesario. Creo que hay en vos



elevadas y poderosas facultades; pero servíos de ellas, más que para merecerme, para la felicidad de la humanidad. De este modo seréis más grande a mis ojos.

En esta conversación, que duró dos horas, Rodolfo descubrió en Francesca el entusiasmo por las ideas liberales y el culto de la libertad que había hecho la triple revolución de Nápoles, del Piamonte y de España. Al salir, fue conducido hasta la puerta por Gina, la muda fingida. A las once, nadie transitaba por la aldea, ninguna indiscreción había que temer; Rodolfo llevó a Gina a un rincón y le preguntó en voz baja, en mal italiano:

—¿Quiénes son tus dueños, hija mía? Dímelo, te daré esta pieza de oro, que es nueva.

—El señor —respondió la niña tomando la moneda—, el señor es el famoso librero Lamporani, de Milán, uno de los jefes de la revolución y el conspirador que Austria busca con más ahínco para encerrarlo en el Spielberg.

—¡La mujer de un librero...! Tanto mejor —pensó, así somos del mismo nivel—. Y ella, ¿de qué familia es? —Dijo en voz alta—, puesto que tiene aires de reina.

—Todas las italianas son así —respondió Gina con orgullo—. El apellido de su padre es Colonna.



Animado por la humilde condición de Francesca, Rodolfo mandó poner un toldo en su barca y unos cojines en la popa de la misma. Cuando se hubo realizado este cambio, el enamorado fue a proponer a Francesca un paseo con él en el lago. La italiana aceptó, sin duda para desempeñar su papel de joven miss a los ojos del pueblo; pero llevó a Gina con ellos. Las más insignificantes acciones de Francesca Colonna revelaban una educación superior y el más elevado rango social. Por el modo como se sentó la italiana en el extremo de la barca, Rodolfo sintióse en cierto modo separado de ella; y ante la expresión de un verdadero orgullo de nobleza, su premeditada familiaridad se desvaneció. Con una mirada, Francesca erigióse en princesa con todos los privilegios de que hubiera gozado en la Edad Media. Parecía haber adivinado los pensamientos secretos de aquel vasallo que tenía la audacia de constituirse en protector de ella. En el modo de estar amueblado el salón en que Francesca lo había recibido, en la forma de arreglarse y en las pequeñas cosas de que se servía, Rodolfo había reconocido ya los indicios de una naturaleza elevada y de una gran fortuna. Todas estas observaciones le vinieron a la vez a la memoria, y quedóse un instante pensativo, soñador, después de haber sido, por así decir, pisoteado por la dignidad de Francesca. Gina, aquella confidente apenas adolescente, parecía también tener su rostro cubierto por una máscara burlona. Esta evidente falta de acuerdo entre la condición de la italiana y sus maneras, fue un nuevo enigma para Rodolfo, el cual sospechó otra astucia parecida al falso mutismo de Gina.



—¿A dónde queréis ir, signora Lamporani? —preguntó.

—Hacia Lucerna —respondió en francés Francesca.

—¡Bien! —Pensó Rodolfo— no se asombra de oírme pronunciar su apellido; sin duda había prevenido a Gina de mi pregunta, ¡la muy ladina! ¿Qué tenéis contra mí? —Dijo yendo por fin a sentarse junto a ella y pidiéndole por un gesto una mano que Francesca retiró—. Sois fría y ceremoniosa.

—Es verdad —repuso ella sonriendo—. Hago mal. No está bien. Es algo burgués. En francés diríais: es poco artístico. Es mejor explicarse que guardar contra un amigo pensamientos hostiles o fríos, y vos me habéis probado ya vuestra amistad. Quizá haya ido demasiado lejos con vos. Me habréis tomado por una mujer muy ordinaria...

Rodolfo multiplicó sus señales de negación.

—...Sí —prosiguió aquella mujer de librero sin tener en cuenta la pantomima, que, por otra parte, veía muy bien—. Me he dado cuenta, y naturalmente vuelvo sobre mí misma. Bien, con breves palabras os lo diré todo. Sabedlo bien, Rodolfo: siento en mí la fuerza necesaria para ahogar un sentimiento que no estaría en consonancia con las ideas o con el concepto que tengo del verdadero amor. Puedo amar como sabemos amar en Italia; pero conozco mis deberes, y ninguna embriaguez sería capaz de hacérmelos olvidar. Casada sin mi consentimiento con



ese pobre anciano, podría hacer uso de la libertad que con tanta generosidad me concede; pero tres años de matrimonio equivalen a una aceptación de la ley conyugal. Así, la más violenta pasión no me haría emitir, ni siquiera involuntariamente, el deseo de encontrarme libre. Emilio conoce mi carácter. Él sabe que, aparte mi corazón, que me pertenece, y que puedo entregar, yo no consentiría en que me cogiesen una mano, y he aquí por qué os la he rehusado. Quiero ser amada, esperada con fidelidad, nobleza, ardor, sin poder conceder más que una ternura infinita cuya expresión no rebasará el recinto del corazón, el terreno permitido. Bien comprendidas todas estas cosas... ¡oh! —Prosiguió con un gesto de adolescente— puedo volver a ser coqueta, risueña, loca, como una niña que ignora el peligro de la familiaridad.

Esta declaración tan clara, tan franca, fue hecha con un tono, un acento, y acompañada de tales miradas, que le confirieron toda la verdad.

—Una princesa Colonna no habría podido expresarse de mejor modo —dijo Rodolfo sonriendo.

—Acaso —repuso ella con aire altivo—, ¿es eso un reproche a la humildad de mi cuna? ¿Precisa tal vez de un blasón vuestro amor? En Milán, los más ilustres apellidos: Sforza, Canova, Visconti, Trivulzio, Ursini, se hallan escritos en las muestras de algunas tiendas; hay Archinto boticarios; pero creed que, a



pesar de mi condición de tendera, tengo los sentimientos de una duquesa.

—¿Un reproche? No, señora, he querido haceros un elogio...

—¿Mediante una comparación...? —repuso ella con perspicacia.

—Bueno —repuso Rodolfo—, debéis saber, para que no me atormentéis más, si mis palabras describían mal mis sentimientos, que mi amor es absoluto, que comporta una obediencia y un respeto infinitos.

Francesca inclinó la cabeza, como mujer satisfecha, y dijo:

—¿Entonces el señor acepta el tratado?

—Sí —dijo—, comprendo que en un poderoso y bello organismo de mujer, la facultad de amar no podría perderse, y que por delicadeza queráis reprimirla. ¡Ah! Francesca, una ternura compartida, a mi edad y con una mujer tan sublime, tan regiamente bella como vos sois, he aquí que representa el colmo de todos mis deseos. Amaros como queréis ser amada, ¿no es para un joven preservarse de todas las malas locuras? ¿No es emplear sus fuerzas en una noble pasión de la que podrá enorgullecerse más tarde, y que sólo da bellos recuerdos...? Si supierais de qué bellos colores, de qué poesía acabáis de revestir la cadena del Pilato, el Rhigi, y este magnífico lago...



—Quiero saberlo —dijo ella con la ingenuidad de una italiana, que siempre comporta un poco de ironía.

—Bien, esta hora irradiará sobre toda mi vida, como un diamante en la frente de una reina.

Por toda respuesta, Francesca apoyó su mano en la de Rodolfo.

—Oh querida, ¡querida mía! Decidme: ¿no habéis amado nunca? —preguntó el joven.

—Nunca.

—¿Y me permitís que os ame noblemente, esperándolo todo del cielo?

Ella inclinó suavemente la cabeza. Dos gruesas lágrimas resbalaron por las mejillas de Rodolfo.

—Bien, ¿qué os sucede? —dijo ella abandonando su papel de emperatriz.

—Ya no tengo a mi madre para decirle cuán feliz soy. Ha dejado este mundo sin ver lo que habría aliviado su agonía...

—¿Qué? —preguntó Francesca.

—Su ternura sustituida por una ternura igual.



—¡Povero mío! —Exclamó conmovida la italiana—. Es, creedme —repuso después de una pausa—, algo muy dulce y un elemento muy grande de fidelidad para una mujer el saber que ella lo es todo en el mundo para aquel a quien ama, verlo solo, sin familia, sin nada en el corazón más que su amor, en fin, poseerlo por entero.

Cuando dos amantes se han entendido de este modo, el corazón experimenta una deliciosa quietud, una sublime tranquilidad. La certeza es la base exigida por los sentimientos humanos, ya que esta certeza no falta nunca en el sentimiento religioso: el hombre está siempre seguro de que Dios lo va a recompensar. El amor sólo se cree seguro por medio de esta semejanza con el amor divino. Así, es preciso haberlas experimentado plenamente para comprender las delicias del momento, único en la vida: no vuelve, de la misma manera que tampoco vuelven las emociones de la juventud. ¡Crear en una mujer, hacer de ella la religión humana de uno, el principio de su vida, la luz secreta de sus menores pensamientos...! ¿No es esto un segundo nacimiento? Un joven mezcla entonces en su amor un poco del amor que siente por su madre. Rodolfo y Francesca guardaron durante un rato el más profundo silencio, respondiéndole con miradas amistosas y llenas de pensamientos. Se comprendían en medio de uno de los más bellos espectáculos de la naturaleza, cuyas magnificencias, explicadas por las de su corazón, les ayudaban a grabar en la memoria las más fugaces impresiones de aquella hora única. No hubo el menor asomo de coquetería en la conducta de



Francesca. Todo era grande, sin reticencias de ninguna clase. Esta grandeza sorprendió vivamente a Rodolfo, que reconoció en ello la diferencia que distingue a la italiana de la francesa. Las aguas, la tierra, el cielo, la mujer, todo fue, pues, grandioso y suave, incluso su amor, en medio de aquel cuadro vasto en su conjunto, rico en sus detalles, y donde la aspereza de aquellas cimas nevadas, sus pliegues rígidos destacándose claramente en el azul, recordaban a Rodolfo las condiciones en las cuales debía encerrarse su felicidad: un hermoso país circundado por la nieve.

Aquella dulce embriaguez del alma había de verse turbada. Una barca venía de Lucerna; Gina, que desde hacía un rato la miraba con atención, hizo un gesto de alegría, permaneciendo fiel a su papel de muda. La barca se acercaba, y cuando por fin Francesca pudo distinguir los rostros:

—¡Tito! —exclamó al advertir la presencia de un joven.

Se puso en pie en la barca, con el peligro de ahogarse, y gritó:

—¡Tito! ¡Tito! —agitando su pañuelo.

Tito dio una orden a sus remeros, y las dos barcas se pusieron en una misma línea. La italiana y el italiano hablaron con tal vivacidad, en un dialecto tan poco conocido de un hombre que apenas conocía el italiano de los libros y no había estado en Italia, que Rodolfo no pudo entender ni adivinar nada de



aquella conversación. La prestancia de Tito, la familiaridad de Francesca, el aspecto de alegría que Gina manifestaba, todo le inspiraba una profunda tristeza. Por otra parte, no hay enamorado que no esté descontento de verse abandonado un instante por el ser a quien ama. Tito arrojó vivamente un saquito de piel, sin duda lleno de oro, a Gina, luego un paquete de cartas a Francesca, la cual se puso a leerlas, haciendo un gesto de despedida a Tito.

—Volved en seguida a Gersau —dijo a los remeros—. No quiero que mi pobre Emilio languidezca diez minutos más.

—¿Qué sucede? —preguntó Rodolfo cuando vio que la italiana acababa de leer su última carta.

—¡La libertà! —exclamó con entusiasmo de artista.

—¡E denaro! —respondió como un eco Gina, que al fin ya podía hablar.

—Sí —repuso Francesca—, ¡se acabó la miseria! He aquí que hace más de once meses que trabajo, y comenzaba a aburrirme. Decididamente, no soy mujer de letras.

—¿Quién es ese Tito? —inquirió Rodolfo.

—El secretario de Estado en el departamento de hacienda de la pobre tienda de Colonna, dicho de otro modo, el hijo de nuestro ragonato. ¡Pobre muchacho! No ha podido venir por el



San Gotardo, ni por el monte Genis, ni por el Simplon: ha venido por mar, por Marsella; ha tenido que atravesar Francia. En fin, dentro de tres semanas, estaremos en Ginebra, y allí viviremos tranquilamente. Vamos, Rodolfo —dijo al ver la tristeza reflejarse en el rostro del parisiense—, ¿es que el lago de Ginebra no valdrá lo que el lago de los Cuatro Cantones...?

—Permitidme que dedique cierto sentimiento de nostalgia a esa deliciosa casa de los Bergmann —dijo Rodolfo señalando hacia el promontorio.

—Vendréis a comer con nosotros, para multiplicar en ella vuestros recuerdos, povero mio —dijo Francesca—. Hoy es fiesta, ya no corremos peligro. Mi madre me dice que, quizá dentro de un año, seremos amnistiados. ¡Oh!, ¡la cara patria...!

Estas tres palabras hicieron llorar a Gina, la cual dijo:

—¡Otro invierno aquí y yo me moriría!

—¡Pobre cabritilla de Sicilia! —dijo Francesca pasando la mano por la cabeza de Gina con un gesto y un efecto que hicieron desear a Rodolfo ser acariciado de aquel modo, aunque fuera sin amor.

La barca llegó a la orilla, Rodolfo saltó sobre la arena, tendió la mano a la italiana, la condujo hasta la puerta de la casa de los Bergmann y fue a vestirse para regresar en seguida.



Al encontrar al librero y a su mujer sentados en la galería exterior, Rodolfo apenas pudo reprimir un gesto de sorpresa al ver el aspecto y prodigioso cambio que la buena noticia había operado en el nonagenario. Vio a un hombre de unos sesenta años, muy bien conservado, un italiano flaco, tieso como una l, con el pelo aún negro, aunque ralo y que dejaba ver un cráneo blanco; ojos vivos, dientes completos y blancos, un rostro de César y en una boca diplomática una sonrisa casi sardónica, la sonrisa casi falsa bajo la cual el hombre de mundo oculta sus verdaderos sentimientos.

—He aquí a mi marido en su forma natural —dijo gravemente Francesca.

—Es completamente como si conociera a otra persona —respondió Rodolfo, perplejo.

—Completamente —dijo el librero—. He hecho teatro, y sé maquillarme muy bien. ¡Ah!, actuaba en París en la época del Imperio, con Bourrienne, con la señora Murat, la señora de Abrantes, e tutti quanti... Todo cuando se ha molestado uno en aprender en la juventud, aunque se trate de cosas fútiles, llega a sernos útil. Si mi mujer no hubiera recibido esta educación varonil, un contrasentido en Italia, habría sido preciso que yo, para poder vivir, trabajase aquí como leñador. ¡Povera Francesca! ¿Quién iba a decirme que un día habría de mantenerme?



Al escuchar a aquel digno librero, tan seguro de sí mismo, tan afable y tan tranquilo, Rodolfo creyó en alguna burla y permaneció en el silencio observador del hombre que ha sido traicionado.

—¿Che avete, signor? —Preguntó ingenuamente Francesca—. ¿Por ventura nuestra felicidad os entristecería?

—Vuestro marido es un hombre joven —le dijo al oído.

Francesca soltó una carcajada tan franca, tan comunicativa, que Rodolfo quedóse aún más turbado.

—Sólo puede ofreceros sesenta y cinco años —dijo—, pero os aseguro que hay aún algo... tranquilizador.

—No me gusta veros bromear con un amor tan santo como aquel cuyas condiciones han sido impuestas por vos misma.

—¡Zitto! —dijo golpeando el suelo con el pie y mirando si su marido les escuchaba—. No turbéis jamás la tranquilidad de ese hombre, cándido como un niño y con el cual hago lo que quiero. Se encuentra —añadió bajo mi protección. ¡Si supierais —con qué nobleza ha arriesgado su vida y su fortuna porque yo era liberal!, puesto que no participa de mis ideas políticas. Esto es amar, ¿verdad, señor francés? Pero son así en su familia. El hermano menor de Emilio fue traicionado por la que amaba, la cual prefirió a un simpático joven. Se atravesó el corazón con la



espada, y diez minutos antes le dijo a su ayuda de cámara: "Yo mataría muy a gusto a mi rival, pero esto haría mucho daño a la diva".

Esta mezcla de nobleza y de burla, de grandeza y puerilidad, hacía de Francesca en aquellos momentos la criatura más atrayente del mundo. La comida, así como la velada, estuvo impresa de una alegría que estaba justificada por la liberación de los dos refugiados, pero que entristeció a Rodolfo.

—¿Será quizás una mujer ligera? —Decíase el joven mientras regresaba a la casa de los Stopfer—. Ella participó de mi duelo, y yo no comparto su alegría.

Regañóse a sí mismo y justificó a aquella mujer-niña.

—Carece de hipocresía y se entrega a sus impresiones... —se dijo—. Y, sin embargo, yo quisiera que fuese como una parisiense.

Al día siguiente y durante los sucesivos, durante veinte, en total, Rodolfo se pasaba todas las horas en casa de los Bergmann, observando a Francesca a pesar de que se prometió no hacerlo. La admiración, en ciertas almas, no va desprovista de una especie de penetración. El joven francés descubrió en Francesca a la joven imprudente, la verdadera naturaleza de la mujer aún insumisa, que se debate a ratos con su amor, dejándose arrastrar complacida por él en otros instantes. El



anciano se conducía con ella como un buen padre con su hija, y Francesca le testimoniaba una gratitud profundamente sentida que revelaba en ella instintivos sentimientos de nobleza. Esta situación y esta mujer ofrecían a Rodolfo un enigma impenetrable, pero cuya solución le interesaba cada vez más.

Aquellos últimos días estuvieron llenos de fiestas secretas, mezcladas con melancolías, rebeldía, querellas más encantadoras que las horas en que Rodolfo y Francesca se entendían. En fin, cada vez se hallaba más seducido por la ingenuidad de aquella ternura sin pensamiento, parecida a ella misma en todo, de aquella ternura que sentía celos de todo... ¡ya!

—¡Os gusta mucho el lujo! —le dijo un día a Francesca, la cual manifestaba el deseo de abandonar Gersau, donde carecía de muchas cosas.

—A mí me gusta el lujo —dijo— como me gustan las artes, como me gusta un cuadro de Rafael, un hermoso caballo, un hermoso día o como el golfo de Nápoles. Emilio, ¿me he quejado aquí alguna vez, durante nuestros días de miseria?

—No habríais sido vos misma —dijo gravemente el librero.

—Después de todo, ¿no es natural que unos burgueses ambicionen la grandeza? —Repuso Francesca lanzando una maliciosa mirada a Rodolfo y a su marido—. Mis pies —dijo



mostrando sus dos piecitos encantadores, ¿están hechos acaso para la fatiga? Mis manos... —dijo tendiendo una mano a Rodolfo—, estas manos, ¿están hechas para trabajar? Dejados —dijo a su marido—, que quiero hablar con él.

El anciano volvió a entrar en el salón con sublime benevolencia: estaba seguro de su mujer.

—No quiero —dijo Francesca a Rodolfo— que nos acompañéis a Ginebra. Ginebra es una ciudad de habladurías. Aunque yo esté muy por encima de las bobadas del mundo, no quiero ser calumniada, no por mí, sino por él. Cifro mi orgullo en ser la gloria de ese viejo, mi único protector, después de todo. Vamos a partir quedados aquí durante unos días. Cuando vengáis a Ginebra, ved primeramente a mi marido, y dejad que él os presente a mí. Ocultemos nuestro inalterable y profundo afecto a los ojos del mundo. Os amo, bien lo sabéis; pero he aquí cómo os lo demostraré: no sorprenderéis en mi conducta nada que pueda suscitar vuestros celos.

Lo llevó al rincón de la galería, lo cogió por la cabeza, le dio un beso en la frente y se alejó, dejándolo estupefacto.

Al día siguiente, Rodolfo se enteró de que al amanecer habían partido los huéspedes de la casa de los Bergmann. La estancia en Gersau se le hizo desde entonces insoportable, y dirigióse a Vevay por el camino más largo, viajando más de prisa de lo que debía; pero, atraído por las aguas del lago en el que le



aguardaba la hermosa italiana, llegó hacia fines del mes de octubre a Ginebra. Para evitar los inconvenientes de la ciudad, alojóse en una casa situada en las Eaux-Vives, fuera de las murallas. Una vez estuvo allí instalado, su primer cuidado fue preguntar a su patrón, un antiguo joyero, si últimamente habían venido a instalarse en Ginebra unos refugiados italianos, milaneses.

—No, que yo sepa —respondióle el patrón—. El príncipe y la princesa Colonna, de Roma, han alquilado por tres años las tierras del señor Jeanrenaud, las más bellas del lago. Están situadas entre la quinta Diodati y las tierras del señor Lafin-de-Dieu, que han sido arrendadas por la vizcondesa de Beauséant. El príncipe Colonna ha venido aquí para su hija y para su yerno el príncipe Gandolphini, un napolitano, o si queréis, siciliano, antiguo partidario del rey Murat y víctima de la última revolución. He aquí los últimos que han llegado a Ginebra, y no son milaneses. Han sido necesarios muchos pasos y la protección que el papa otorga a la familia Colonna para que se haya logrado de las potencias extranjeras y del rey de Nápoles el permiso para que el príncipe y la princesa Gandolphini puedan residir aquí. Ginebra no quiere hacer nada que desagrade a la Santa Alianza, a la cual debe ella su independencia. Nuestro papel no es el de criticar a las cortes extranjeras. Hay aquí muchos extranjeros: rusos, ingleses.

—También hay ginebrinos.



—Sí, señor. ¡Nuestro lago es tan bello! Lord Byron ha vivido aquí, hace unos siete años, en la quinta Diodati, que ahora es visitada por todo el mundo, y también Coppet, Ferney.

—¿No podríais averiguar si ha venido, desde hace una semana, un librero de Milán con su mujer, un tal Lamporani, uno de los cabecillas de la última revolución?

—Puedo saberlo, yendo al círculo de los extranjeros —dijo el antiguo joyero.

El primer paseo de Rodolfo tuvo naturalmente como objetivo la quinta Diodati, residencia de lord Byron, a la cual la muerte reciente de aquel gran poeta confería aún mayor atractivo: la muerte es la consagración del genio. El camino que, desde las Eaux-Vives, bordea el lago de Ginebra, es, como todas las carreteras de Suiza, bastante angosto y en ciertos lugares, por la disposición del terreno montañoso, apenas queda bastante espacio para que crucen por allí dos vehículos. Hallándose a algunos pasos de la casa Jeanrenaud, cerca de la cual estaba llegando sin saberlo, Rodolfo oyó tras de sí el ruido de un carruaje; y hallándose en una especie de garganta, trepó a lo alto de una peña para dejar expedito el paso. Tranquilamente vio llegar el coche, una elegante calesa tirada por dos magníficos caballos ingleses. Quedóse como deslumbrado al ver en la calesa a Francesca, magníficamente vestida, al lado de una vieja dama rígida como un camafeo. Un lacayo resplandeciente de dorados se hallaba de pie en la parte



posterior. Francesca reconoció a Rodolfo, y sonrió al verlo como una estatua sobre su pedestal. El coche, que el enamorado siguió con la vista, entró por la puerta de una casa de campo, hacia la cual Rodolfo se dirigió corriendo.

—¿Quién vive aquí? —preguntó al jardinero.

—El príncipe y la princesa Colonna, así como el príncipe y la princesa Gandolphini.

—¿Son acaso las princesas las que acaban de llegar?

—Sí, señor.

En un instante, un velo se desprendió de los ojos de Rodolfo, el cual vio claramente en el pasado.

—¡Con tal que sea —se dijo al fin el enamorado, que parecía fulminado— su última burla!

Temblaba al pensar que pudiera haber sido juguete de un capricho, porque había oído hablar de lo que es un capricho para una italiana. ¡Pero, qué crimen, a los ojos de una mujer, haber sido tomada por burguesa una princesa nacida princesa! ¡Haber tomado a la hija de una de las más ilustres familias de la Edad Media por la mujer de un librero! El sentimiento de sus errores redobló en Rodolfo el deseo de saber si simularían no conocerlo, si sería rechazado. Preguntó por el príncipe Gandolphini, a la vez que daba una tarjeta de visita, y fue



inmediatamente recibido por el fingido Lamporani, el cual lo acogió con perfecta amabilidad, con afabilidad napolitana, y lo llevó a pasear a lo largo de una terraza desde donde se divisaba la ciudad de Ginebra, el Jura y sus colinas cargadas de quintas, luego las orillas del lago en una gran extensión.

—Mi mujer, como veis, es fiel a los lagos —dijo, después de haberle explicado a su huésped el paisaje—. Esta noche tenemos una especie de concierto —añadió volviéndose hacia la magnífica mansión Jeanrenaud—, espero que nos concederéis el placer, a la princesa y a mí, de venir. Dos meses de miseria soportados en compañía equivalen a años de amistad.

Aunque devorado por la curiosidad, Rodolfo no se atrevió a pedir que le dejaran ver a la princesa; volvió lentamente a las Eaux-Vives, pensando en la fiesta de la noche. En unas horas, su amor, por inmenso que ya fuese, veíase aumentado por sus ansiedades y por la expectativa de los acontecimientos. Ahora comprendía la necesidad de llegar a ser ilustre, para encontrarse, socialmente hablando, a la altura de su ídolo. A sus ojos, Francesca aparecía muy grande, por la naturalidad y la sencillez de su modo de comportarse en Gersau. El aire naturalmente altivo de la princesa Colonna hacía temblar a Rodolfo, que iba a tener como enemigos al padre y a la madre de Francesca, por lo menos así él lo creía. Y el secreto que la princesa Gandolphini le había recomendado tan encarecidamente, antojósele entonces una admirable prueba



de ternura. Al no querer Francesca comprometer el porvenir, ¿no indicaba que ella amaba a Rodolfo?

Al fin dieron las nueve, Rodolfo pudo subir al coche y dijo con una emoción fácil de comprender:

—¡A la casa Jeanrenaud, en casa del príncipe Gandolphini!

Entró en el salón, lleno de extranjeros de la más alta distinción, y tuvo que permanecer en un grupo que se hallaba cerca de la puerta, porque en aquel momento se estaba cantando un dúo de Rossini. Finalmente pudo ver a Francesca, pero sin que ésta lo viese a él. La princesa se hallaba de pie, a dos pasos del piano. Sus magníficos cabellos, tan abundantes y largos, estaban sujetos por una diadema de oro. Su rostro, iluminado por las bujías, mostraba la deslumbrante blancura peculiar de las italianas y que sólo produce todo su maravilloso efecto cuando se halla bajo la luz. Llevaba un vestido de baile que permitía admirar unos hombros magníficos, su talle de mujer joven y brazos de estatua clásica. Su belleza sublime estaba allí sin rivalidad posible, aunque hubiera inglesas y rusas encantadoras, las mujeres más lindas de Ginebra y otras italianas, entre las cuales brillaban la ilustre princesa de Varese y la famosa cantante Tinti, que en aquellos momentos estaba cantando. Rodolfo, apoyado en el jambaje de la puerta, miró a la princesa proyectando sobre ella aquella mirada fija, persistente, atractiva y cargada de toda la voluntad humana concentrada en ese sentimiento llamado deseo, pero que



entonces asume el carácter de una violenta orden. ¿Acaso la llama de aquella mirada alcanzó a Francesca? ¿Esperaba Francesca ver de un momento a otro a Rodolfo? Al cabo de unos minutos, deslizó una mirada hacia la puerta, como atraída por aquella corriente de amor, y sus ojos, sin vacilar, se sumergieron en los ojos de Rodolfo. Un leve estremecimiento agitó aquel magnífico rostro y aquel hermoso cuerpo: ¡La sacudida del alma estaba reaccionando! Francesca se sonrojó. Rodolfo tuvo la sensación de vivir una vida entera en aquel cambio, tan rápido que sólo puede compararse con un relámpago. ¿Pero a qué podríamos comparar su dicha? ¡Él era amado! La sublime princesa, en medio de la sociedad, en la hermosa mansión Jeanrenaud, mantenía la palabra dada por la pobre expatriada, por la joven caprichosa de la casa Bergmann ¡La embriaguez de tales momentos vuelve a uno esclavo para toda su vida! Una sonrisa, elegante e irónica, cándida y triunfal, agitó los labios de la princesa Gandolphini, la cual, en un momento en el que no se creía observada, miró a Rodolfo como si le pidiera perdón por haberlo engañado en lo que a su condición se refería. Terminada la pieza, Rodolfo pudo llegar hasta el príncipe, el cual lo condujo amablemente al lado de su esposa. Rodolfo cambió las ceremonias de una presentación oficial con la princesa, el príncipe Colonna y Francesca. Cuando hubo terminado, la princesa tuvo que realizar su parte en el cuarteto famoso de Mi manca la voce, que estuvo ejecutado por ella, por la Tinti, por Genovese, el famoso tenor, y por un célebre príncipe italiano a la sazón en el exilio, y cuya voz, si no



hubiera sido príncipe, habría hecho creer que se trataba de uno de los príncipes del arte.

—Sentaos ahí —dijo Francesca a Rodolfo, indicándole la propia silla de ella—. ¡Oime!, creo que hay un error de apellido: desde este momento soy la princesa Rodolphini.

Esto fue dicho con una gracia, con un encanto, con una ingenuidad, que recordaron en esta confesión oculta bajo una chanza, los felices días de Gersau.

Rodolfo experimentó la deliciosa sensación de escuchar la voz de una mujer adorada hallándose tan cerca de ella, que sentía en una de sus mejillas casi el roce de la tela del vestido y la gasa del echarpe. Pero, cuando, en semejante instante, se está cantando Mi manca la voce y el cuarteto está compuesto por las voces más bellas de Italia, es fácil comprender que las lágrimas humedeciesen los ojos de Rodolfo.

En amor, como quizás en cualquier otra cosa, hay ciertos hechos, mínimos en sí mismos, pero que son el resultado de mil pequeñas circunstancias anteriores, y cuyo alcance llega a ser inmenso al resumir el pasado, al vincularse con el futuro. Uno ha sentido mil veces el valor de la persona amada; pero un detalle insignificante, el perfecto contacto de las almas unidas en un paseo por medio de una palabra, por una prueba de amor inesperada, eleva el sentimiento a su más alto grado. En fin, para expresar este hecho moral con una imagen que, desde que



el mundo es mundo, ha tenido el éxito más indiscutible: hay, en una larga cadena, puntos de unión necesarios en los que la cohesión es más profunda que en sus guimaldas de eslabones. Este reconocimiento entre Rodolfo y Francesca, durante aquella velada, a la vista de todo el mundo, fue uno de aquellos puntos supremos que unen el futuro con el pasado, que estrechan aún más los lazos del corazón.

Después del placer de admirar uno mismo a una mujer amada, viene el de verla admirada por todos: Rodolfo experimentó entonces ambas sensaciones a la vez. El amor es un tesoro de recuerdos, y aunque el de Rodolfo estuviera ya henchido de ellos, él añadió las perlas más preciosas: sonrisas dedicadas disimuladamente a él solo, miradas furtivas, inflexiones en el canto que Francesca supo hallar para él, pero que hicieron palidecer de celos a la Tinti, tan aplaudidos fueron. Así, toda la pujanza de su deseo, aquella forma especial de su alma, se arrojó sobre la bella romana, que inalterablemente convirtiéndose en el principio y en el fin de todos sus pensamientos y acciones. Rodolfo amó como todas las mujeres pueden soñar con ser amadas, con una fuerza, con una constancia, con una cohesión que hacía de Francesca la sustancia misma de su corazón; la sentía mezclada con su sangre como una sangre más pura, a su alma como un alma más perfecta; ella sería bajo los más insignificantes quehaceres de su vida como la dorada arena del Mediterráneo bajo la onda. En suma, que la más pequeña aspiración de Rodolfo fue una activa esperanza.



Al cabo de unos días, Francesca reconoció aquel inmenso amor; pero era tan natural, tan bien compartido, que no se asombró del mismo: ella era digna de tal amor.

—¿Qué hay de sorprendente —decíale a Rodolfo mientras paseaba con él por la terraza de su jardín, después de haber sorprendido uno de aquellos movimientos de fatuidad tan naturales en los franceses al expresar sus sentimientos—, qué hay de maravilloso en el hecho de que améis a una mujer joven y bella, lo suficientemente artista como para poder ganarse la vida como la Tinti y que puede ofrecer ciertos goces a la vanidad? ¿Cuál es el bruto que entonces no se convertiría en un Amadís? Pero éste no es el caso nuestro. Lo que hace falta es amar con constancia, con perseverancia y a distancia durante años, sin otro placer que el de verse amado.

—¡Ah! —Le dijo Rodolfo—. ¿No encontráis mi fidelidad desprovista de todo mérito al verme ocupado en trabajos de una ambición devoradora? ¿Creéis que querría veros un día cambiar el bello nombre de princesa Gandolphini por el de un hombre que no fuese nada? Yo quiero llegar a ser uno de los hombres más notables de mi país, ser rico, ser grande, y que vos pudierais sentir os tan orgullosa de mi apellido como del vuestro de Colonna.

—Me sentiría muy enojada si no advirtiera tales sentimientos en vuestro corazón —respondió ella con sonrisa encantadora—. Pero no os consumáis demasiado en los trabajos de la ambición,



permaneced joven... Dicen que la política envejece pronto a un hombre.

Lo más raro en las mujeres es que posean cierta alegría que no altere la ternura. Esta mezcla de un sentimiento profundo con la locura de la edad juvenil añadió en aquel momento adorables atractivos a los que Francesca poseía. Tal es la clave de su carácter: ríe y se enternece, se exalta y vuelve a la fina ironía con una elegante sencillez que hace de ella la persona más encantadora y deliciosa cuya reputación, por otra parte, se ha extendido más allá de Italia. Oculta bajo las gracias de la mujer una profunda instrucción, debida a la vida excesivamente monótona y casi monacal que ha llevado en el vetusto castillo de los Colonna. Esta rica heredera fue al principio destinada al claustro, siendo el cuarto hijo del príncipe y de la princesa Colonna; pero la muerte de sus dos hermanos y de su hermana mayor la hizo salir súbitamente de su retiro para convertirla en uno de los más bellos partidos de los Estados romanos. Su hermana mayor había sido prometida al príncipe Gandolphini, uno de los propietarios más ricos de Sicilia, por lo que Francesca le fue dada en matrimonio con objeto de no alterar en nada los asuntos de familia. Los Colonna y los Gandolphini habían estado siempre aliados entre sí. De los nueve a los dieciséis años de edad, Francesca, dirigida por un monsignore de la familia, había leído toda la biblioteca de los Colonna para templar su ardiente imaginación con el estudio de las ciencias, las artes y las letras. Pero en el estudio adquirió aquella afición a la independencia y a las ideas liberales que la hizo arrojar, al igual que su



marido, a la revolución. Rodolfo ignoraba aún que, sin contar cinco lenguas vivas, Francesca supiese el griego, el latín y el hebreo. Aquella encantadora criatura había comprendido admirablemente que una de las primeras condiciones de la instrucción, en una mujer, es la de disimular profundamente su cultura.

Rodolfo permaneció todo el invierno en Ginebra. Aquel invierno transcurrió como un día. Cuando llegó la primavera, a pesar de los exquisitos goces que procura la compañía de una mujer inteligente, prodigiosamente instruida, joven y alocada, aquel enamorado experimentó crueles sufrimientos, soportados, por otra parte, con valentía, pero que a veces se reflejaban en su rostro, en sus maneras, en sus palabras, porque no los creía compartidos. A veces él se irritaba admirando la serenidad de Francesca, la cual, parecida a las inglesas, parecía poner su amor propio en no expresar nada en su semblante, cuya serenidad desafiaba al amor; él hubiera querido verla agitada, la acusaba de no sentir nada, creyendo en aquel prejuicio que todas las italianas son mujeres de una febril movilidad.

—¡Yo soy romana! —respondió gravemente un día Francesca, que tomó en serio algunas bromas que a este respecto le hiciera Rodolfo.

Hubo en el acento de esta respuesta una profundidad que le dio la apariencia de una salvaje ironía, y que hizo palpitar



intensamente el corazón de Rodolfo. El mes de mayo desplegaba los tesoros de su reciente verdor, el sol poseía momentos de fuerza como en pleno verano. Los dos amantes se hallaban entonces apoyados en la balaustrada de piedra que, en una parte de la terraza en que el terreno se hallaba cortado a pico sobre el lago, corona el muro de una escalera por la que se desciende para entrar en una barca. De la quinta vecina, donde se ve un embarcadero casi igual, lanzóse como un cisne una yola con su pabellón de color de fuego, su tienda en forma de baldaquino carmesí, bajo el cual una linda mujer se hallaba cómodamente sobre unos rojos cojines, adornada la cabeza con flores naturales, conducida por un joven vestido como un marinero, y remando con tanta mayor gracia cuanto que se hallaba bajo las miradas de aquella mujer.

—¡Son felices! —Dijo Rodolfo con áspero acento—. Clara de Borgoña, la última de la única casa que haya podido rivalizar con la casa de Francia...

—¡Oh...! Proviene de una rama bastarda, y todavía a través de las mujeres...

—Después de todo, es vizcondesa de Beauséant, y no ha...

—¿Vacilado en ir a enterrarse con el señor Gastón de Nueil? —Dijo la hija de los Colonna—. No es más que una francesa, y yo soy italiana, señor mío.



Francesca abandonó la balaustrada, dejó a Rodolfo y fue a colocarse al extremo de la terraza, desde donde se abarca una inmensa extensión del lago; al verla caminar lentamente, Rodolfo tuvo la sospecha de haber herido aquél alma a la vez tan cándida y tan culta, tan orgullosa y tan humilde. Tuvo frío; siguió a Francesca, la cual le hizo una seña indicando que la dejara sola; pero él no hizo caso y la sorprendió secándose una lágrima. ¡Una naturaleza tan fuerte, y estaba llorando!

—Francesca —le dijo cogiéndole la mano—, ¿hay algún pesar en tu corazón...?

Ella guardó silencio, soltó la mano que tenía el pañuelo bordado para secarse de nuevo los ojos.

—¡Perdón! —dijo Rodolfo.

Y con un impulso incontenible, acercó su cabeza a la de ella para secarle las lágrimas con sus besos.

Francesca no advirtió este movimiento apasionado, tan emocionada se sentía. Rodolfo, creyendo que ella consentía, sintiese más osado; tomó a Francesca por la cintura, la estrechó contra su corazón y le dio un beso; pero ella se desprendió de sus brazos con un magnífico movimiento de pudor ofendido, y desde una distancia de dos pasos, mirándolo sin ira, pero con resolución, le dijo:



—Partid esta tarde; no volveremos a vernos más que en Nápoles.

A pesar de la severidad de esta orden, fue ejecutada religiosamente, porque Francesca así lo quería.

De regreso a París, Rodolfo encontró en su casa el retrato de la princesa Gandolphini, pintado por Schinner, tal como Schinner sabe pintar retratos. Este pintor había pasado por Ginebra al dirigirse a Italia. Habiéndose negado categóricamente a realizar el retrato de varias mujeres, Rodolfo no creía que el príncipe, excesivamente deseoso de tener un retrato de su esposa, hubiese podido vencer la resistencia del célebre pintor; pero Francesca lo había seducido sin duda y había conseguido de él algo que rayaba en prodigio: un retrato original para Rodolfo, una copia para Emilio. Esto era lo que le decía una encantadora y deliciosa carta en la que el pensamiento se desquitaba de la retención impuesta por la religión de las conveniencias sociales. El enamorado escribió su respuesta. De este modo se inició, para no acabar, una correspondencia entre Rodolfo y Francesca, único placer que ambos se permitieron.

Rodolfo, presa de una ambición que estaba legitimada por su amor, puso en seguida manos a la obra. Quiso ante todo la fortuna, y se embarcó en una empresa en la que puso todas sus fuerzas, así como todos sus bienes; pero, con la inexperiencia de la juventud, tuvo que luchar contra un doblez que triunfó de él.



Tres años se perdieron en una vasta empresa, tres años de esfuerzos y de valor.

El ministerio Villèle sucumbía también cuando sucumbió Rodolfo. Inmediatamente el intrépido enamorado quiso pedirle a la política lo que la industria le había rehusado; pero antes de arrojarle a las tempestades de esta carrera, fue, con el alma herida, doliente, a hacerse curar las llagas y a adquirir nuevas fuerzas, a Nápoles, donde el príncipe y la princesa Gandolphini fueron llamados y reintegrados a sus bienes por la monarquía restaurada. En medio de su lucha, fue aquello un reposo lleno de dulzura; pasó tres meses en la quinta Gandolphini, abrigando siempre esperanzas.

Rodolfo volvió a iniciar el edificio de su fortuna. Ya se había hecho notar su talento, ya iba por fin a realizar los sueños de su ambición, habiéndosele prometido a su celo un puesto eminente, como recompensa a su abnegación y a los servicios prestados, cuando estalló la tormenta de julio de 1830, y su barca volvió a zozobrar.

Ella y Dios, tales son los dos testigos de los esfuerzos más animosos, de las tentativas más audaces realizadas por un joven dotado de cualidades, pero al que, hasta entonces, faltó la ayuda de la diosa de los necios: ¡la diosa Felicidad! Y este infatigable atleta, sostenido por el amor, reanuda sus combates, iluminados por una mirada siempre amiga, ¡por un corazón fiel...! ¡Enamorados, rogad por él!



A.S.

La señora de Watteville, al terminar de leer este relato, que devoró, tenía las mejillas encendidas, la fiebre ardía en sus venas; lloraba, pero de rabia, Esta novela, inspirada por la literatura que entonces estaba de moda, era la primera lectura de este género que se le había permitido a Rosalía. El amor aparecía pintado, si no por mano maestra, sí al menos por un hombre que parecía referir sus propias impresiones; ahora bien, la verdad, aunque estuviera mal expresada, había de afectar a un alma todavía virgen. Allí se encontraba el secreto de las terribles agitaciones, de la fiebre y de las lágrimas de Rosalía: estaba celosa de Francesca Colonna. Ella no dudaba de la sinceridad de aquel idilio: Alberto se había complacido en relatar el comienzo de su pasión ocultando sin duda los nombres, quizá también los lugares. Rosalía se hallaba presa de una infernal curiosidad. ¡Qué mujer no habría querido, como ella, conocer el verdadero nombre de su rival, puesto que ella amaba! Al leer aquellas páginas contagiosas para ella, habíase dicho estas palabras solemnes: "¡Yo amo!" Amaba a Alberto, y sentía en el corazón unas terribles ganas de arrebatárselo de las manos de aquella desconocida rival. Pensó que ella no sabía música y que no era bella.

— ¡Nunca me amarás! — se dijo.



Estas palabras no hicieron más que redoblar sus deseos de saber si no se engañaba, si realmente amaba a una princesa italiana, y si su amor era correspondido. Durante esta noche fatal, el espíritu de rápida decisión que distinguía al famoso Watteville desplegóse por entero en su heredera. Dio a luz aquellos proyectos extraños alrededor de los cuales, por otra parte, flotan casi todas las imaginaciones de las muchachas, cuando, en medio de la soledad o porque algunas madres imprudentes las retienen, son excitadas por un acontecimiento capital que el sistema de compresión al cual están sometidas no ha podido prever ni impedir. Pensaba bajar por una escala, a través del mirador, al jardín de la casa en que vivía Alberto, aprovechando el sueño del abogado para ver, por la ventana, el interior de su gabinete. Pensaba escribirle, pensaba romper los lazos de la sociedad de Besanzón introduciendo a Alberto en el salón del hotel de Rupt. Esta empresa, que habría parecido al propio abate de Grancey la obra maestra de lo imposible, fue cuestión de un pensamiento.

—¡Ah! —Se dijo—, mi padre tiene ciertos litigios en su tierra de los Rouxey, iré a verlo. ¡Si no hay proceso, yo haré que haya, y él vendrá a nuestro salón! —exclamó saltando de la cama y dirigiéndose a su ventana para ver la prestigiosa luz que alumbraba las noches de Alberto.

Daba la una de la madrugada y él aún dormía.

—¡Voy a verlo cuando se levante, quizá se asomará a su ventana!



En aquel momento, la señorita de Watteville fue testigo de un acontecimiento que había de procurarle el medio de llegar a conocer los secretos de Alberto. A la luz de la luna, vio dos brazos tendidos fuera del mirador, y que ayudaron a Jerónimo, el criado de Alberto, a franquear la cresta de la pared y a entrar en el mirador. En la cómplice de Jerónimo, Rosalía reconoció en seguida a Marieta, la doncella.

—Marieta y Jerónimo —se dijo—. ¡Marieta, una muchacha tan fea! Por supuesto, que deben avergonzarse uno de otro.

Si Marieta era horriblemente fea y contaba treinta y cinco años de edad, había heredado varias fanegas de tierra. Al estar desde la edad de diecisiete años al servicio de la señora Watteville, que la apreciaba mucho a causa de su devoción, de su honradez y de su antigüedad en la casa, sin duda había ahorrado dinero y colocado en el banco sus sueldos y beneficios. Ahora bien, a razón de diez luses al año, debía poseer, contando el interés de los intereses y sus herencias, alrededor de 15 000 francos. A los ojos de Jerónimo, 15 000 francos cambiaban las leyes de la óptica: hallaba en Marieta un lindo talle, ya no veía los agujeros y las costuras que una espantosa varicela había dejado en aquel rostro seco e inexpresivo; para él, la boca torcida era recta y desde que, al tomarlo a su servicio el abogado Savaron, se había acercado al hotel de Rupt, empezó a poner sitio en toda regla a la devota doncella, tan rígida, tan ñoña como su señora, y que, al igual que todas las solteronas feas, se mostraba más exigente que las mujeres más hermosas. Si ahora la escena nocturna del mirador queda explicada para las personas perspicaces, lo era muy poco



para Rosalía, la cual, sin embargo, obtuvo con ella la más peligrosa de todas las instrucciones, la que da el mal ejemplo. ¡Una madre educa severamente a su hija, la incuba bajo sus alas durante diecisiete años, y luego, en una hora, una sirvienta destruye aquella larga y penosa labor, a veces con una sola palabra, con un solo gesto! Rosalía volvió a acostarse, no sin pensar en todo el partido que podía sacar de su descubrimiento. A la mañana siguiente, yendo a misa en compañía de Marieta (la baronesa se hallaba indispuesta), Rosalía cogió del brazo a su doncella, cosa que sorprendió de un modo extraño a aquella hija del Franco Condado.

—Marieta —le dijo—, ¿goza Jerónimo de la confianza de su amo?

—No lo sé, señorita.

—No os hagáis la inocente conmigo —repuso secamente Rosalía—. Os habéis dejado abrazar por él esta noche, bajo el mirador. Ahora ya no me extraña que aprobais tanto a mi madre los embellecimientos que en él proyectaba.

Rosalía, a través del brazo de Marieta, percibió el temblor que se había apoderado del cuerpo de ésta.

—Yo no os quiero mal alguno —dijo Rosalía—, tranquilizaos, no le diré una palabra a mi madre, y podréis seguir viendo a Jerónimo tanto como gustéis.



–Pero, señorita –respondió Marieta–, todo se hace con la mejor intención, con toda honra; Jerónimo sólo pretende casarse conmigo...

–Pero, entonces, ¿qué necesidad tenéis de daros cita por la noche?

Marieta, aterrada, no supo qué responder.

–Escuchad, Marieta, ¡yo también estoy enamorada! Amo en secreto. Soy, después de todo, la única hija de mi padre y de mi madre; así, tenéis más que esperar de mí que de ninguna otra persona del mundo...

–Ciertamente, señorita, podéis contar con nosotros en vida y en muerte –exclamó Marieta, feliz ante este imprevisto desenlace.

–Ante todo, silencio por silencio –dijo Rosalía–. No quiero casarme con el señor de Soulas; pero quiero, y absolutamente, una cosa segura: sólo a ese precio os pertenece mi protección.

–¿De qué se trata? –inquirió Marieta.

–Quiero ver las cartas que el señor Savaron mandará llevar a Jerónimo al correo.

–Pero, ¿para qué? –preguntó Marieta, asustada.



—¡Oh! Sólo para leerlas, y vos las llevaréis luego al correo. Esto no causará más que un poco de retraso, y eso es todo.

En aquel momento, Rosalía y Marieta entraron en la iglesia, y cada una de ellas se entregó a sus reflexiones, en lugar de leer el ordinario de la misa.

—¡Dios mío! ¿Cuánto pecado habrá en todo eso? —se dijo Marieta.

Rosalía, cuya alma, cabeza y corazón estaban trastornados por la lectura de la novela, vio finalmente en ella una especie de historia escrita para su rival. Después de reflexionar, como los niños, sobre una misma cosa, acabó pensando que la *Revue de l'Est* debía de enviarse a la amada de Alberto.

—¡Oh! —Decíase, de rodillas, la cabeza entre las manos, y en la actitud de una persona sumida en la oración—. ¡Oh! ¿Cómo hacer que mi padre consulte la lista de las personas a las que se envía esa revista?

Después de desayunar, dio un paseo por el jardín con su padre, y con mimos lo llevó hasta el mirador.

—¿Crees, querido papaíto, que nuestra revista va al extranjero?

—No hace más que empezar...

—Pues bien, yo apostarí a que va.



–No lo creo muy probable.

–Ve a enterarte y anota los nombres de los abonados en el extranjero.

Dos horas más tarde, dijo el señor de Watteville a su hija:

–Tenía yo razón, todavía no hay ni un solo suscriptor en los países extranjeros. Se espera tenerlos en Neufchâtel, en Berna, en Ginebra. Se manda un ejemplar a Italia, pero gratuitamente, a una dama milanesa, a su finca del lago Mayor, a Belgirate.

–¿Cómo se llama? –inquirió vivamente Rosalía.

–La duquesa de Argaiolo.

–¿La conoces, papá?

–Claro que he oído hablar de ella. Nació como princesa Soderini; es una florentina, una gran dama, y tan rica como su marido, que posee una de las mayores fortunas de la Lombardía. Su quinta se halla situada a orillas del lago Mayor y es una de las curiosidades de Italia.

Dos días más tarde, Marieta entregó la carta siguiente a Rosalía:

Alberto Savaron a Leopoldo Hannequin



Pues, sí, amigo mío, estoy en Besanzón, en tanto que tú me creías de viaje. No quise decirte nada hasta el momento en que el éxito comenzase, y he aquí que ya empieza a clarear. Sí, querido Leopoldo, después de tantas empresas abortadas en las que he gastado lo más puro de mi sangre, a las que he dedicado tantos esfuerzos, tanto valor, he querido hacer como tú: tomar un camino trillado, el más largo, el más seguro. ¡Qué brinco veo que estarás pegando en tu asiento de notario! Pero no vayas a creer que haya cambiado algo en mi vida interior, en el secreto de la cual sólo estás tú en el mundo, y aun bajo las reservas que ella ha exigido. Yo no te lo decía, amigo mío, pero me cansaba horriblemente en París. El desenlace de la primera empresa en la que he puesto todas mis esperanzas y que fracasado por la gran canallada de mis dos socios, puestos de acuerdo para engañarme, para despojarme, a mí, a cuya actividad lo debían todo, me ha hecho renunciar a buscar la fortuna pecuniaria después de haber perdido tres años de mi vida, uno de ellos pleiteando, en su búsqueda. Quizá habría salido aún peor de este asunto de lo que he salido, si a los veinte años no me hubieran obligado a estudiar leyes. ¡He querido convertirme en hombre político, únicamente para algún día poder alcanzar la dignidad de par bajo el título de conde Alberto de Savaron de Savarus, y hacer revivir en Francia un hermoso apellido que en Bélgica se está extinguiendo, aunque no soy ni legítimo ni legitimado!...

– ¡Ah! Estaba segura, ¡es noble! – exclamó Rosalía dejando caer la carta.

Bien sabes qué concienzudos estudios realicé, qué periodista, oscuro, pero abnegado, útil, qué admirable secretario fui para el hombre de Estado que, por otra parte, me fue fiel en 1829. Sumido de nuevo en la nada por la revolución de julio, cuando mi apellido comenzaba a brillar, en el momento en que, siendo relator del Consejo de Estado, me disponía a entrar, como engranaje necesario, en la maquinaria política, cometí el error de permanecer fiel a los vencidos, de luchar por ellos, sin ellos. ¡Ah! ¿Por qué no tenía más que treinta y tres años, y cómo no te rogué que me hicieras elegible? Te he ocultado todos mis



sacrificios y mis peligros. ¡Qué quieres! Tenía fe; no habríamos estado de acuerdo. Hace diez meses, mientras tú me veías tan alegre, tan contento, escribiendo mis artículos políticos, yo estaba desesperado: me veía a los treinta y siete años, con 2 000 francos por toda fortuna, sin la más mínima celebridad, acabando de fracasar en una noble empresa, la de un periódico diario que sólo respondía a una necesidad del futuro, en vez de dirigirse a las pasiones del momento. Ya no sabía qué partido tomar. Iba, sombrío y con el alma lacerada, a los lugares solitarios de ese París que yo había perdido, pensando en mis ambiciones frustradas, pero sin abandonarlas. ¡Oh, qué cartas tan imbuidas de rabia no le escribí entonces a ella, a esa segunda conciencia, a ese otro yo! Por momentos, me decía a mí mismo:

– ¿Por qué me habré trazado tan vasto programa en mi existencia? ¿Por qué quererlo todo? ¿Por qué no aguardar la felicidad dedicándome a alguna ocupación casi mecánica?

Entonces puse los ojos en un modesto cargo que me permitiera vivir. Me disponía a asumir la dirección de un periódico bajo un gerente que no sabía gran cosa, un hombre ambicioso y con dinero, cuando el terror se apoderó de mí.

– ¿Querrá ella como marido a un amante que tan bajo ha descendido?, me dije.

¡Esta reflexión me devolvió mis veintidós años! ¡Oh! ¡Cuánto se fatiga y se gasta el alma en tales perplejidades! ¡Cuánto no deberán las águilas enjauladas, los leones encarcelados...! Sufren todo lo que sufría Napoleón, no en Santa Elena, sino en el muelle de las Tullerías, el 10 de agosto, cuando veía a Luis XVI defenderse tan mal, él, que podía dominar la sedición como lo hizo más tarde en aquellos mismos lugares, en vendimiario. Pues bien, mi vida ha sido este sufrimiento de un día, prolongado cuatro años. ¡Cuántos discursos a la Cámara no habré pronunciado en las desiertas avenidas del bosque de Bolonia!



Estas improvisaciones inútiles han agudizado por lo menos mi lengua y habituado mi inteligencia a formular sus pensamientos por medio de palabras. Durante estos tormentos secretos, tú te casabas, llegabas a ser adjunto del alcalde de tu distrito, después de haber ganado la cruz haciéndote herir en Saint-Merry.

¡Escucha! Cuando yo era muy pequeño y atormentaba abejorros, había en esos pobres insectos un movimiento que casi me producía fiebre: era cuando los veía hacer aquellos esfuerzos reiterados para remontar el vuelo, sin conseguirlo, aunque hubieran logrado levantar las alas. ¿Aquello era una visión de mi porvenir o era sólo compasión? ¡Oh! ¡Desplegar las alas y no poder volar! He aquí lo que me ha sucedido después de esta hermosa empresa en la cual he fracasado, pero que ha enriquecido a cuatro familias.

Finalmente, hace siete meses, decidí hacerme un hombre en el foro de París, viendo qué vacíos dejaban los ascensos promociones de tantos abogados a plazas eminentes. Pero, acordándome de las rivalidades que había observado en el seno de la prensa, y cuán difícil es llegar a lo que sea en París, en esa palestra en la que tantos campeones se dan cita, abracé una resolución cruel para mí, de un efecto cierto y quizá más rápido que otro. Tú ya me habías explicado, en nuestras charlas, la constitución de la sociedad de Besanzón, la imposibilidad para un extranjero de llegar a ella, de causar la más pequeña sensación, de casarse, de entrar en sus salones, de triunfar en lo que sea. Fue allá donde quise ir a plantar mi pabellón, pensando con razón evitar allí la competencia, y encontrarme solo como candidato para el puesto de diputado. ¡Los del Franco Condado no quieren ver al forastero, y el forastero no los verá! ¡Se niegan a admitirlo en sus salones, y él no acudirá a ellos! ¡No se mostrará en ninguna parte, ni siquiera por las calles! Pero hay una clase que es la que hace a los diputados, la clase comerciante. Voy a estudiar especialmente las cuestiones comerciales, que ya conozco; ganaré procesos, concederé los debates, me convertiré en el abogado más influyente de Besanzón. Más tarde, fundaré una revista en la que defenderé los intereses del país, donde los haré nacer,



vivir o renacer. Cuando haya conquistado uno tras otro bastantes sufragios, mi apellido saldrá de la urna. Durante algún tiempo se desdeñará al abogado desconocido, pero habrá una circunstancia que lo hará brillar, una defensa gratuita, un asunto del cual los otros abogados no querrán encargarse. Si hablo una vez, estoy seguro del éxito. Bien, mi querido Leopoldo, hice embalar mi biblioteca en once cajas, compré los libros de derecho que podían serme útiles, y lo puse todo, así como mi mobiliario, en camino de Besanzón. Cogí mis diplomas, reuní 1 000 escudos y fui a despedirme de ti. Llegué a Besanzón, donde, al cabo de tres días, escogí un pequeño apartamento que da a unos jardines; he arreglado suntuosamente en él el misterioso gabinete donde paso los días y las noches, y donde brilla el retrato de mi ídolo, el retrato de aquella a la que he consagrado mi vida, que llena mi vida, que es el principio de mis esfuerzos, el secreto de mi valor, la causa de mi talento. Luego, cuando llegaron los muebles y los libros, tomé a mi servicio a un criado inteligente, y me quedé durante cinco meses como una marmota en invierno. Por otra parte, me habían inscrito en el registro de abogados. Finalmente fui nombrado de oficio para defender a un desgraciado, sin duda para oírme una vez, ¡por lo menos! Uno de los más influyentes negociantes de Besanzón era del jurado, tenía un asunto espinoso: hice todo cuanto pude por la causa de ese hombre, y tuve un éxito completo. Mi cliente era inocente, yo hice dramáticamente detener a los culpables, que se hallaban entre los testigos. En fin, el tribunal compartió la admiración del público. Supe salvar el amor propio del juez de instrucción mostrando la casi imposibilidad de descubrir una trama tan bien urdida. Tuve luego como cliente a mi gran negociante y le gané el proceso. El cabildo de la catedral me eligió como abogado en un gran proceso contra la ciudad que duraba desde hacía cuatro años: lo gané. Con tres asuntos, me convertí en el abogado más grande del Franco Condado. Pero he sepultado mi vida en el más profundo misterio y así, oculto también mis pretensiones. He contraído costumbres que me dispensan de aceptar cualquier invitación. Sólo admito consultas de seis a ocho de la mañana, me acuesto después de comer, y trabajo durante la noche. El vicario general, hombre inteligente y de mucha influencia, que fue



quien me encargó el asunto del cabildo, ya perdido en primera instancia, me ha expresado naturalmente su gratitud.

– Señor –le dije–, yo ganaré vuestra causa, pero no quiero honorarios, quiero algo más... (el abate me miró con asombro). Sabed que pierdo muchísimo al presentarme como adversario de la ciudad; yo he venido aquí para salir convertido en diputado, no quiero ocuparme más que de asuntos comerciales, porque los comerciantes son los que hacen los diputados, y desconfiarán de mí si defiendo a los curas, porque vosotros sois para ellos los curas. Si me encargo de vuestro asunto es porque en 1828 era secretario particular de tal ministerio (nuevo movimiento de asombro de mi abate), relator del Consejo de Estado bajo el nombre de Alberto de Savarus (otro movimiento). He permanecido fiel a los principios monárquicos, pero como no tenéis la mayoría en Besanzón, es preciso que adquiera votos entre la burguesía. Así, pues, los honorarios que os pido, son los votos que podáis obtener en mi favor en un momento oportuno, secretamente. Guardémonos mutuamente el secreto y yo defenderé gratuitamente todos los asuntos de los curas de la diócesis. No digáis una sola palabra de mis antecedentes, y tengámonos mutua fidelidad.

Cuando vino a darme las gracias, me entregó un billete de 500 francos y me dijo al oído:

– Los votos van adelante.

En las cinco conversaciones que hemos sostenido, creo que me he hecho amigo de ese vicario general. Ahora, abrumado de asuntos, sólo me encargo de los que atañen a los negociantes, diciendo que las cuestiones comerciales son mi especialidad. Esta táctica me capta las simpatías de los comerciantes y me permite buscar las personas influyentes. Así todo va bien. Dentro de unos meses habré encontrado en Besanzón una casa para comprar que pueda darme el censo. Cuento contigo para que me prestes el capital necesario para realizar tal



adquisición. Si muriese, si fracasara, no sería muy grande la pérdida. Los intereses te serían servidos por los alquileres, y por otra parte procuraré esperar una buena ocasión, para que tú no pierdas nada en esta hipoteca necesaria.

¡Ah!, querido Leopoldo, nunca ningún jugador, teniendo en el bolsillo el resto de su fortuna, y jugándose en el Círculo de los Extranjeros, en una última noche de la que debe salir rico o arruinado, tuvo en sus oídos los zumbidos constantes, en las manos el sudor nervioso, en la cabeza la agitación febril, en el cuerpo los temblores interiores que yo experimento todos los días al jugar mi última partida en el juego de la ambición. ¡Ay!, mi querido y único amigo, pronto hará diez años que lucho. Este combate con los hombres y las cosas, en el que sin cesar he derramado mi fuerza y mi energía, en que tanto he gastado los resortes del deseo, me ha minado, por así decir, interiormente. Con las apariencias de la fuerza, de la salud, me siento arruinado. Cada día se lleva un jirón de mi vida íntima. A cada nuevo esfuerzo, siento que ya no podré volver a empezar. Ya no tengo más fuerza ni poder que para la felicidad, y si ésta no llegase a colocar su corona de rosas sobre mi cabeza, el yo que ahora soy ya no existiría, ya no desearía nada en el mundo, ya no querría ser nada. Bien lo sabes, el poder y la gloria, esa inmensa fortuna moral que yo busco, sólo es secundaria: es para mí el medio de la felicidad, el pedestal de mi ídolo.

¡Alcanzar la meta al expirar, como el corredor de la antigüedad clásica! ¡Ver la fortuna y la muerte cómo llegan juntas al umbral de la puerta! ¡Alcanzar a la que se ama en el momento en que el amor se extingue! ¡Carecer ya de la facultad de gozar cuando se ha ganado el derecho de vivir dichoso...! ¡Oh, cuántos hombres sufrieron este destino!

Hay momentos, ciertamente, en los que Tántalo se detiene, se cruza de brazos y desafía al infierno, renunciando a su oficio de eterno atrapado. Yo me encontraría en tal situación, si algo hiciera fracasar



mi plan; si, después de haber mordido el polvo de la provincia, de haber merodeado como un tigre famélico alrededor de estos negociantes, de estos electores, para obtener sus votos; si, después de haber defendido ingratas causas, de haber dado mi tiempo, un tiempo que yo podría pasar en el lago Mayor, viendo las aguas que ella ve, dejar que sus ojos me acariciasen, oír su voz, no me lanzase a la tribuna para conquistar en ella la aureola que un apellido debe tener para poder ser el sucesor del de Argaiolo. ¡Más aún, Leopoldo, algunos días siento unas vaporosas languideces; del fondo de mi alma se elevan mortales desazones, sobre todo, cuando, en largos ratos de fantasear, me he sumergido de antemano en medio de los gozos del amor feliz! ¿Acaso el deseo sólo tiene en nosotros cierta dosis de fuerza, y puede perecer bajo una excesiva efusión de su sustancia? Después de todo, en este momento mi vida es hermosa, iluminada por la fe, por el trabajo y por el amor. Adiós, amigo mío. Beso a tus hijos y te ruego des mis recuerdos a tu excelente esposa.

Vuestro Alberto

Rosalía leyó dos veces esta carta, cuyo sentido general quedó grabado en su corazón. Penetró de pronto en la vida anterior de Alberto, ya que su viva inteligencia le explicó los detalles de la misma y le hizo recorrer su extensión. Al relacionar esta confidencia con la novela publicada en la *Revue*, comprendió entonces a Alberto íntegramente. Naturalmente, ella exageró las proporciones ya en realidad grandes de aquella hermosa alma, de aquella voluntad poderosa; y su amor por Alberto convirtiéndose entonces en una pasión cuya violencia se incrementó con toda la fuerza de su juventud, con el aburrimiento de su soledad y la secreta energía de su carácter.



Amar en una joven es ya una consecuencia de la ley natural; pero cuando su necesidad de afecto se proyecta en un hombre extraordinario, se mezcla con ella el entusiasmo que desborda en los corazones juveniles. Así, la señorita de Watteville llegó al cabo de unos días a una fase casi mórbida y muy peligrosa de la exaltación amorosa.

La baronesa estaba muy contenta de su hija, la cual bajo el imperio de sus profundas ocupaciones, ya no le resistía, parecía aplicada a sus diversas labores femeninas, y realizaba su hermoso ideal de hija sumisa.

El abogado pleiteaba entonces dos o tres veces a la semana. Aunque abrumado de asuntos, iba al Palacio de Justicia, dedicábase a lo contencioso del comercio, trabajaba en la *Revue*, y permanecía en un profundo misterio, comprendiendo que cuanto más sorda y oculta fuese su influencia, más real sería ésta. Pero no descuidaba ningún medio de éxito, estudiando la lista de los electores de Besanzón y tratando de averiguar sus intereses, sus caracteres, sus diversas amistades, sus antipatías. ¿Hubo alguna vez un cardenal aspirando a papa que se hubiera tomado tanto trabajo?

Una tarde, Marieta, al ir al aposento de Rosalía para vestirla para ir a una velada, le trajo, no sin gemir por aquel abuso de confianza, una carta cuyas señas hicieron estremecer, palidecer y sonrojarse a la señorita de Watteville:



A la señora duquesa de Argaiolo
(Nacida princesa Soderini)
En Belgirate, Italia
Lago Mayor

A sus ojos, estas palabras brillaron como debió de brillar el *Mané, Thecel, Pharès*, a los ojos de Baltasar. Después de haber escondido la carta, bajó para ir con su madre a la casa de la señora de Chavoncourt. Durante aquella velada, viose asaltada por los remordimientos y los escrúpulos. Ya experimentaba vergüenza por haber violado el secreto de la carta de Alberto a Leopoldo. Se había preguntado varias veces si, sabiéndola culpable de aquel crimen, infame porque no es castigado, el noble Alberto podría llegar a apreciarla. Su conciencia le respondía: "¡No!" con energía. Había expiado su falta imponiéndose penitencias: ayunaba, se mortificaba permaneciendo de rodillas con los brazos en cruz rezando oraciones por espacio de horas enteras. Había obligado a Marieta a realizar tales actos de penitencia. El ascetismo más verdadero se mezclaba con su pasión, haciendo a ésta tanto más peligrosa.

— *¿Leeré, no leeré esa carta?* —decíase mientras escuchaba a las niñas de Chavoncourt. Una de ellas tenía dieciséis años y la otra diecisiete y medio. Rosalía miraba a sus dos amigas como si aún fueran unas niñas, porque no amaban, como ella, en secreto—. Si la leo —decíase después de haber oscilado durante una hora entre el no y el sí—, será ciertamente la última. Puesto que tanto he hecho para saber lo que él escribía a su amigo, ¿por qué no habría de saber también lo que le dice a *ella*? Si es un horrible



crimen, ¿no es también una prueba de amor? ¡Oh! Alberto, ¿no soy tu mujer?

Cuando Rosalía estuvo acostada, abrió aquella carta, con la fecha de cada día, uno tras otro, de suerte que ofrecía a la duquesa una fiel imagen de la vida y de los sentimientos de Alberto:

25

Querida amiga, todo va bien. A las conquistas que ya había hecho, acabo de añadir otra, que es preciosa: he prestado un favor a uno de los personajes más influyentes en las elecciones. Como los críticos, que crean las reputaciones sin poder llegar a hacerse una para ellos mismos, él hace los diputados sin poder jamás llegar a ser diputado él. El buen hombre ha querido testimoniarme su gratitud a bajo precio, casi sin abrir la bolsa, diciéndome:

— ¿Queréis ir a la Cámara? Yo puedo hacer que os nombren diputado.

— *Si me decidiese a entrar en la carrera política — le respondí muy hipócritamente —, sería para consagrarme al Franco Condado, al que amo y en el que se me aprecia.*

— *Bien, ya haremos que os decidáis, y tendremos gracias a vos una influencia en la Cámara, porque brillaréis en ella.*

Así, ángel mío bienamado, por más que tú digas, mi perseverancia se verá al fin coronada por el éxito. Dentro de poco, hablaré desde la



tribuna francesa a mi país, a Europa. Mi apellido te será lanzado por las cien voces de la prensa francesa.

Sí, como tú dices, he venido viejo a Besanzón, y Besanzón me ha envejecido aún más; pero, como Sixto V, seré joven al día siguiente de mi elección. Entraré en mi verdadera vida, en mi esfera. ¿No estaremos entonces en la misma línea? ¡El conde Savaron de Savarus, embajador en no sé dónde, podrá ciertamente casarse con una princesa Soderini, la viuda del duque de Argaiolo! El triunfo rejuvenece a los hombres conservados por incesantes luchas. ¡Oh, vida mía! ¡Con qué alegría he saltado de mi biblioteca a mi gabinete, delante de tu querido retrato, al cual le he contado estos progresos antes de escribirte! Sí, mis votos, los del vicario general, los de las personas que haré que me deban favores, y los de aquel cliente, garantizan ya mi elección.

26

Hemos entrado ya en el año doce, desde la venturosa velada en la que, por una mirada, la bella duquesa ratificó las promesas de la proscrita Francesca. ¡Ah!, querida, tú tienes treinta y dos años, y yo treinta y cinco; el buen duque cuenta setenta y siete, es decir, que él sólo tiene diez años más que nosotros dos juntos, ¡y continúa gozando de buena salud! Dale recuerdos. Tengo casi tanta paciencia como amor. Por otra parte, todavía me faltan algunos años para elevar mi fortuna a la altura de tu apellido. Ya ves, estoy alegre, hoy me río: he aquí el efecto de una esperanza. Tristeza o alegría, todo me viene de ti. ¡La esperanza de llegar a la meta, hace que siempre vuelva a hallarme al siguiente día de aquel en que te vi por vez primera, cuando mi vida se unió a la tuya como la tierra a la luz! Hemos ya en el día 26 de diciembre, aniversario de mi llegada a tu quinta del lago de Constanza. ¡Once años han transcurrido desde que estoy clamando



por la felicidad y desde que brillas para mí como una estrella demasiado alta para que un hombre pueda alcanzarla!

27

No, querida, no vayas a Milán, quédate en Belgirate. Milán me da miedo. No me gustan esas horribles costumbres milanesas de hablar todas las noches en el Scala con una docena de personas, entre las cuales es difícil que no haya nadie que no te diga alguna palabra dulce. Para mí, la soledad es como ese pedazo de ámbar en el seno del cual un insecto vive eternamente en su inmutable belleza. El alma y el cuerpo de una mujer permanecen así puros y en la forma de su juventud.

28

*¿Es que tu estatua no se terminará nunca? Yo quisiera tenerte en mármol, en pintura, en miniatura, de todas las formas, para burlar mi impaciencia. Siempre estoy esperando la Vista de Belgirate al mediodía y la de la galería, las únicas que me faltan. Estoy tan ocupado, que hoy no puedo decirte nada, pero este nada lo es todo. ¿Acaso Dios no hizo el mundo de la nada? Esta nada es una frase, la frase de Dios:
¡Te amo!*

30

Ah! ¡He recibido tu diario! ¡Gracias por tu puntualidad! ¿Te ha gustado, pues, ver los detalles de nuestro encuentro traducidos de ese modo...? ¡Ay, aun velándolos, tenía miedo de ofenderte! No teníamos novelas, y una revista sin novelas es como una hermosa sin cabellera. Poco trovador por mi temperamento, y hallándome desesperado, tomé la única poesía que había en mi alma, la única aventura que existía en mis recuerdos, la puse a tono para que pudiera decirse y no cesé de pensar en ti mientras escribía el único fragmento literario que saldrá



de mi corazón, no puedo decirte de mi pluma. ¿La transformación del feroz Sormano en Gina no te ha hecho reír?

Me preguntas qué tal estoy de salud. Pues, mejor que en París. Aunque trabajo enormemente, la tranquilidad del ambiente ejerce su influencia sobre el alma. Lo que fatiga y envejece, ángel mío, son estas angustias de vanidad burlada, estas irritaciones perpetuas de la vida parisiense, estas luchas de ambiciones rivales. La tranquilidad es como un bálsamo. ¡Si supieras la alegría que me produce tu carta, esa hermosa y larga carta en la que me refieres tan bien los menores incidentes de tu vida! No, nunca sabréis, las mujeres, hasta qué punto se interesa un verdadero amante por estas naderías. ¡La muestra de tu nuevo vestido me ha causado un placer inefable! ¿Acaso me es indiferente el saber que vas bien vestida? ¿Si se arruga tu sublime frente? ¿Si nuestros autores te distraen? ¿Si los cantos de Canalis te entusiasman? Leo los libros que tú lees. Nada de lo que me cuentas ha dejado de conmoverme. ¡Tu carta es hermosa, suave como tu alma! ¡Oh! ¡Flor celestial y constantemente adorada!, ¿habría yo podido vivir sin esas queridas cartas que, desde hace once años me han sostenido en mi camino difícil, como una luz, como un perfume, como un cántico, como un divino manjar, como todo lo que consuela y confiere encanto a la vida? ¡No dejes de escribirme! Si supieras cuál es mi angustia la víspera del día en que recibo tus cartas, y el dolor que me causa el retraso de un día. ¿Estará enferma? ¿Lo estará él? ¡Me encuentro entre el infierno y el paraíso, me vuelvo loco! O mia cara diva, sigue cultivando la música, ejercita tu voz, estudia. Estoy encantado con esta conformidad de trabajo y de horas que hace que, separados por los Alpes, vivamos exactamente de la misma manera. Esta idea me fascina y me confiere valor y energías. Cuando efectué mi primera defensa en los tribunales, todavía no te había dicho esto, me



imaginé que tú me estabas escuchando y sentí de pronto en mí aquel movimiento de inspiración que coloca al poeta por encima de la humanidad. Si voy a la Cámara, ¡oh!, tú irás a París para asistir a mi debut.

30 por la noche.

Dios mío, ¡cuánto te amo! ¡Ay!, he puesto demasiadas cosas en mi amor y en mis esperanzas. ¡Un azar que hiciese zozobrar esta barca en exceso cargada, arrastraría mi vida! Hace tres años que no te veo, y ante la idea de ir a Belgirate, late mi corazón con tanta fuerza, que me veo obligado a pararme... ¡Poder verte, escuchar esa voz infantil y acariciadora! ¡Besar con los ojos esa tez ebúrnea, tan radiante a la luz y bajo la cual se adivina tu noble pensamiento! Admirar tus dedos jugando con las teclas, recibir tu alma en una mirada, y tu corazón en el acento de un ¡Oimé! o de un ¡Alberto! Pasearnos delante de tus naranjos en flor, vivir algunos meses en el seno de ese sublime paisaje... He aquí la vida. ¡Oh! ¡Qué necedad la de correr tras el poder, tras un nombre, tras la fortuna! Pero todo se halla en Belgirate: la poesía, la gloria. Habría debido convertirme en tu intendente, o como aquel querido tirano al que no podemos odiar me proponía, vivir a tu lado como un caballero servidor, cosa que nuestra ardiente pasión no nos ha permitido aceptar. Adiós, ángel mío; me perdonarás mis próximas tristezas en favor de esta alegría caída como un rayo de luz de la antorcha de la esperanza, que hasta entonces parecíame un fuego fatuo.

—¡Cuánto ama! —exclamó Rosalía, dejando caer esta carta, cuyo peso parecíale que no podía aguantar—. ¡Después de once



años, escribir así! Marieta –dijo Rosalía a la doncella a la mañana siguiente–, id a llevar esta carta al correo; decir a Jerónimo que ya sé cuanto quería saber y que sirva fielmente al señor Alberto. Nos confesaremos de estos pecados sin decir a quién pertenecían estas cartas ni a quién estaban destinadas. Me equivoqué. Yo sólo tengo la culpa.

–La señorita ha llorado –dijo Marieta.

–Sí, no quisiera que mi madre se diera cuenta de ello –dadme agua bien fría.

En medio de las tempestades de su pasión, Rosalía escuchaba a menudo la voz de su conciencia. Conmovidada por aquella admirable fidelidad de dos corazones, acababa de rezar sus oraciones, y habíase dicho que no le quedaba más remedio que resignarse, que respetar la fidelidad de dos seres dignos uno del otro, sumisos ante su suerte, aguardándolo todo de Dios, sin permitirse acciones ni deseos criminales. Sintióse mejor, experimentó cierta satisfacción interior después de haber tomado aquella determinación, inspirada por la probidez natural a la edad juvenil. Viose alentada en esta resolución por una reflexión propia de adolescente: ¡se sacrificaba por él!

–Ella no sabe amar –pensó–. ¡Ah, si fuera yo, lo sacrificaría todo por un hombre que me amase de tal suerte! ¡Ser amada...! ¿Cuándo y por quién lo seré yo? Ese señor de Soulas sólo ama mi fortuna; si yo fuera pobre, ni siquiera se hubiera fijado en mí.



—Rosalía, hija mía, ¿qué estás pensando? Estás pasando de la raya —dijo la baronesa a su hija, que estaba bordando unas zapatillas para el barón.

Rosalía pasó todo el invierno de 1834 a 1835 presa de movimientos secretos, tumultuosos; pero en primavera, en el mes de abril, época en la que cumplió sus dieciocho años, decíase que no estaría mal vencer a toda una duquesa de Argaiolo. En el silencio y la soledad, la perspectiva de aquella lucha había vuelto a despertar su pasión y sus malos pensamientos. Desarrollaba de antemano su temeridad novelesca haciendo planes sobre planes. Aunque tales caracteres sean excepcionales, por desgracia existen demasiadas Rosalías, y esta historia contiene una lección que debe servirles de ejemplo. A la callada, aquel invierno Alberto Savarus había hecho un inmenso progreso en Besanzón. Seguro de su éxito, aguardaba con impaciencia la disolución de la Cámara. Había conquistado, entre los hombres del centro, a uno de los más conspicuos de Besanzón, un rico empresario que disponía de una gran influencia.

Los romanos realizaron grandes obras en todas partes, gastaron sumas inmensas para tener excelentes aguas a discreción en todas las ciudades de su imperio. En Besanzón bebían las aguas de Arcier, montaña situada a una distancia bastante grande de Besanzón. Besanzón es una ciudad situada en el interior de una herradura formada por el Doubs. Así, restaurar el acueducto de los romanos para beber el agua que bebían los romanos en una ciudad regada por el Doubs es una de aquellas tonterías que sólo cuajan en una provincia en la que



reina la gravedad más ejemplar. Si aquel capricho se incubaba en el corazón de los moradores de Besanzón, obligaría a realizar grandes gastos, y estos gastos habían de aprovechar al hombre influyente. Alberto Savaron de Savarus decidió que el Doubs no servía más que para correr debajo de los puentes colgantes y que no había más agua potable que la de Arcier. Aparecieron en la *Revue de l'Est* artículos que no fueron más que la expresión de las ideas del comercio de Besanzón. Tanto los nobles como los burgueses, el centro como los legitimistas, el gobierno como la oposición, en fin, todo el mundo, hallóse de acuerdo para querer beber el agua de los romanos y gozar de un puente colgante. La cuestión de las aguas de Arcier estuvo a la orden del día en Besanzón. En Besanzón, como en el caso de las dos vías férreas de Versalles, como en el de los abusos subsistentes, hubo intereses ocultos que dieron una poderosa vitalidad a esta idea. Las personas razonables, en número reducido, por otra parte, que se oponían a este proyecto, fueron tratadas de atrasadas. La gente sólo se ocupaba de los dos proyectos del abogado Savaron. Al cabo de dieciocho meses de trabajo de zapa, aquel ambicioso había llegado pues, en la ciudad más inmóvil de Francia y la más refractaria al forastero, a removerla profundamente, a hacer en ella, según una expresión vulgar: *la lluvia y el buen tiempo*, a ejercer una influencia positiva sin haber salido de su casa. Había resuelto el singular problema de ser poderoso en alguna parte aun careciendo de popularidad. Durante aquel invierno, ganó siete procesos para los clérigos de Besanzón. Así, había momentos en que ya respiraba el aire de la Cámara. Su corazón se henchía de gozo al pensar en su futuro triunfo. Este inmenso deseo, que le hacía poner en escena tantos



intereses, inventar tantos resortes, absorbía las últimas fuerzas de un alma desmesuradamente vasta. Alababan su desinterés, aceptaba sin comentarios los honorarios de sus clientes. Pero aquel desinterés era una usura moral, aguardaba para él un premio más considerable que todo el oro del mundo. Había comprado, con el pretexto de hacer un favor a un negociante que se hallaba en apuros, en el mes de octubre de 1834, y con dinero que le había prestado Leopoldo Hannequin, una casa que le confería el censo para poder ser elegido. Esta ventajosa inversión de capital no parecía intencionada ni deseada.

– *Sois un hombre realmente notable* – dijo a Savarus el abate de Grancey, que, naturalmente, observaba y adivinaba al abogado. El vicario general había ido a presentarle un canónigo que solicitaba los consejos del letrado—. Un sacerdote que ha equivocado su camino.

Estas palabras sorprendieron profundamente a Savarus.

Por su parte, Rosalía había decidido en su fuerte cabeza de frágil jovencita traer al señor de Savarus a sus salones e introducirlo en la sociedad del hotel de Rupt. Todavía limitaba sus deseos a ver a Alberto y escucharlo. Había transigido, por así decirlo, y las transacciones no son a menudo más que treguas.

Los Rouxey, tierra patrimonial de los Watteville, daban 10 000 francos de renta, netos; pero en otras manos habrían producido mucho más. La despreocupación del barón cuya mujer debía tener y tuvo 40 000 francos de renta, dejaba los



Rouxey bajo la administración de un viejo servidor de la casa Watteville, llamado Modinier. Sin embargo, cuando el barón y la baronesa experimentaban el deseo de ir al campo, iban a los Rouxey, cuya situación es muy pintoresca. El castillo, el parque, todo fue, por otra parte, creado por el famoso Watteville, cuya activa ancianidad se apasionó por aquel lugar magnífico.

Entre dos picachos cuya cima está pelada, y que se llaman el Grande y el Pequeño Rouxey, en medio de una garganta a través de la cual las aguas de estas montañas caen y van a juntarse a las deliciosas fuentes del Doubs, Watteville imaginó construir una presa enorme, dejando dos vertederos para que saliera el agua excesiva. Encima de su presa, obtuvo un hermoso lago, y debajo dos cascadas que, reunidas sus aguas a algunos pasos del lugar donde caían, alimentaban un bello río con el que regaba el árido e inculto valle que antaño quedaba devastado por el torrente de los Rouxey. Este lago, este valle, sus dos montañas, todo ello lo encerró dentro de un cercado y construyóse una casa de campo encima de la presa, a la que dio tres arpendes de anchura, haciendo traer todas las tierras que fue preciso extraer para cavar el lecho de su río y los canales de riego. Cuando el barón de Watteville hubo construido el lago encima de su presa, era propietario de los dos Rouxey, pero no del valle superior que de este modo inundaba, a través del cual pasaba constantemente y que termina en herradura al pie del pico de Vilard. Pero aquel anciano salvaje inspiraba tal terror, que durante toda su vida no hubo reclamación alguna de parte de los habitantes de los Riceys, pequeña aldea situada al otro lado del pico de Vilard. Cuando murió el barón, había reunido



las pendientes de los dos Rouxey, al pie del pico de Ward, por medio de un fuerte muro, con objeto de no inundar los dos valles que desembocaban en la garganta de los Rouxey a derecha y a izquierda del pico de Vilard. Murió después de haber conquistado de este modo el pico de Vilard. Sus herederos erigiéronse en protectores del pueblo de los Riceys y mantuvieron así la usurpación. El viejo asesino, el viejo renegado, el viejo cura de Watteville había terminado su carrera plantando árboles, construyendo una soberbia carretera, en el flanco de uno de los dos Rouxey y que iba a juntarse con la carretera principal. De aquel parque, de aquella casa dependían unas tierras muy mal cultivadas, unos chalets en las dos montañas y unos bosques sin explotar. Era salvaje y solitario, bajo la guarda de la naturaleza, abandonado al azar de la vegetación, pero lleno de magníficos accidentes naturales. Ahora ya podéis tener una idea de los Rouxey.

No hace falta embarullar esta historia contando los prodigiosos esfuerzos y los ardidés con el sello del genio mediante los cuales llegó Rosalía, sin que nadie lo sospechase, al fin que se había propuesto; basta decir que obedecía a su madre abandonando Besanzón en el mes de mayo de 1835, en una vieja berlina uncida a dos hermosos caballos alquilados y dirigiéndose con su padre a los Rouxey.

El amor lo explica todo a las jóvenes. Cuando, al levantarse, al día siguiente de su llegada a los Rouxey, distinguió Rosalía desde la ventana de su dormitorio la superficie de agua sobre la cual se elevaban aquellos vapores exhalados como humo y que se mezclaban con las ramas de los pinos y de los alerces, y



subían a lo largo de los dos picos para alcanzar la cima, profirió un grito de admiración.

— ¡Ellos se amaron a la orilla de unos lagos! ¡Ella vive junto a un lago! Decididamente, un lago está lleno de amor.

Un lago alimentado por las nieves posee colores de ópalo y una transparencia que lo convierte en un vasto diamante; pero, cuando se halla encerrado, como el de los Rouxey, entre dos bloques de granito cubiertos de pino, cuando reina un silencio de sabana o de estepa, arranca a todas las personas que lo contemplan el grito de admiración que acababa de proferir Rosalía.

— ¡Eso se debe —le dijo su padre— al famoso Watteville!

— A fe mía —dijo la joven—, que quiso hacerse perdonar sus faltas. Subamos a la barca y vayamos hasta el extremo —añadió— así tendremos apetito para el momento de desayunar.

El barón mandó buscar a dos jóvenes jardineros que sabían remar y llevó consigo a su viejo criado Modinier. El lago tenía seis arpendes de anchura, a veces diez o doce, y 400 arpendes de longitud. Rosalía pronto hubo llegado al extremo que termina en el pico de Vilard, que viene a ser la Jungfrauy de aquella pequeña Suiza.



—Ya hemos llegado, señor barón —dijo Modinier haciendo una seña a los dos jardineros para que atasen la barca—, ¿queréis venir a ver...?

—¿A ver qué? —preguntó Rosalía.

—¡Oh, nada! —Dijo el barón—. Pero tú eres una muchacha discreta, tenemos secretos comunes, y puedo decirte lo que estoy barruntando. Desde el año 1830 ha habido dificultades entre el municipio de los Riceys y yo, precisamente a causa del pico de Vilard, y quisiera arreglar el asunto sin que tu madre lo supiese; ya que es tan entera, que es capaz de echar chispas y llamaradas al enterarse sobre todo de que el alcalde de los Riceys, un republicano, ha inventado esta disputa para granjearse las simpatías de su aldea.

Rosalía tuvo el valor suficiente para disimular su alegría, para mejor poder influir en el ánimo de su padre.

—¿Qué disputa? —inquirió.

—Señorita, los habitantes de los Riceys —dijo Modinier— poseen desde hace tiempo derecho de pasto y de leñar en los bosques, en su lado del pico de Vilard. Ahora bien, el señor Chantonnit, su alcalde desde 1830, pretende que el pico entero pertenece a su común, y sostiene que hace más de un siglo que la gente pasaba por nuestras tierras... Comprenderéis que entonces no estaríamos en nuestra casa. Luego, ese salvaje acabará diciendo lo que dicen los viejos de los Riceys, que el



terreno del lago fue robado por el abate de Watteville. ¡Es la muerte de los Rouxey!

—¡Ah, hija mía! —dijo cándidamente el señor Watteville—, dicho sea entre nosotros, ésa es la verdad. Esta tierra es una usurpación consagrada por el tiempo. Así, para no tener remordimientos toda mi vida, quisiera yo tratar de arreglar amistosamente mis límites de este lado del pico de Vilard y construiría en ellos un muro.

—Si cedéis ante la república, os devorará. Erais vos quien teníais que amenazar a los Riceys.

—Es lo que anoche le estaba yo diciendo al señor —repuso Modinier—. Pero, a mayor abundamiento, le propuse venir aquí para ver si había, del lado de acá del pico o del otro, a una altura cualquiera, algún vestigio de cercado.

Desde hacía un siglo, de una y otra parte se explotaba el pico de Vilard, aquella especie de tabique entre el municipio de los Riceys y a la finca de los Rouxey, pero no reportaba gran provecho. El objeto en litigio, estando cubierto por la nieve durante seis meses del año, era como para enfriar la cuestión. Así, fue preciso el ardor insuflado por la revolución de 1830 a los defensores del pueblo para despertar este asunto, mediante el cual el señor Chantonnit, alcalde de los Riceys, quería dramatizar su existencia en la tranquila frontera de Suiza e inmortalizar su administración. Chantonnit, como su nombre indica, era oriundo de Neufchâtel.



—Querido padre —dijo Rosalía al volver a subir a la barca—, yo apruebo lo que dice Modinier. Si queréis obtener la medianería del pico de Vilard es preciso que obréis con vigor y obtengáis una sentencia que os ponga al abrigo de las maquinaciones de ese Chantonnit. ¿Por qué habríais de tener miedo? Tomad como abogado al famoso Savaron, tomadlo en seguida, para que Chantonnit no le encargue la defensa de los intereses de su municipio. ¡El que ha ganado la causa del cabildo contra la ciudad, bien ganará la de los Watteville contra los Riceys! Por otra parte —añadió—, los Rouxey me pertenecerán algún día (lo más tarde posible, así lo espero), pues bien, no me dejéis procesos. Me gusta esta tierra y habitaré a menudo en ella, la incrementaré tanto como me sea posible. En estas orillas —dijo mostrando el pie de los dos Rouxey—, plantaré bellos jardines ingleses... Vayamos a Besanzón y no volvamos aquí más que en compañía del abate de Grancey, del señor Savaron y de mi madre, si ella quiere. Entonces podréis tomar una decisión; pero, en vuestro lugar, yo ya la habría tomado. ¡Os llamáis Watteville y tenéis miedo de una lucha! Si perdéis el proceso... mirad, no os diré una palabra de reproche.

—¡Oh! Si has de tomarlo así —dijo el barón—, está bien, iré a ver al abogado.

—Por otra parte, un proceso... ¡es tan divertido! Da interés a la vida, ya que uno va y viene, se mueve. ¿No tendréis que hacer mil gestiones para llegar a los jueces...? ¡No hemos visto al abate de Grancey desde hace más de veinte días, tan ocupado estaba!



—Pero es que se trataba de toda la existencia del cabildo —repuso el señor de Watteville—. Luego, el amor propio, la conciencia del arzobispo. ¡Todo lo que hace vivir a los curas estaba implicado en ello! ¡Ese Savaron no sabe lo que ha hecho para el cabildo! Lo ha salvado.

—Escuchadme —díjole al oído—: si tenéis al señor Savaron de vuestra parte, habréis ganado, ¿no es así? Pues bien, dejad que os dé un consejo: no podréis obtener los servicios del señor Savaron si no es por mediación del abate de Grancey. Si me hacéis caso, hablemos juntos con ese querido abate, sin que mi madre participe en el coloquio, ya que conozco un medio de decidirle a que nos traiga el abogado Savaron.

—¡Será muy difícil no hablar de ello a tu madre!

—El abate de Grancey se encargará de ello más tarde; ¡pero decidíos a prometer vuestro voto al abogado Savaron en las próximas elecciones, y ya veréis!

—¡Ir a las elecciones! ¡Prestar juramento! —exclamó el barón de Watteville.

—¡Bah! —dijo Rosalía.

—¿Y qué dirá tu madre?

—Quizá ella os ordene que vayáis —respondió la joven, que sabía los compromisos del vicario general por la carta de Alberto a Leopoldo.



Cuatro días después, el abate de Grancey se deslizaba una mañana temprano en la casa de Alberto de Savarus, tras haberlo avisado la víspera de su visita. El viejo clérigo iba a conquistar al abogado para la casa Watteville, gestión que revela el tacto y la diplomacia que Rosalía había desplegado subterráneamente.

—¿En qué puedo seros útil, señor vicario general? —dijo Savarus.

El abate, que expuso el asunto con admirable campechanería, fue escuchado fríamente por Alberto.

—Señor abate —respondió—, me es imposible encargarme de los asuntos de la casa Watteville, y pronto comprenderéis la razón de ello. Mi papel aquí consiste en guardar la más escrupulosa neutralidad. No puedo adoptar color alguno, y debo seguir siendo un enigma hasta la víspera de mi elección. Ahora bien, abogar por los Watteville no representaría nada en París, ¡pero aquí...! Aquí, donde todo se comenta, sería para todo el mundo el hombre de vuestro barrio de San Germán.

—¿Y creéis que podréis seguir siendo desconocido —dijo el abate—, el día de las elecciones, cuando los candidatos se atacarán unos a otros? ¡Entonces se sabrá que os llamáis Savaron de Savarus, que habéis sido relator del Consejo de Estado, que sois un hombre de la Restauración!



—El día de las elecciones —dijo Savarus— seré todo lo que haga falta que sea. Cuento con hablar en las reuniones preliminares...

—Si el señor de Watteville y su partido os apoyasen, tendríais 100 votos compactos y un poco más seguros que aquellos con los cuales contáis. Se puede siempre sembrar la división entre los intereses, no se separan nunca las convicciones.

—¡Eh! Diablo —repuso Savarus—, ¡de veras que os aprecio y puedo hacer mucho por vos, padre! Quizá pueda haber arreglos con el diablo. Sea cual fuese el proceso del señor de Watteville, se puede, tomando a Girardet y guiándolo, arrastrar el proceso hasta después de las elecciones. Me encargaré del asunto el día siguiente de mi elección.

—Haced una cosa —dijo el abate—, id al hotel de Rupt; hay una jovencita de dieciocho años que un día tendrá 100 000 libras de renta, y parecerá como si le hicieseis la corte...

—¡Ah! Esa joven a la que veo a menudo en ese mirador...

—Sí, la señorita Rosalía —repuso el abate de Grancey—. Sois ambicioso. Si le agradaseis, seríais todo lo que un ambicioso puede llegar a ser: ministro. Siempre se es ministro cuando se une a una fortuna de 100 000 libras de renta vuestro asombroso talento.

—Señor abate —dijo vivamente Alberto—, aunque la señorita de Watteville tuviese una fortuna tres veces mayor que la que



tiene y aunque me adorase, me sería imposible casarme con ella...

—¿Acaso estáis casado? —inquirió el abate de Grancey.

—No en la iglesia, ni en la alcaldía —dijo Savarus—, pero sí moralmente.

—Es peor, cuando uno se aferra tanto a ello, como lo hacéis vos, al parecer —repuso el abate—. Todo lo que no está hecho puede deshacerse. No queráis basar vuestra fortuna y vuestros proyectos en la voluntad de una mujer más de lo que un hombre prudente cuenta con los zapatos de un muerto para ponerse en marcha.

—Dejemos a la señorita de Watteville —dijo gravemente Alberto— y concretemos las cosas. Por vos, a quien aprecio y respeto, defenderé la causa del señor de Watteville, pero después de las elecciones. Hasta ese momento, su asunto será llevado por Giraxdet, conforme a los consejos que yo le daré. He ahí cuanto puedo hacer.

—Pero hay cuestiones que no pueden decidirse más que después de haber inspeccionado los lugares —dijo el vicario general.

—Irá Girardet —respondió Savarus—. No quiero permitirme el lujo, en medio de una ciudad que conozco muy bien, de dar unos pasos de tal naturaleza como para comprometer los grandes intereses de mi elección.



El abate de Grancey dejó a Savarus lanzándole una mirada irónica con la que parecía reírse de la política compacta del joven atleta, aun admirando su resolución.

—¡Ah! ¡Habré arrojado a mi padre a un proceso! ¡Ah! ¡Habré hecho tanto para introducirte aquí! —decíase Rosalía desde lo alto del mirador, contemplando al abogado en su gabinete, el día siguiente de la conversación entre Alberto y el abate de Grancey cuyo resultado le fue comunicado por su padre. ¡Ah! ¿Habré cometido pecados mortales, y tú no vendrías al salón del hotel de Rupt, y no oiría yo tu hermosa voz? ¡Pones condiciones a tu ayuda, cuando los Watteville y los Rupt te la piden! Pues, bien, Dios sabe que me contentaba con estas pequeñas felicidades: verte, oírte, ir contigo a los Rouxey para que los consagrases con tu presencia. No quería nada más... Pero, ahora, ¡seré tu mujer...! Sí, sí, ve mirando *sus* retratos, examina *sus* salones, *su* dormitorio, los cuatro costados de *su* quinta, las perspectivas de *sus* jardines. ¡Tú estás esperando *su* estatua! ¡Yo te *la* haré de mármol para ti...! Esa mujer no ama. Las artes, las ciencias, las letras, el canto, la música, le han arrebatado la mitad de sus sentidos y de su inteligencia. ¡Además, es vieja, tiene más de treinta años, y mi Alberto sería desgraciado!

—¡Qué estáis haciendo aquí, Rosalía? —Le dijo su madre viniendo a turbar sus reflexiones—. El señor de Soulas está en el salón, y estaba observando vuestra actitud que, ciertamente, anuncia más pensamientos que los que habéis de tener a vuestra edad.



—¿Acaso el señor de Soulas es enemigo del pensamiento?
—preguntó la joven.

—Entonces, ¿pensabais? —dijo la señora de Watteville.

—Pues, sí, mamá.

—No, no pensabais. Mirabais las ventanas de ese abogado con una preocupación que no es ni conveniente ni decente, y que el señor de Soulas, más que nadie, debe ignorar.

—¡Ah, sí! ¿Y por qué? —dijo Rosalía.

—Pero —dijo la baronesa—, ya es hora de que sepáis nuestras intenciones: a Amadeo le parecéis bien, y vos no seréis desgraciada, siendo condesa de Soulas.

Pálida como un lirio, Rosalía no respondió a su madre, tanto la desconcertó la violencia de sus sentimientos contrariados. Pero, en presencia del hombre al que odiaba profundamente desde aquel instante, halló aquella sonrisa que las bailarinas encuentran para el público. Al fin pudo reír, tuvo la fuerza suficiente para ocultar su furor, que se calmó, porque decidió emplear para sus designios a aquel joven alto y estúpido.

—Señor Amadeo —le dijo durante un momento en que la baronesa se les había adelantado, caminando ante ellos por el jardín, afectando dejarlos a solas—, ¿ignorabais, pues, que el señor Alberto Savaron de Savarus es legitimista?



— ¡Legitimista!

— Antes de 1830, era relator del Consejo de Estado, agregado a la presidencia del consejo de ministros, bien visto del Delfín y de la Delfina. Sería bueno para vos hablar mal de él; pero sería aún mejor que fueseis a las elecciones este año e impidiereis que ese pobre señor de Chavoncourt representase a la ciudad de Besanzón.

— ¿Qué interés repentino habéis sentido por ese Savaron?

— El señor Alberto de Savarus, hijo natural del conde de Savarus (¡oh!, guardadme bien el secreto de esta indiscreción), si es nombrado diputado, será nuestro abogado en el asunto de los Rouxey. Los Rouxey, me ha dicho mi padre, serán mi propiedad. Quiero vivir allí, ¡es magnífico! Me desesperaría, si viese destruida esa hermosa creación del gran Watteville...

— ¡Diantre! —Se dijo Amadeo al salir del hotel de Rupt— no es tonta esa muchacha.

El señor de Chavoncourt es un monárquico que forma parte de los famosos Doscientos Veintiuno. Así, al día siguiente de la revolución de Julio, predicó la saludable doctrina de la prestación de juramento y de la lucha con el orden de cosas, según el modelo de los *torys* contra los *wighs* en Inglaterra. Esta doctrina no fue compartida por todos los legitimistas, quienes, en la derrota, tuvieron la idea de discrepar de opiniones y atenerse a la fuerza de la inercia y a la Providencia. Ante la desconfianza de su partido, el señor de Chavoncourt pareció a



las personas del centro la más excelente elección que podía hacerse; prefirieron el triunfo de sus opiniones moderadas a la ovación de un republicano que reunía los votos de los exaltados y de los patriotas. El señor de Chavoncourt, hombre muy estimado en Besanzón, representaba a una vieja familia parlamentaria: su fortuna, de unos 15 000 francos de renta, no sorprendía a nadie, tanto más cuanto que tenía un hijo y tres hijas. 15 000 francos de renta no son nada con tales cargas. Ahora bien, cuando en tales circunstancias un padre de familia permanece incorruptible, es difícil que unos electores no lo aprecien. La señora de Chavoncourt, que a la sazón contaba cuarenta años de edad, era una de las mujeres hermosas de Besanzón. Durante las sesiones, ella vivía de un modo muy modesto en una de sus fincas, con objeto de recuperar con sus economías los gastos que en París estaba haciendo el señor de Chavoncourt. En invierno, recibía honorablemente un día a la semana, el martes, pero entendiendo muy bien su papel de ama de casa. El joven Chavoncourt, de veintidós años, y otro gentilhomme, llamado señor de Vauchelles, no más rico que Amadeo, y además, camarada suyo de colegio, eran amigos íntimos. Paseaban juntos en Granvela, hacían juntos algunas partidas de caza; eran tan conocidos por ser inseparables, que se les invitaba juntos al campo. Igualmente unida por los lazos de la amistad con las pequeñas Chavoncourt, Rosalía sabía que aquellos tres jóvenes no tenían secretos unos para con los otros. Se dijo que si el señor de Soulas cometía una indiscreción, sería con sus dos amigos íntimos. Ahora bien, el señor de Vauchelles tenía hecho un plan para su matrimonio, como Amadeo lo había hecho para el suyo: quería casarse con Victoria, la mayor



de las niñas Chavoncourt, a la cual una anciana tía había de legar unas tierras valoradas en 7 000 francos de renta y 100 000 francos en metálico en el momento del contrato; Victoria era la ahijada y la preferida de aquella tía. Evidentemente, entonces el joven Chavoncourt y Vauchelles advertirían al señor de Chavoncourt del peligro que las pretensiones de Alberto iban a hacerle correr. Pero no fue esto suficiente para Rosalía: escribió con la mano izquierda al prefecto del departamento una carta anónima firmada *un amigo de Luis Felipe*, en la que ella le prevenía de la candidatura mantenida en secreto por el señor Alberto de Savarus, advirtiéndole del peligroso concurso que un orador monárquico prestaría a Berryer, y revelándole el significado de la conducta observada por el abogado en Besanzón desde hacía dos años. El prefecto era hombre hábil, enemigo general del partido realista, y adicto por convicción al gobierno de Julio, en fin, uno de esos hombres que hacen decir en la calle de Grenelle, en el ministerio del Interior: "Tenemos un buen prefecto en Besanzón". Este prefecto leyó la carta, y según la recomendación, la quemó.

Rosalía quería hacer fracasar la elección de Alberto para tenerlo otros cinco años en Besanzón.

Las elecciones fueron entonces una lucha entre los partidos, y para triunfar, el ministerio escogió su terreno eligiendo el momento de la lucha. Así, las elecciones no debían celebrarse antes de tres meses a partir de entonces. Cuando un hombre espera durante toda su vida una elección, el tiempo que transcurre entre la convocatoria de los colegios electorales y el día fijado para sus operaciones es un tiempo durante el cual la



vida ordinaria queda suspendida. Así, Rosalía comprendió cuánto margen le dejaban, durante aquellos tres meses, las preocupaciones de Alberto. Obtuvo de Marieta, a quien, como confesó más tarde, prometió tomarla a su servicio, lo mismo que a Jerónimo, que la doncella le entregara las cartas que Alberto enviase a Italia y las que llegaran para él de ese país. Y mientras estaba maquinando estos planes, la extraña joven confeccionaba zapatillas para su padre con el aire más ingenuo del mundo. Aumentó incluso su candor e inocencia, comprendiendo de qué podía servirle su aire de inocencia y de candor.

—Rosalía se vuelve encantadora —decía la baronesa de Watteville.

Dos meses antes de las elecciones, tuvo efecto una reunión en la casa del señor Boucher, padre, integrada por el empresario de las obras del puente y las aguas de Arcier, el suegro del señor Boucher, el señor Granet, aquel hombre influyente a quien Savarus había prestado un gran favor y que había de proponerlo como candidato; el abogado Girardet, el impresor de la *Revue de l'Est* y el presidente del tribunal de comercio. En fin, aquella reunión contó veintisiete de aquellas personas llamadas en las provincias *les grandes bonetes*. Cada una de ellas representaba como término medio seis votos; pero al contrastarlos de nuevo, fueron elevados a diez; ya que siempre se empieza por exagerar la propia influencia. Entre aquellas veintisiete personas, el prefecto tenía una que le era adicta, algún falso hermano que secretamente esperaba un favor del ministerio para sí mismo o para los suyos. En aquella primera



reunión, se convino elegir al abogado Savaron como candidato, con un entusiasmo que nadie habría podido imaginar en Besanzón. Esperando en su casa a que Alfredo Boucher fuera a buscarlo, Alberto conversaba con el abate de Grancey, quien se interesaba por aquella inmensa ambición. Alberto había reconocido la enorme capacidad política del clérigo, y el clérigo, conmovido por las oraciones de aquel joven, había querido servirle de guía y consejero en aquella lucha suprema. El cabildo no tenía simpatías por el señor de Chavoncourt, porque el cuñado de su mujer, presidente del tribunal, había hecho perder el famoso pleito en primera instancia.

—Alguien os traiciona, hijo mío —decíale el astuto y venerable abate con aquella voz dulce y serena de los curas ancianos.

—¿Que alguien me traiciona...? —exclamó el enamorado, desconcertado.

—No sé de quién se trata —repuso el sacerdote—, pero la prefectura está enterada de vuestros planes y está leyendo vuestro juego. No puedo daros ningún consejo en este momento. Hay que estudiar casos parecidos. En cuanto a esta noche, anticipaos a los golpes que van a asestaros en esta reunión. Declarad toda vuestra vida anterior, de este modo atenuaréis el efecto que tal descubrimiento produciría en el ánimo de los habitantes de Besanzón.

—¡Oh, ya lo esperaba! —dijo Savarus con voz alterada.



—No habéis querido hacer caso de mi consejo, habéis tenido ocasión de dejaros ver en el hotel de Rupt, no sabéis lo que habríais ganado con ello...

—¿Qué?

—La unanimidad de los monárquicos, un acuerdo rápido para ir a las elecciones...; en fin, ¡más de 100 votos! Al añadir lo que entre nosotros llamamos los *votos eclesiásticos*, todavía no estabais nombrado, pero erais dueño de la elección por el empate. En este caso, se parlamenta, se llega...

Al entrar, Alfredo Boucher, que, lleno de entusiasmo anunció el deseo de la reunión preparatoria, halló al vicario general y al abogado fríos, tranquilos y graves.

—Adiós, señor abate —dijo Alberto— ya hablaremos más a fondo de vuestro asunto después de las elecciones.

Y el abogado cogió el brazo de Alfredo, después de haber estrechado significativamente la mano del señor de Grancey. El sacerdote miró a aquel ambicioso, cuyo rostro tuvo entonces el aire sublime que deben tener los generales al oír el primer cañonazo de la batalla. Levantó los ojos al cielo y salió diciéndose:

—¡Qué buen sacerdote podría ser!

La elocuencia no se halla en el foro. Raras veces el abogado despliega allí las verdaderas fuerzas del alma; de otra forma,



perecería en pocos años. La elocuencia se encuentra hoy raras veces en la cátedra; pero se encuentra en ciertas sesiones de la Cámara de los diputados donde el ambicioso se juega el todo por el todo; donde, alcanzado por mil flechas, estalla en un momento dado. Pero todavía es más fácil encontrarla en ciertos seres privilegiados en el cuarto de hora fatal en que sus pretensiones van a fracasar o triunfar, y donde se ven obligados a hablar. Así, en esa reunión, Alberto Savarus, sintiendo la necesidad de ganar adeptos, desarrolló todas las facultades de su alma y los recursos de su inteligencia. Entró en el salón, sin timidez ni arrogancia, sin debilidad, sin cobardía, gravemente, y encontróse sin sorpresa en medio de unas treinta personas. El rumor de la reunión y su decisión habían hecho que compareciesen algunos dóciles borregos. Antes de escuchar al señor Boucher, que quería soltarle un *speech* a propósito de la resolución del comité Boucher, Alberto rogó silencio haciendo una seña y estrechando la mano al señor Boucher, como para prevenirle de un peligro súbitamente descubierto.

—Mi joven amigo Alfredo acaba de anunciarme el honor que se me hace. Pero, antes de que esta decisión sea definitiva —dijo el abogado—, creo un deber de mi parte explicaros quién es vuestro candidato, con objeto de dejaros libres aún de volveros atrás si acaso mis declaraciones turbaran vuestras conciencias.

Este exordio-preámbulo tuvo por efecto que reinara un profundo silencio. Algunos hombres encontraron aquel rasgo muy noble.



Alberto explicó su vida anterior diciendo su verdadero nombre, su actuación bajo la Restauración, haciéndose un hombre nuevo desde su llegada a Besanzón, al trazar planes para el porvenir. Esta improvisación, según dicen, tuvo a todos los oyentes pendientes de sus labios. Aquellos hombres de intereses tan diversos quedaron subyugados por la admirable elocuencia que salió borboteando del corazón y del alma de aquel ambicioso. La admiración impidió toda reflexión. Sólo se comprendió una cosa, la cosa que Alberto quería que entrase en aquellas cabezas.

¿No era mejor para una ciudad el tener a uno de esos hombres destinados a gobernar la sociedad entera que tener una máquina de votar? Un hombre de Estado aporta todo un poder; el diputado mediocre, aunque incorruptible, no es más que una conciencia. ¡Qué gloria para la Provenza haber adivinado a Mirabeau, y haber enviado desde 1830 al único hombre de Estado que haya producido la revolución de Julio!

Sometidos a la presión de esta elocuencia, todos los oyentes la creyeron destinada a convertirse en un magnífico instrumento político para su representante. Todos vieron en Alberto Savaron al ministro Savarus. Al adivinar los secretos cálculos de sus oyentes, el hábil candidato les dio a entender que adquirirían, ellos los primeros, el derecho a servirse de su influencia.

Esta profesión de fe, esta declaración de ambicioso, este relato de su vida y de su carácter fue, al decir del único hombre capaz de juzgar a Savarus y que más tarde se convirtió en uno



de los talentos de Besanzón, una obra maestra de habilidad, de sentimiento, de calor, de interés y de seducción. Aquel torbellino envolvió a los electores. Jamás hubo un hombre que tuviese triunfo tan resonante. Pero, desgraciadamente, la palabra sólo tiene un efecto inmediato. La reflexión mata la palabra, cuando la palabra no ha triunfado de la reflexión. Si hubiera sido el momento de la votación, ¡por supuesto que el nombre de Alberto habría salido de la urna! En aquel mismo instante era vencedor. Pero le era también preciso vencer todos los días durante dos meses. Alberto salió con el corazón palpitando fuertemente dentro del pecho. Aplaudido por unos habitantes de Besanzón, había obtenido el gran resultado de matar de antemano los malos comentarios a que darían lugar sus antecedentes. El comercio de Besanzón hizo del abogado Savaron de Savarus su candidato. El entusiasmo de Alfredo Boucher, contagioso al principio, había de resultar a la larga pernicioso.

El prefecto, asustado por este éxito, se puso a contar el número de los votos ministeriales, y supo concertar una entrevista secreta con el señor de Chavoncourt, con el fin de coaligarse en aras del interés común. Cada día, y sin que Alberto pudiera saber cómo, los votos del comité Boucher disminuyeron. Un mes antes de las elecciones, Alberto apenas veía para sí 60 votos. Nada resistía al lento trabajo de la prefectura. Tres o cuatro hombres hábiles decían a los clientes de Savarus:

—¿Defenderá el diputado y ganará vuestros asuntos? ¿Os dará consejos? ¿Hará vuestros tratados, vuestras transacciones?



Lo tendréis por esclavo otros cinco años si, en vez de enviarlo a la Cámara, le dais solamente la esperanza de ir dentro de cinco años.

Este cálculo resultó tanto más perjudicial para Sayarus, cuanto que ya lo habían hecho algunas esposas de negociantes. Los interesados en el asunto del puente y los de las aguas de Arcier no resistieron a un coloquio con un hábil ministerial, quien les demostró que la protección para ellos se encontraba en la prefectura y no en un ambicioso. Cada día fue una derrota para Alberto, aunque cada día fuese una batalla dirigida por él, pero librada por sus lugartenientes, una batalla de palabras, de discursos, de gestiones. No se atrevía a ir a la casa del vicario general, y el vicario general no se dejaba ver. Alberto se levantaba y se acostaba con fiebre y con el cerebro lleno de fuego. Llegó por fin el día de la primera lucha, la que llaman reunión preparatoria, en la que se cuentan los votos, en que los candidatos juzgan sus probabilidades, y en la que las personas hábiles pueden prevenir la caída o el éxito. Es una escena de *hustings* honrada, sin populacho, pero terrible: las emociones, aunque no tengan expresión física como en Inglaterra, no por ello son menos profundas. Los ingleses hacen las cosas a puñetazos; en Francia se hacen a golpes de frases. Nuestros vecinos tienen una batalla; los franceses juegan su suerte mediante frías combinaciones elaboradas con calma. Este acto político se realiza al revés del carácter de las dos naciones. El partido radical tuvo su candidato, el señor de Chavoncourt se presentó, luego llegó Alberto, que fue acusado por los radicales y por el comité Chavoncourt de ser un hombre de la derecha sin



transacción, un doble de Berryer. El ministerio tenía su candidato, un hombre abnegado que servía para concentrar los votos ministeriales puros. Los votos así divididos no llegaron a resultado alguno. El candidato republicano tuvo 20 votos, el ministerio reunió 50, Alberto contó 70, el señor de Chavoncourt obtuvo 77. Pero la pérfida prefectura había hecho que treinta de sus partidarios más decididos votasen por Alberto, con objeto de engañar a su antagonista. Los votos del señor de Chavoncourt, unidos a los 80 votos reales de la prefectura, convertíanse en dueños de la elección, por poco que el prefecto supiera separar algunos votos del partido radical. Faltaban 60 votos, los votos del señor de Grancey y los votos legitimistas. Una reunión preparatoria es en las elecciones lo que en el teatro un ensayo general, algo muy alejado de la realidad. Alberto regresó a su casa, con buen aspecto, pero en realidad moribundo. Había tenido el talento, el genio o la dicha de conquistar en aquellos quince días a dos hombres abnegados, el suegro de Girardet y un viejo negociante a cuya casa lo envió el abate de Grancey. Aquellos dos hombres, convertidos en sus espías, parecían ser los más acérrimos enemigos de Savarus en los campos opuestos. Hacia el final de la sesión preparatoria, dijeron a Savarus, por mediación del señor Boucher, que treinta voces desconocidas hacían contra él, en su partido, lo mismo que ellos hacían en favor de él en medio de los otros. Un criminal que camina hacia el suplicio no sufrió más que Alberto cuando regresó a su casa de la sala en la que su suerte se había decidido. El exenamorado, desesperado, no quiso que nadie lo acompañase. Caminó solo por las calles, entre las once y las doce de la noche.



A la una de la madrugada, Alberto, que desde hacía tres días no podía conciliar el sueño, se hallaba sentado en su biblioteca, en un sillón, pálido como si estuviera a punto de expirar, las manos colgando a los lados de su cuerpo, en una actitud de abandono digna de la Magdalena. Unas lágrimas brillaban en sus largas pestañas, esas lágrimas que mojan los ojos pero que no resbalan por las mejillas: ¡el pensamiento las absorbe, el fuego del alma las devora! Estando a solas, ya podía llorar. Advirtió entonces en el mirador una forma blanca que le recordó a Francesca.

— ¡Y he aquí que hace tres meses que no he recibido ninguna carta de *ella*! ¿Qué le habrá sucedido? He estado dos meses sin escribirle, pero ya se lo dije. ¿Estará enferma? ¡Oh, amor mío! ¡Oh, vida mía! ¿Sabrás alguna vez lo que he sufrido? ¡Qué fatal organismo es el mío! ¿Tendré un aneurisma? — Preguntó al sentir que su corazón latía con tanta violencia que las pulsaciones resonaban en medio del silencio como si ligeros granos de arena hubieran golpeado una gran caja.

En aquel momento, tres golpes discretos sonaron en la puerta de Alberto; fue en seguida a abrir, y casi se desvaneció de alegría al ver al vicario general con aire alegre, con el aire del triunfo. Cogió al abate de Grancey sin decir una palabra, lo estrechó entre sus brazos, dejando caer su cabeza sobre el hombro del anciano. Volvióse niño, lloró como había llorado cuando supo que Francesca Soderini estaba casada. No dejó ver su debilidad más que a aquel sacerdote cuyo rostro resplandecía de esperanza. El sacerdote había estado sublime, y tan discreto como sublime.



—Perdón, padre, pero habéis venido en uno de esos momentos supremos en los que el hombre desaparece, puesto que no debéis creerme un ambicioso vulgar.

—¡Sí, lo sé —repuso el abate—, vos habéis escrito *Ambicioso por amor!* Pues, sabed, hijo mío, que fue un desengaño amoroso el que me convirtió en sacerdote en 1786, a la edad de veintidós años. En 1788 era cura párroco. Conozco la vida. He rehusado ya tres obispados, quiero morir en Besanzón.

—¡Venid a *verla!* —exclamó Savarus cogiendo la vela y llevando al abate al magnífico gabinete en el que se encontraba el retrato de la duquesa de Argaiolo, y lo iluminó.

—¡Es una de esas mujeres que han nacido para reinar! —Dijo el vicario comprendiendo el afecto que Alberto le testimoniaba con aquella muda confidencia. Pero hay mucho orgullo en esa frente, es implacable, ¡no perdonaría una injuria! Es un arcángel Miguel, el ángel de las ejecuciones, el ángel inflexible... ¡Todo o nada! Es la divisa de esos caracteres angélicos. ¡Hay un no sé qué de divinamente salvaje en esa cabeza!

—La habéis interpretado bien —exclamó Savarus—. Pero, querido abate, he aquí que hace más de doce años que ella reina en mi vida, y no tengo que reprocharme ni un solo pensamiento...

—¡Ah! Si hubierais hecho tanto por Dios! —Repuso ingenuamente el cura—. Hablemos de vuestros asuntos. Hace diez días que estoy trabajando para vos. Si sois un verdadero



político, seguiréis mis consejos esta vez. No os encontraríais como os encontráis, si hubieseis ido cuando os lo decía al hotel de Rupt; pero iréis mañana, esta noche os presentaré allí. La tierra de los Rouxey está amenazada, hay que pleitear dentro de dos días. La elección no se realizará antes de tres días. Se procurará no haber terminado de constituir la comisión el primer día; tendremos varios escrutinios, y llegaréis por un empate...

—¿Y cómo?

—Ganando el pleito de los Rouxey, tendréis 80 votos legitimistas; añadidlos a los 30 votos de que yo dispongo, y llegamos a los 110. Ahora bien, como os quedarán 20 del comité Boucher, poseeréis 130 en total.

—Bien —dijo Alberto—, faltan 75...

—Sí —dijo el cura—, ya que todo el resto está en el ministerio. Pero, hijo mío, tenéis 200 votos, y la prefectura sólo tiene 180.

—¿Que yo tengo 200 votos...? —dijo Alberto, que quedóse pasmado.

—Tenéis los votos del señor de Chavoncourt —repuso el abate.

—¿Y cómo? —inquirió Alberto.

—Os casaréis con la señorita Sidonia de Chavoncourt.



– ¡Jamás!

– Os casaréis con la señorita Sidonia de Chavoncourt
– repitió fríamente el abate.

– Pero, ya veis, ¡ella es implacable! – dijo Alberto señalando el retrato de Francesca.

– Os casaréis con la señorita de Chavoncourt repitió fríamente el cura por tercera vez.

Esta vez, Alberto comprendió. El vicario general no quería ser cómplice del plan que al fin sonreía a aquel político desesperado. Una palabra más, y habría comprometido la dignidad, la honradez del cura.

– Mañana encontraréis en el hotel de Rupt a la señora de Chavoncourt y a su segunda hija: le daréis las gracias por lo que está haciendo por vos, le diréis que vuestra gratitud es ilimitada; en fin, que le pertenecéis en cuerpo y alma, que vuestro porvenir es en adelante el de su familia, que sois desinteresado, que tenéis tanta confianza en vos, que consideráis un nombramiento de diputado como dote suficiente. Esta noche, hijo mío, es todo vuestro porvenir. Pero sabedlo, yo no estoy en el asunto. Yo sólo soy culpable de los votos legitimistas, os he conquistado a la señora de Watteville, y es toda la aristocracia de Besanzón. Amadeo de Soulas y Vauchelles han arrastrado a los jóvenes; la señora de Watteville os conquistará a los viejos. En cuanto a mis votos, son infalibles.



—¿Quién, pues, ha vuelto de mi parte a la señora de Chavoncourt? —preguntó Savarus.

—No me hagáis preguntas —respondió el abate—. El señor de Chavoncourt, que tiene tres hijas por casar, es incapaz de aumentar su fortuna. Si Vauchelles se casa con la primera sin dote, a causa de la anciana tía que se encarga de financiar el contrato, ¿qué hacer con las otras dos? Sidonia tiene dieciséis años, y vos tenéis tesoros en vuestra ambición. Alguien le ha dicho a la señora de Chavoncourt que era mejor casar a su hija que enviar a su marido a París a que se encontrara allí falto de dinero. Ese alguien dirige a la señora de Chavoncourt y la señora de Chavoncourt guía a su marido.

—¡Basta, querido abate! Comprendo. Una vez nombrado diputado, tendré que labrar la fortuna de alguna persona, y haciéndolo de un modo espléndido, quedaré libre de la palabra empeñada. Vos tenéis en mí a un hijo, un hombre que os deberá su felicidad. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho para merecer tan sincera amistad?

—Habéis hecho triunfar al cabildo —dijo sonriendo el vicario general—. Ahora, guardad como una tumba el secreto de todo esto. No somos nada, no hacemos nada. Si supieran que nos metemos en las elecciones, seríamos comidos crudos por los puritanos de la izquierda, que hacen peor, y censurados por algunos de los nuestros, que lo quieren todo. La señora de Chavoncourt no sospecha mi participación en todo esto. Sólo me he confiado a la señora de Watteville, con quien podemos contar como con nosotros mismos.



—¡Os traeré la duquesa para que nos bendigáis! —exclamó el ambicioso.

Después de haber acompañado al anciano cura hasta la puerta, Alberto fue a acostarse.

Al día siguiente, a las nueve de la noche, como es fácil imaginar, los salones de la señora baronesa de Watteville se hallaban concurridos por la aristocracia de Besanzón, convocada extraordinariamente. Se discutía la *excepción* de acudir a las elecciones, para satisfacer el capricho de la hija de los de Rupt. Se sabía que el antiguo relator del Consejo de Estado, el secretario de uno de los más fieles ministros de la rama mayor de la monarquía había de ser presentado. La señora de Chavoncourt había comparecido con su hija segunda, Sidonia, arreglada de un modo magnífico, mientras que la mayor, segura de su pretendiente, no había recurrido a ningún artificio de la *toilette*. Estas pequeñeces se observan en la provincia. El abate de Grancey mostraba su hermosa cabeza, de grupo en grupo, escuchando, con el aire de no meterse en nada, pero diciendo aquellas palabras incisivas que resumen las cuestiones y las orientan hacia un fin.

—Si regresara la rama mayor —decíale a un señor septuagenario, antiguo hombre de Estado—, ¿qué políticos encontraría? A solas en su banco, Barryer no sabe qué hacer; si tuviera 60 votos, pondría obstáculos al gobierno en muchas ocasiones y trastornaría los ministerios. Van a nombrar al duque de Fitz-James en Toulouse. ¡Haréis que el señor de Watteville gane su proceso! ¡Si votáis por el señor Savarus, los



republicanos más bien votarán con vos que con los del centro!
Etcétera, etcétera.

A las nueve, Alberto aún no había llegado. La señora de Watteville quiso ver una impertinencia en tal retraso.

—Querida baronesa —dijo la señora de Chavoncourt—, no hagamos depender de fruslerías unos asuntos tan graves. Una bota cuyo betún tarda en secarse... una consulta... retienen quizá al señor de Savarus.

Rosalía lanzó una mirada de soslayo a la señora de Chavoncourt.

—¡Es muy bondadosa para con el señor de Savarus!
—dijo Rosalía a su madre en voz baja.

—Pero —repuso sonriendo la baronesa—, es que se trata de una boda entre Sidonia y el señor de Savarus.

Rosalía dirigióse bruscamente a una ventana que daba al jardín. A las diez el señor de Savarus aún no había comparecido. La tempestad que amenazaba estallar, estalló. Algunos nobles se pusieron a jugar a cartas, hallando la cosa intolerable. El abate de Grancey, que no sabía qué pensar, fue hacia la ventana, donde Rosalía se había escondido, y dijo en voz alta, tan perplejo se encontraba:

—¡Debe estar muerto!



El vicario general salió al jardín, seguido del señor de Watteville, de Rosalía, y los tres subieron al mirador. Todo estaba cerrado en la casa de Alberto, no se veía luz alguna.

— ¡Jerónimo! — gritó Rosalía viendo al criado en el patio.

El abate de Grancey miró a Rosalía.

— ¿Dónde está vuestro amo? — dijo Rosalía al criado, que llegó al pie del muro.

— Se ha marchado, señorita — dijo el sirviente —. En la posta.

— ¡Está perdido — exclamó el abate de Grancey —, o es feliz!

La alegría del triunfo no quedó lo bastante bien disimulada en el rostro de Rosalía para que pudiera pasar inadvertida a los ojos del vicario general, el cual fingió no darse cuenta de nada.

— ¿Qué ha podido hacer Rosalía en todo esto? — preguntábase el sacerdote.

Los tres regresaron a los salones, donde el señor de Watteville anunció la extraña, singular noticia de la partida del abogado Alberto Savaron de Savarus en la posta, sin que se conocieran los motivos de esta desaparición. A las once y media sólo quedaban quince personas, entre las cuales se encontraban la señora de Chavoncourt y el abate de Godenars, otro vicario general, hombre de unos cuarenta años, que quería ser obispo, las dos señoritas de Chavoncourt y el señor de Vauchelles, el



abate de Grancey, Rosalía, Amadeo de Soulas y un antiguo magistrado dimisionario, uno de los personajes más influyentes de la alta sociedad de Besanzón, que tenía un gran interés en la elección de Alberto Savarus. El abate de Grancey se puso al lado de la baronesa de forma que pudiera contemplar a Rosalía, cuya cara, generalmente pálida, ofrecía entonces un color como producido por la fiebre.

—¿Qué podrá haberle ocurrido al señor de Savarus? —dijo la señora de Chavoncourt.

En aquel momento, un criado vestido con librea trajo en bandeja de plata una carta para el abate de Grancey.

—Leed —dijo la baronesa.

El vicario general leyó la carta y vio que Rosalía se quedaba de pronto blanca como la nieve.

—Reconoce la escritura —dijose el cura después de lanzar una mirada hacia la joven por encima de sus gafas.

Dobló la carta y se la puso fríamente en el bolsillo sin decir una palabra. A los tres minutos, recibió de Rosalía tres miradas que fueron suficientes para que lo adivinara todo.

—¡Está enamorada de Alberto de Savarus! —pensó el vicario general.



Se puso en pie, y Rosalía tuvo un sobresalto; el cura saludó, dio unos pasos en dirección a la puerta, y cuando estaba en el segundo salón, Rosalía fue a reunirse con él y le dijo:

– Señor de Grancey, ¿es de *Alberto*?

– ¿Cómo podéis conocer su letra, viéndola de tan lejos?

Aquella muchacha, cogida en los lazos de su impaciencia y de su cólera, dijo unas palabras que al abate parecieron sublimes:

– ¡Porque lo amo...! ¿Qué le ocurre? – preguntó después de una pausa.

– Que renuncia a su elección – dijo el abate.

Rosalía se puso un dedo sobre los labios.

– Os pido el secreto como en una confesión – dijo antes de entrar en el salón—. ¡Si no hay elección, no habrá boda con Sidonia!

A la mañana siguiente, al ir a misa Rosalía, enteróse por Marieta de una parte de las circunstancias que motivaron la desaparición de Alberto en el momento más crítico de su vida:

– Señorita, esta mañana ha llegado de París al Hotel Nacional un anciano señor que iba en su coche, un hermoso coche de cuatro caballos, un correo delante y un criado. En fin, Jerónimo,



que ha visto partir el coche, pretende que no puede tratarse más que de un príncipe o de un milord.

— ¿Había en el coche una corona cerrada? — preguntó Rosalía.

— No lo sé — dijo Marieta—. Al dar las dos, ha llegado a la casa del señor de Savarus, haciendo que le entregasen la carta, y al verla el señor, dijo Jerónimo, se puso blanco como el papel; luego ha dicho que hicieran entrar al caballero. Como ha cerrado la puerta con llave, es imposible saber lo que hayan hablado el señor anciano y el abogado; pero han permanecido juntos una hora; después de ello, el señor anciano, acompañado del abogado, ha hecho subir al criado. Jerónimo ha visto salir a ese criado con un inmenso paquete de cuatro pies de longitud, que parecía un cuadro. El caballero anciano tenía en la mano un gran paquete de papeles. El abogado, más pálido que si fuera a morir, él que es tan orgulloso, tan digno, se hallaba en un estado que producía lástima... Pero trataba tan respetuosamente al señor de edad, que no habría tenido mayores consecuencias con el rey. Jerónimo y el señor Alberto Savarus han acompañado a ese anciano hasta su coche, que llevaba uncidos cuatro caballos. El correo partió a las tres. El señor se fue inmediatamente a la prefectura, y de allí a la casa del señor Gentillet, que le ha vendido la calesa de viaje de la señora Saint-Vier, que en paz descansa, luego ha pedido unos caballos a la posta para las seis. Ha regresado a su casa para hacer los paquetes; sin duda ha escrito varias cartas; finalmente ha arreglado sus asuntos con el señor Girardet, el cual ha venido y se ha quedado hasta las siete. Jerónimo ha ido a llevar un recado a la casa del señor Boucher, donde esperaban al señor a



comer. Entonces, a las siete y media, el abogado ha partido, dándole a Jerónimo tres meses de sueldo y diciéndole que se buscara un empleo. Ha dejado sus llaves al señor Girardet, a quien ha acompañado a su casa, donde, dice Jerónimo, ha tomado una sopa, porque el señor Girardet aún no había comido a las siete y media. Cuando el señor Savaron ha subido al coche de nuevo, estaba como muerto. Jerónimo, al despedir a su amo, ha oído como éste le decía al postillón: "La carretera de Ginebra".

—¿Ha preguntado Jerónimo el nombre del forastero en el Hotel Nacional?

—Como el señor anciano sólo estaba de paso, no se lo han pedido en el hotel. El criado, sin duda por orden de su amo, tenía el aire de no hablar francés.

—¿Y la carta que tan tarde ha recibido el abate de Grancey? — dijo Rosalía.

—Sin duda era el señor Girardet quien había de entregarla; pero Jerónimo dice que ese pobre señor Girardet, que aprecia mucho al abogado Savaron, estaba tan afectado como él. El que viene con misterio, con misterio se va, dice la señorita Galard.

Rosalía, a partir de aquel momento tuvo un aire pensativo que fue advertido por todo el mundo. Es inútil decir el ruido que armó en Besanzón la desaparición del abogado Savaron. Se supo que el prefecto se había prestado con la mejor voluntad del mundo a facilitarle en seguida un pasaporte para el



extranjero, ya que de este modo se desembarazaba de su único adversario. Al día siguiente, el señor de Chavoncourt fue nombrado en bloque, con una mayoría de 140 votos.

— *Juan se fue como había venido* — dijo un elector, al enterarse de la huida de Alberto Savaron.

Este acontecimiento vino en apoyo de los prejuicios que existen en Besanzón contra los forasteros, y que, dos años antes, habíanse visto corroborados a propósito del asunto del periódico republicano. Luego, diez días más tarde, ya no se hablaba de Alberto de Savarus. Tres personas solamente, el abogado Girardet, el vicario general y Rosalía, hallábanse gravemente afectados por esta desaparición. Girardet sabía que el extranjero de cabello blanco era el príncipe Soderini, porque había visto la tarjeta, y se lo dijo al vicario general; pero Rosalía, mucho más enterada que ellos, conocía desde hacía unos tres meses la noticia de la muerte del duque de Argaiolo.

En el mes de abril de 1836, nadie había tenido noticias ni había oído hablar del señor Alberto de Savarus. Jerónimo y Marieta iban a casarse, pero la baronesa había dicho confidencialmente a su doncella que aguardara la boda de Rosalía, y ambas bodas se harían al mismo tiempo.

— Ya es hora de casar a Rosalía — dijo un día la baronesa al señor de Watteville —, tiene diecinueve años, y desde hace unos meses, está cambiando que da miedo...

— No sé lo que le ocurre — dijo el barón.



—Cuándo los padres no saben lo que les ocurre a sus hijas, las madres lo adivinan —dijo la baronesa—: hay que casarla.

—Muy bien dijo el barón—, y por mi parte, yo le doy los Rouxey, ahora que el tribunal nos ha puesto de acuerdo con el municipio de los Riceys, fijando mis límites a 300 metros a partir del pie del pico de Vilard. Cavan allí un foso para recibir las aguas y dirigirlas hacia el lago. El municipio no ha apelado, el juicio es definitivo. —Todavía no habéis adivinado que este juicio me cuesta 30 000 francos que he entregado a Chantonnit —dijo la baronesa—. Ese campesino no quería otra cosa, tiene el aire de querer ganar la causa para su municipio, y nos ha vendido la paz. Si entregáis los Rouxey, no os quedará nada —dijo la baronesa.

—No tengo necesidad de mucho —dijo el barón—, me voy...

—Coméis como un ogro.

—Precisamente: por más que coma, cada vez siento mayor pesadez en las piernas...

—Será de tornear —repuso la baronesa.

—No lo sé —dijo el barón.

—Casaremos a Rosalía con el señor de Soulas; si le dais los Rouxey, reservaos el usufructo; yo les daré 24 000 francos de renta. Nuestros hijos se quedarán a vivir aquí, no quiero que sean desgraciados...



Habiendo sido llamada inmediatamente, Rosalia se enteró de que habría de casarse con el señor Amadeo de Soulas en los primeros días del mes de mayo.

—Os doy las gracias, madre, y a vos, padre, por haber pensado en mi porvenir; pero no quiero casarme, me siento muy dichosa viviendo con vosotros...

—¡Puras frases! —Dijo la baronesa—. Es que no amáis al señor conde de Soulas, eso es todo.

—Si queréis que os diga la verdad, jamás me casaré con el señor de Soulas...

—¡Oh! ¡El *jamás* de una niña de diecinueve años! —repuso la baronesa sonriendo con amargura.

—¡El *jamás* de una señorita de Watteville! —Dijo picada Rosalía—. ¡Creo que mi padre no tendría la intención de casarme sin mi consentimiento

—¡Oh, por supuesto que no! —dijo el pobre barón, mirando a su hija con ternura.

—Bien —contestó secamente la baronesa, conteniendo un furor de devota sorpresa al verse desafiada de improviso—, ¡Encargaos vos mismo, señor de Watteville, de colocar a vuestra hija! Pensadlo bien, Rosalía: sino os casáis a gusto mío, no recibiréis nada de mí.



La disputa iniciada de este modo entre la señora de Watteville y el barón, el cual apoyaba a su hija, fue tan lejos, que Rosalía y su padre viéronse obligados a pasar la bella estación del año en los Rouxey, ya que la vida en el hotel de Rupt se les había hecho insoportable. En Besanzón se enteraron entonces que la señorita de Watteville había rechazado categóricamente al señor conde de Soulas. Después de su boda, Jerónimo y Marieta fueron a los Rouxey, para suceder algún día a Modinier. El barón restauró la casa de campo a gusto de su hija. Al enterarse que esta restauración costaba unos 60 000 francos, que Rosalía y su padre mandaban construir un invernadero, la baronesa reconoció cierto fermento de maldad en el carácter de su hija. El barón compró varios enclaves y una pequeña finca por valor de 30 000 francos. Le dijeron a la señora de Watteville que lejos de ella Rosalía se mostraba excelente hija; estudiaba los medios de sacar partido de los Rouxey, habíase comprado un vestido de amazona y montaba a caballo; su padre, a quien hacía feliz, ya no se quejaba de su salud, había engordado y la acompañaba en sus excursiones. Al acercarse el día del santo de la baronesa, que se llamaba Luisa, el vicario general fue entonces a los Rouxey, sin duda enviado por la señora de Watteville y por el señor de Soulas para negociar la paz entre la madre y la hija.

— Esa pequeña Rosalía es inteligente — decían en Besanzón.

Después de haber pagado noblemente los 90 000 francos gastados en los Rouxey, la baronesa hacía entregar a su marido unos 1 000 francos cada mes para que pudiera vivir; no quería tener remordimientos. El padre y la hija desearon regresar, el 15



de agosto, a Besanzón, para quedarse en la ciudad hasta fines de mes. Cuando el vicario general, después de comer, tomó aparte a Rosalía para entablar la cuestión de la boda, dándole a entender que ya no podía contar con Alberto, de quien, desde hacía un año, no tenía noticias, fue interrumpido secamente por un gesto de Rosalía. Aquella muchacha singular, cogió del brazo al señor de Grancey y se lo llevó a un banco, bajo un macizo de rododendros, desde donde se divisaba el lago.

—Escuchad, querido abate, a quien amo tanto como a mi padre, porque vos sentís afecto por mi Alberto. Al fin debo confesároslo, he cometido crímenes para poder ser su mujer, y debe ser mi marido... ¡Tomad, leed!

Tendióle entonces un número de un periódico que guardaba en el bolsillo de su delantal, indicándole el artículo siguiente, bajo la rúbrica de Florencia, 25 de mayo:

La boda del señor duque de Rhétoré, hijo mayor del señor duque de Chaulieu, antiguo embajador, con la señora duquesa de Argaiolo, nacida princesa Soderini, se ha celebrado con gran esplendor. Numerosas fiestas, dadas con ocasión de esta boda, animan en estos momentos la ciudad de Florencia. La fortuna de la señora duquesa de Argaiolo es una de las más considerables de Italia, ya que el difunto duque la había instituido heredera universal.

—Aquella a quien él amaba se ha casado —dijo Rosalía—, ¡yo los he separado!



— ¡Vos...! ¿Y cómo? — dijo el abate.

Rosalía iba a responder, cuando un fuerte grito lanzado por dos jardineros, y precedido del ruido de un cuerpo que cae en el agua, la interrumpió; se puso en pie y corrió gritando:

— ¡Oh! ¡Mi padre...!

Al querer coger un fragmento de granito en el que creyó distinguir la marca de una concha, hecho que habría permitido quizá descubrir algún sistema de geología, el señor de Watteville se había adelantado hacia el talud, había perdido el equilibrio y rodado al lago, donde la mayor profundidad se encuentra naturalmente al pie de la calzada. Los jardineros pusieron esfuerzos infinitos para hacer que el barón se cogiera a una pértiga; al fin pudieron sacarle cubierto de barro. El señor de Watteville había comido mucho, su digestión había comenzado y fue interrumpida. Cuando lo hubieron desnudado, limpiado y acostado, se hallaba en un estado tan visiblemente peligroso, que dos domésticos montaron sendos caballos, uno para Besanzón y el otro para ir a buscar más cerca a un médico y un cirujano.

Cuando llegó la señora de Watteville, ocho horas después del suceso, con el primer cirujano y el primer médico de Besanzón, encontraron al señor de Watteville en un estado desesperado, a pesar de los inteligentes cuidados del médico de los Riceys. El miedo determinaba una infiltración suerosa en el cerebro, la digestión interrumpida acababa de matar al pobre barón.



Esta muerte, que no habría tenido lugar si, según decía la señora de Watteville, su marido se hubiera quedado en Besanzón, fue atribuida por ella a la resistencia de su hija, a la cual cobró aversión y se entregó a un dolor y remordimientos evidentemente exagerados. ¡Llamó al barón su *querido cordero!* El último Watteville fue enterrado en un islote del lago de los Rouxey, donde la baronesa mandó levantar un pequeño monumento gótico en mármol blanco, parecido al de Eloísa al Padre Lachaise.

Un mes después de este acontecimiento, la baronesa y su hija vivían en el hotel de Rupt en medio de un hostil silencio. Rosalía se hallaba presa de un dolor verdadero, que no se manifestaba al exterior: se acusaba de la muerte de su padre y sospechaba otra desgracia, aún mayor a sus ojos, porque ni el abogado Girardet ni el abate de Grancey sabían nada del paradero de Alberto. Este silencio era espantoso. En un paroxismo de arrepentimiento, sintió la necesidad de revelar al vicario general las horribles combinaciones por las cuales había separado a Francesca de Alberto. Fue algo sencillo y formidable. La señorita de Watteville había suprimido las cartas de Alberto a la duquesa, y aquella otra por la cual Francesca anunciaba a su amante la enfermedad de su marido, previniéndole de que no podría contestarle durante el tiempo en que ella se consagrara, como debía, al moribundo. Así, durante las preocupaciones de Alberto relativas a las elecciones, la duquesa le había escrito solamente dos cartas, aquella en que le comunicaba el peligro que corría el duque de Argaiolo y aquella en que le decía que se había quedado viuda, dos nobles



y sublimes cartas que Rosalía retuvo. Después de haber trabajado durante varias noches, Rosalía logró imitar perfectamente la escritura de Alberto. Había sustituido las verdaderas cartas de aquel amante fiel por otras tres cuyos borradores, comunicados al anciano cura, lo hicieron estremecer, de tal modo aparecía en ellos el genio del mal en toda su perfección. Rosalía, escribiendo en lugar de Alberto, preparaba a la duquesa para el cambio que había de experimentar el francés aparentemente infiel. Rosalía había contestado a la noticia de la muerte del duque de Argaiolo con la noticia de la próxima boda de Alberto con ella misma, con Rosalía. Las dos cartas habían de cruzar y se cruzaron. El espíritu infernal con que fueron concebidas las cartas sorprendió de tal modo al vicario general, que volvió a leerlas. En la última, Francesca, herida en su corazón por una joven que quería matar el amor en el pecho de su rival, respondía con estas sencillas palabras: "Sois libre, adiós".

—Los crímenes puramente morales y que no dejan asidero alguno a la justicia humana son los más infames, los más odiosos —dijo severamente el abate de Grancey—. Dios los castiga a menudo aquí abajo: en ello reside la razón de las espantosas desgracias que nos parecen inexplicables. De todos los crímenes secretos sepultados en los misterios de la vida privada, uno de los más deshonorosos es el de abrir una carta o leerla subrepticamente. Cualquier persona, sea quien fuere, impulsada por la razón que sea, que se permite tal acto, pone una mancha indeleble en su honradez. ¡Comprendéis lo que hay de conmovedor, de divino, en la historia de aquel joven



paje, falsamente acusado, que lleva una carta en la cual se encuentra la orden de darle muerte, que se pone en camino sin pensar mal alguno, que la Providencia toma entonces bajo su protección y lo salva milagrosamente, decimos nosotros...! ¿Sabéis en qué consiste ese milagro? Las virtudes poseen una aureola tan intensa como la de la infancia inocente. Os digo estas cosas sin intención de amonestaros –dijo el anciano sacerdote a Rosalía con profunda tristeza—. ¡Ay! Yo no soy aquí el gran penitenciario, vos no estáis arrodillada a los pies de Dios; soy un amigo aterrado ante los castigos que os esperan. ¿Qué ha sido de ese pobre Alberto? ¿Se habrá dado muerte? Escondía una violencia inaudita bajo su afectada calma. Comprendo que el viejo príncipe Soderini, padre de la señora duquesa de Argaiolo haya venido a reclamar las cartas y los retratos de su hija. He aquí el rayo fulminado sobre la cabeza de Alberto, que sin duda habrá tratado de justificarse... ¿Pero, cómo, en catorce meses, no ha dado señales de vida?

– ¡Oh! Si se casa conmigo, será feliz...

– ¿Feliz...? Él no os ama. Por otra parte no tenéis una gran fortuna que aportar a vuestro matrimonio. Vuestra madre siente la más profunda aversión hacia vos, pues le disteis una respuesta salvaje que la hirió y que os arruinará.

– ¿Qué fue? –inquirió Rosalía.

– Cuándo ella os dijo ayer que la obediencia era el único medio de reparar vuestras faltas, y os recordó la necesidad de



casaros, hablándoos de Amadeo: "¡Si tanto lo amáis, casaos vos con él, mamá!" ¿Le arrojasteis o no esta frase en pleno rostro?

—Sí —dijo Rosalía.

—Pues, bien, la conozco —repuso el señor de Grancey—: ¡dentro de unos meses, será la condesa de Soulas! Tendrá hijos, dará 40 000 francos de renta al señor de Soulas; además, le concederá otras ventajas y reducirá tanto como le sea posible vuestra parte en sus bienes raíces. Seréis pobre mientras ella viva, ¡sólo cuenta treinta y ocho años de edad! ¡Lo único que tendréis será la tierra de los Rouxey y los pocos derechos que os dejará la liquidación de la sucesión de vuestro padre, si es que vuestra madre consiente en renunciar a sus derechos sobre los Rouxey! En relación con los intereses materiales, habéis arreglado muy mal vuestra vida; en relación con los sentimientos, la creo trastornada... En lugar de haber acudido a vuestra madre...

Rosalía hizo un gesto salvaje con la cabeza.

—A vuestra madre y a la religión —prosiguió el vicario general—, que ante el primer movimiento de vuestro corazón os habrían iluminado, aconsejado, guiado; ¡pero habéis querido ir sola, ignorando la vida y no escuchando más que la pasión!

Estas palabras tan prudentes asustaron a Rosalía.

—¿Y qué debo hacer? —dijo después de una pausa.



–Para reparar vuestras faltas, sería preciso conocer la extensión de las mismas –dijo el abate.

–Bien, voy a escribir al único hombre que pueda tener noticias de la suerte de Alberto, el señor Leopoldo Hannequin, notario en París, su amigo de la infancia.

–No escribáis más que para rendir homenaje a la verdad –respondió el vicario general–. Confiadme las verdaderas cartas y las falsas, hacedme vuestra confesión bien detallada, como al director de vuestra conciencia, pidiéndome los medios de expiar vuestras faltas y confiando en mí... Porque, ante todo, debéis devolver a ese desdichado su inocencia ante el ser del cual ha hecho su dios en este mundo. Incluso después de haber perdido la felicidad, tiene Alberto derecho a una justificación.

Rosalía prometió obedecer al abate de Grancey, esperando que sus gestiones quizá tuvieran como resultado el traerle a Alberto.

Poco tiempo después de la confidencia de Rosalía, un pasante del señor Leopoldo Hannequin llegó a Besanzón con amplios poderes de Alberto y presentóse ante todo a la casa del señor Girardet para rogarle que vendiese la casa perteneciente al señor Savaron. Aquel pasante vendió los muebles, y con el producto de esta venta pudo pagar lo que Alberto debía a Girardet, quien, cuando la inexplicable partida, le había entregado 5 000 francos. Al preguntar Girardet qué había sido de aquel noble y buen luchador por el cual se había interesado, el pasante respondió que sólo su patrón lo sabía, y que el



notario parecía muy afligido por las cosas contenidas en la última carta que le había escrito el señor Alberto de Savarus.

Al enterarse de esta noticia, el vicario general escribió a Leopoldo. He aquí la respuesta del digno notario:

***Al señor vicario de Grancey,
vicario general de la diócesis de Besanzón.
París***

¡Ay!, señor, a nadie le es posible devolver a Alberto a la vida del mundo: ha renunciado a ella. Se halla como novicio en la Gran Cartuja, cerca de Grenoble. Vos sabéis, aún mejor que yo, que acabo de enterarme de ello, que todo muere bajo el dintel del convento. Al prever mi visita, Alberto ha puesto al general de los cartujos entre todos mis esfuerzos y él. Conozco bastante ese noble corazón para saber que es víctima de una trama odiosa y para nosotros invisible; pero todo se ha consumado. La señora duquesa de Argaiolo, ahora duquesa de Rhétoré, me parece que ha llevado bien lejos su crueldad. En Belgirate, donde ya no estaba cuando Alberto acudió allá, había dado órdenes de que se le hiciera creer que se encontraba en Londres. De Londres, Alberto fue a buscarla a Nápoles, y de Nápoles a Roma, donde su amada se prometió al duque de Rhétoré. Alberto pudo volver a encontrar a la señora de Argaiolo, en Florencia precisamente, en el momento en que ella celebraba su boda. Nuestro pobre amigo se desmayó en la iglesia, y nunca, ni siquiera hallándose en peligro de muerte, pudo obtener una explicación de esta mujer, que debía guardar no sé qué rencor en su pecho. Alberto estuvo viajando siete meses en busca de una salvaje criatura que parecía jugar al escondite con él. Alberto no sabía dónde ni cómo encontrarla. He visto a nuestro pobre amigo a su paso por París; y si lo hubierais visto como yo, os habríais dado cuenta de que no se podía ni tan siquiera nombrar a la duquesa, a menos de que se quisiera provocar una crisis que pondría en peligro su razón. Si hubiera conocido su crimen, habría podido



hallar los medios de justificarse; pero falsamente acusado de haberse casado, ¿qué hacer? Alberto ha muerto completamente para el mundo. Ha querido el reposo: esperemos que el profundo silencio y la oración, a los que se ha entregado, labren su felicidad bajo otra forma. ¡Si lo habéis conocido, señor, debéis compadecerlo mucho y compadecer también a sus amigos!

Recibid, etcétera.

Tan pronto como hubo recibido esta carta, el vicario general escribió al general de los cartujos, y he aquí la respuesta de Alberto Savarus:

**El hermano Alberto al señor abate de Grancey,
Vicario general de la diócesis de Besanzón.
En la Gran Cartuja, noviembre de 1836**

He reconocido, querido vicario general, vuestra alma tierna y vuestro corazón aún joven en todo lo que acaba de comunicarme el reverendo padre general de nuestra orden. Habéis adivinado el único deseo que anidaba aún en el último repliegue de mi corazón con relación a las cosas de este mundo: ¡lograr que hiciera justicia a mis sentimientos aquella que tan mal me ha tratado! Pero, dejándome la libertad de hacer uso de vuestro ofrecimiento, el general ha querido saber si mi vocación era segura: ha tenido la gran bondad de decirme lo que pensaba, al verme decidido a permanecer en un silencio absoluto. Si yo hubiera cedido a la tentación de rehabilitar al hombre del mundo, el religioso habría sido arrojado de este monasterio. La gracia ha actuado, ciertamente: pero, aunque breve, el combate no ha sido menos vivo ni menos cruel. ¿No es decirnos bastante, si os digo que no podría volver al mundo? Así, el perdón que me pedís para el autor de tantos males, es un perdón completo y sin rencor ni despecho.



Rogaré a Dios para que se digne perdonar a esa señorita como yo la perdono, asimismo le pediré que conceda una vida feliz a la señora de Rhétoré. Tanto si es la muerte como la mano obstinada de una joven empeñada en hacerse amar, como si es uno de esos golpes atribuidos al azar, ¿no es preciso obedecer siempre a Dios? La desgracia produce en ciertas almas un vasto desierto en el que resuena la voz de Dios. He conocido demasiado tarde los lazos entre esta vida y la que nos aguarda, porque todo está gastado en mí. No habría podido servir en las filas de la Iglesia militante, y me arrojé para el resto de una vida casi extinta al pie del santuario. He aquí la última carta que escribo. Ha sido preciso que fuerais vos, que me amabais y a quien yo tanto amaba, el que me hiciera quebrantar la ley del olvido que me he impuesto al entrar en la metrópoli de San Bruno. Estaréis también de un modo particular en las oraciones del

Hermano Alberto

—Quizá todo haya sido mejor así — dijo el abate de Grancey.

Cuando hubo comunicado esta carta a Rosalía, la cual, con un movimiento de devoción, besó el pasaje en que Alberto la perdonaba, el vicario general le dijo:

—Bien, ahora que se halla perdido en cuanto a vos, ¿no queréis reconciliaros con vuestra madre, casándoos con el conde de Soulas?

—Haría falta que Alberto me lo ordenase —respondió la joven.



—Ya veis que es imposible consultarle. El general no lo permitiría.

—¿Y si yo fuera a verlo?

—No es posible ver a los cartujos. Y por otra parte, ninguna mujer, salvo la reina de Francia, puede entrar en la Cartuja —dijo el abate—. Así, nada hay que os dispense de casaros con el joven señor de Soulas.

—No quiero ser la desgracia de mi madre —respondió Rosalía.

—¡Satanás! —exclamó el vicario general.

Hacia el fin de aquel invierno, el excelente abate de Grancey falleció. Ya no hubo entre la señora de Watteville y su hija aquel amigo que se interponía entre aquellos dos caracteres de hierro. El acontecimiento previsto por el vicario general tuvo lugar. En el mes de agosto de 1837, la señora de Watteville contrajo matrimonio con el señor de Soulas en París, a donde fue por consejo de Rosalía, que se mostró simpática y buena con su madre. La señora de Watteville creyó en la amistad de su hija; pero Rosalía quería simplemente ir a París para darse el placer de una atroz venganza: no pensaba más que en vengar a Savarus martirizando a su rival.

La señorita de Watteville ya se había emancipado; por otra parte, pronto llegaría a la edad de veintiún años. Su madre, para liquidar sus cuentas con ella, le había cedido sus derechos



a los Rouxey, y la hija cedió ante su madre con respecto a la sucesión del barón de Watteville. Rosalía había animado a su madre para que se casara con el conde de Soulas e incrementara su bienestar.

–Que tenga cada una de nosotras su independencia –le dijo.

La señora de Soulas, inquieta por las intenciones de su hija, viose sorprendida ante esta nobleza de proceder, y para tranquilizar su conciencia, le hizo donación de 6 000 francos de renta sobre el libro de la Deuda pública. Como la señora condesa de Soulas tenía 48 000 francos de renta en tierras y era incapaz de enajenarlas con el fin de disminuir la parte de Rosalía, la señorita de Watteville era aún un partido de 180 000 francos: los Rouxey podían producir, con algunas mejoras, 20 000 francos de renta, además de las ventajas de la morada, sus censos y sus reservas. Así, Rosalía y su madre, que pronto adoptaron el tono y las modas de París, fueron fácilmente introducidas en el gran mundo. La clave de oro, estas palabras: ¡180 000 francos...!, bordadas en el pecho de Rosalía, sirvieron a la condesa de Soulas mucho más que sus anteriores pretensiones, sus orgullos mal colocados e incluso que sus parentescos traídos de algo lejos.

Hacia el mes de febrero de 1838, Rosalía, a quien muchos jóvenes hacían una corte asidua, realizó el proyecto que la llevaba a París. Quería encontrar a la duquesa de Rhétoré, ver a aquella mujer maravillosa y sumirla en eternos remordimientos. También Rosalía mostrábase con una coquetería sorprendente, para poder hallarse con la duquesa en



un plano de igualdad. El primer encuentro tuvo lugar en el baile que todos los años se daba para los pensionistas de la antigua lista civil, desde el año 1830.

Un joven, inducido a ello por Rosalía, dijo a la duquesa señalando hacia la joven:

—He aquí una de las jóvenes más notables, una gran inteligencia: ha hecho hundirse en un convento, en la Gran Cartuja, a un hombre de gran importancia, a Alberto de Savarus, cuya existencia ha sido destrozada por ella. Es la señorita de Watteville, la famosa heredera de Besanzón...

La duquesa palideció, Rosalía cambió vivamente con ella una de esas miradas que, de mujer a mujer, son más mortales que los disparos con pistola. Francesca Soderini, que sospechó la inocencia de Alberto, salió en seguida del baile, dejando bruscamente a su interlocutor, incapaz de adivinar la terrible herida que acababa de infligir a la bella duquesa de Rhétoré.

Si queréis saber más acerca de Alberto, venid al baile de la Ópera el próximo martes.

Esta nota anónima, enviada por Rosalía a la duquesa, hizo que la desdichada italiana fuese al baile, donde Rosalía le entregó todas las cartas de Alberto, la que el vicario general escribió a Leopoldo Hannequin, así como la respuesta del notario, e incluso aquella en la que ella misma había hecho sus confesiones al señor de Grancey.



—¡No quiero ser sola en sufrir, ya que las dos hemos sido igualmente crueles! —le dijo a su rival.

Después de haber saboreado la estupefacción que se reflejó en el bello semblante de la duquesa, Rosalía salió apresuradamente, no apareció más en sociedad y regresó con su madre a Besanzón.

La señorita de Watteville, que vive sola en sus tierras de Rouxey, montando a caballo, cazando, rehusando sus dos o tres partidos al año, yendo cuatro o cinco veces por invierno a Besanzón, ocupada en hacer valer su finca, pasa por ser una persona sumamente original. Es una de las celebridades del Este.

La señora de Soulas tiene dos hijos, un niño y una niña; ha rejuvenecido, pero el joven señor de Soulas ha envejecido considerablemente.

—Mi fortuna me ha costado cara —decíale al joven Chavoncourt—. Para conocer a una devota, hay que casarse, desgraciadamente, con ella.

La señorita de Watteville se comporta como una joven extraña. Dicen de ella que es una excéntrica. Todos los años va a ver los muros de la Gran Cartuja. Quizá quiere imitar a su tío franqueando los muros de aquel convento para buscar allí su marido, como Watteville franqueó los muros de su monasterio para recobrar su libertad.



En 1841 salió de Besanzón con la intención, según ella decía, de casarse, pero se ignora aún la verdadera causa de aquel viaje, del que regresó en un estado que le impide para siempre volver a aparecer en sociedad. Por uno de aquellos azares a los que el viejo abate de Grancey había hecho alusión, encontrábase en aguas del Loira a bordo del barco de vapor cuya caldera hizo explosión. La señorita de Watteville fue tan cruelmente maltratada por el accidente, que perdió el brazo derecho y la pierna izquierda; su rostro lleva horribles cicatrices que la privan de su belleza; su salud, sometida a horribles trastornos, le deja pocos días sin sufrimiento. En fin, actualmente ya no sale de la casa de campo de los Rouxey, donde lleva una vida totalmente consagrada a las prácticas religiosas.

París, mayo de 1842

FIN

